

A hand holding a bouquet of white daisies with yellow centers against a vibrant green background. The hand is wearing a brown, textured sleeve. In the bottom left corner, there is an open notebook with a black pen resting on it. The overall scene is bright and cheerful.

HISTORIA DE UNA REBOTADA

M.^a Ángeles
Salas Moneo



HISTORIA DE UNA REBOTADA

M.^a Ángeles Salas Moneo



letradepalo
ediciones

www.letradepalo.es

Historia de una rebotada

© M.^a Ángeles Salas Moneo, 2018

© Ilustraciones: Pilar Limiñana Ruiz, 2018

Ediciones Letra de Palo, S.L.

www.letradepalo.es

editorial@letradepalo.es

Diseño de portada: Pilar Limiñana Ruiz

Maquetación: Letradepalo

ISBN: 978-84-15794-56-1

Formato Ebook

Reservados todos los derechos.

Sinopsis

A los dieciocho años, Nata, que se siente a veces como una extraña en su propio planeta, sabe lo que significa ser hija de padres separados, no llegar a fin de mes, comerse «marrones» por culpa de los demás, sufrir por amor e incluso sentirse como un «patito feo».

Pero lo que nunca imaginó es que además tuviese que soportar a una madre, auténtica «asaltacunas», que se ha enamorado de un atractivo guaperas que toca la batería en un grupo *heavy*, y al que ha metido en casa porque sí, porque le ha dado la gana.

A causa de esta situación, Nata decide marcharse lejos creyendo que, de esa manera, pondrá orden en su caótica vida, pero lo que ignora es que su destino ya está escrito en las estrellas.

*Siempre que haya un vacío en tu vida,
llénalo de amor.*

Amado Nervo

Nata

Conseguir pintar cada rincón de su habitación de un color diferente le había costado a Nata más de un disgusto con su madre, pero la verdad es que le había merecido la pena...

Amarillo para cuando necesitara alegría y diversión. Naranja para que le aportase calidez y entusiasmo. Verde para sentir un trocito de naturaleza en su cuarto y lila para cuando tuviese que reflexionar que últimamente era lo que más hacía.

Dos novelas y un cuaderno de tapas duras descansaban sobre su floreado edredón. Una, de aventuras; la otra, de autoayuda: *Cómo ser feliz en un pispás*.

Nata, que no paraba de observar el cuaderno, buscó con la mirada el rincón naranja donde colgaban dos estanterías repletas de libros y un póster de color verde pistacho con tres ranas de ojos saltones subidas a un tronco, y pidió, cerrando los ojos, como si allí se hallara escondida el Hada de los Deseos, que le llegase de una vez el entusiasmo para escribir en esas hojas, que la esperaban desnudas desde hacía días, todas las cosas por las que se sentía la chica más infeliz del mundo.

Y como en un cuento infantil, el Hada, por fin, le concedió el deseo.

* * *

Hola Cuaderno: Si mi vida ha sido complicada desde que mi padre se largara a Brasil con mi adorada tía, y nos dejara a mi madre y a mí en la puñetera calle; ahora es que ya es para *flipar*...

Me llamo Nata. Tengo dieciocho años, y hoy estoy de bajón. Bueno, para ser sincera, hoy, y muchos otros días. Eso sí, el bajón de ahora es de los gordos. Y nadie puede imaginarse lo que me gustaría mandarlo *a tomar por saco* de una puñetera vez. Porque la verdad es que con el estado de ánimo que arrastro últimamente no veo la manera de levantar cabeza. Y es que, por estar harta, estoy harta de mí misma, del mundo, de la corteza terrestre, y creo que hasta de todas las galaxias del Universo. De pena ¿verdad?

Hay días y muchos, en los que me siento como una abuela. No como la mía que tenía una fuerza vital que para sí la quisiéramos muchas de nosotras, sino como una anciana que arrastra los pies al andar, que no se mira al espejo salvo porque se le haya metido una mota de polvo en el ojo, y que solo piensa en el pasado.

¡El pasado! Lo recuerdo a la perfección porque naturalmente lo tengo cercano. Y a él recurro cada vez que me salen mal las cosas. Recuerdo mi cuna, el arrullo de mi madre mientras me mecía entre sus brazos, un babi rosa de cuando iba a la guardería, las palomitas de maíz justo cuando empezaba alguna película *pastelona* que echaban en la tele los sábados por la tarde, y los abrazos, siempre amorosos de mi abuela.

Pero ahora ya ni estas imágenes me consuelan. Dicen los que me conocen bien, que muchos de mis cabreos existenciales son porque siempre espero mucho de la gente que quiero; puede ser..., aunque lo natural es pensar que si uno se vuelca con los demás cuando hace falta, ellos harán lo mismo contigo si te ven con problemas, pero ¡ni de *coña*! Primera decepción con el mundo.

Por eso, hoy, me he prometido a mí misma que se acabó, que eso de dejar tu hombro para que los demás descarguen sus *marrones* ha llegado a su fin. El que tenga problemas que se los resuelva él solito como hago yo, o si no que se busque otra almohada donde llorar, porque para penas ya tengo yo las mías, y bien gordas.

Es más, para que no me digan siempre que soy una «agonías», he decidido llevar a cabo una terapia que, según dice Alicia, una psicóloga que me cae genial, y es socia del *gym* donde trabajo, me vendrá muy bien. Y la verdad es que no puede ser más sencilla: escribir todos los días en un cuaderno cómo me siento. Dice que así saldrán al exterior todos mis demonios y tendré menos bajones.

Me explicó que los sentimientos que no se expresan terminan

convirtiéndose en rencores, y creo que ahí está en lo cierto, porque yo estoy resentida con el mundo, con el de *Arriba*, con mi familia, con lo que me rodea y, claro, con todo lo que está por venir, porque lógicamente pienso que también será como para *columpiarse*. Y esa mala leche que me acompaña y hace que todos digan que siempre estoy rebotada, consigue que aún sea más desagradable de lo normal. Aunque si ellos supieran la «caja negra» que guardo para mis adentros, lo comprenderían. Por eso, si con escribir se me van a ir muchos de mis eternos rebotes, vale la pena intentarlo.

Es que, *manda huevos*, además del problema sentimental que tengo actualmente y que me quita el sueño, de las pesadillas en las que de vez en cuando aparece un *tío* que me hizo mucho daño, ahora, encima, la vida va y me sorprende mostrándome a una madre que va para los cincuenta, la mía, que se ha *pillado hasta las trancas* de un tipo con melena, que adora la música de Iron Maiden, Metallica y Helloween, que lleva una muñequera de pinchos, que viste un pantalón ceñido de cuero con tirillas y que, para rematar, toca la batería con doble bombo en un grupo *heavy* llamado Smoke on the Water, o lo que es lo mismo: Humo en el agua.

Aunque lo más *flipantísimo* de todo es que encima tenga tan solo veintiséis años, ocho más que yo, y veintitrés menos que mi madre... Así que, creo yo, que es comprensible que se me vaya la *pinza* y tenga bajones hasta los tobillos.

Me enteré de esa aventura por pura casualidad y porque me apetecía fumarme un cigarro más que nada en el mundo. No soy fumadora compulsiva, pero cuando me da pues me da, y esa tarde fue una de ellas. Miré por todos los cajones de la casa y no encontré ni una mísera colilla, así que abrí el armario de mi madre para ver si dentro de algún bolso veía el ansiado pitillo. Y en qué maldita hora metí la mano dentro de una cartera de piel marrón; porque encontré, además de una cajetilla sin empezar, un sobre pequeño y abierto dentro de un bolsillo interior. Sé que no debí meter las narices, pero me pudo más la curiosidad, así que mientras aspiraba rabiosamente el humo del cigarrillo, extraje lo que había en su interior.

Era una fotografía donde se veía a mi querida madre con una sonrisa de oreja a oreja, al lado de un *maromo*, el *heavy*, que la tenía sujeta por el cuello como si su brazo fuera la manga de un jersey de angora. Detrás de la imagen, una nota superñoña escrita a boli que decía: *Cinco minutos bastan para soñar toda una vida a tu lado*, y la firmaba un tal Ozzy, que debía ser el nombre del

colega pero que más bien parecía el nombre de una mascota; tal vez de un perro de lanas.

No es que yo tenga nada en contra de los *heavys*, ¡claro que no!, pero pon uno como este en la vida de tu madre, y eso ya es otro cantar. Por eso, en ese momento, unas gotas de sudor, que luego se convirtieron en una furiosa catarata, empezaron a caerme a chorros por todo el cuerpo.

Me pregunté con extrañeza: *¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué?*, y a partir de ahí empecé a atar cabos y más cabos, descubriendo toda una cadena de embustes, los que me había estado dando mi querida madre para que no me enterara de que mantenía una aventura con ese tipo. Y si algo he aprendido en esta mierda de vida, es que la mentira siempre se pone en contra de quien la inventa.

Pero en esta nueva etapa de mi existencia me he propuesto no desaprovechar ninguna oportunidad. Quiero ser feliz de una puñetera vez; esa va a ser mi meta cueste lo que cueste. Mi pobre abuela, cuando tenía lucidez, decía: *El mundo está lleno de mártires innecesarios; no seas tú uno de ellos, hija mía*. Y no lo voy a ser, claro que no. Nadie me va a matar a disgustos, ni siquiera mi madre.

Que bastantes líos tengo yo en la cabeza desde que me *pillé*, casi como una desequilibrada, de alguien que no sabe que existo y que seguro que ni se percataría de mi presencia aunque estuviésemos todos los días dándole al *spinning*, uno al lado del otro. De alguien que ni por asomo ha sido nunca el tipo de chico que me ha gustado; uno de esos por los que muchas se volverían locas y que, por el coche que lleva, la ropa que usa, y su forma de hablar, es un pijo de la *leche*. Y nunca los he soportado; lo reconozco. Me cargan los pijos, me irrita su apariencia, su clasismo, y esa forma de hablar con acento nasal y bajando el tono al terminar las frases como si se les cayeran las palabras al suelo.

Y mira tú por dónde, uno de ellos ha entrado en mi vida, y lo ha hecho por la puerta grande, como los toreros cuando triunfan en la plaza; ver para creer. Si alguien me dice esto hace un mes, me habría tirado a su yugular para morderle como una vampira. En fin, que no sé qué me ha pasado, pero estoy *rayadísima* con este *tío* tan guapo del que ignoro hasta su nombre.

Mis amigas están alucinadas conmigo, sobre todo Teresa, y no comprenden que me *coma el tarro* todo el día por alguien que no me «pega ni con cola», y que por supuesto no me va a corresponder porque soy una chica

de barrio, un barrio donde desgraciadamente hay la *tira* de parados, y los contenedores de basura tienen visitantes a cualquier hora del día, y no me refiero solo a las ratas.

No quiero ser pesimista, pero sé que su mundo y el mío están tan alejados como la Tierra del Sol. Ahora, eso sí, nadie me impide soñar, por eso, cuando le veo entrar por la puerta del *gym* donde trabajo, no hay millones de kilómetros que puedan alejarle de mi corazón.

No sé, pero creo que estoy enredándome con esta terapia de la escritura, y que debería haber empezado por el principio, desde que era una niña, como me indicó Alicia, y enumerar todas las cosas que siempre me han irritado, y esas que han marcado mi forma de ser y de enfrentarme con la vida, con esa con la que tanto me reboto, pero ya está bien por hoy; estoy cansada, y no tengo ganas de analizarme.

Ya echaré la vista atrás para encontrar todas mis *rayaduras* mentales y expulsar a todos los demonios de mi particular infierno. Ahora a soñar con mi pijo..., pero antes contestaré al wasap de mi amiga Teresa que no para de atosigarme con el dichoso ¿qué narices te pasa? Si ella supiera...

Teresa

Teresa desconectó el móvil, se puso el pijama de rayas azules y se metió en la cama. Hacía más calor que de costumbre en su habitación o a lo mejor es que estaba destemplada. Le había bajado la regla. Esta vez sin apenas dolores, porque el mes en que la «puñetera» decía: ¡aquí estoy!, se hacía notar y de qué manera. Dio un par de vueltas, se arregló la almohada, la colcha, se puso boca abajo, pero ni *flores*... No podía dejar de pensar en su amiga Nata. Testaruda, susceptible, y a veces infantil, pero la quería. Por eso cada vez que la notaba rara, Teresa accionaba sus dotes de interrogadora y luego se convertía en una jueza implacable.

Como no podía dormir, y recordaba lo que Nata había hecho o se proponía hacer siguiendo los consejos de esa psicóloga para desahogarse, Teresa no se lo pensó dos veces y se levantó de la cama dispuesta a sincerarse sobre algunos folios de todo lo que le inquietaba. Y con determinación, como si fuera algo a lo que estaba acostumbrada, cogió un bolígrafo y comenzó a escribir.

* * *

Estos días Nata está peor que de costumbre, que ya es decir, y es que a veces por ese carácter suyo la mandarían directamente a la mierda. Que no es mala chica, ¿eh?, que tiene un corazón de oro o por lo menos lo tenía, porque ahora dice que ni agua al sediento. Pero es que últimamente se le va la *olla que flipas*.

Ahora está *empaná* con un *capullo metro sexual* del que no sabe ni su nombre. Y tan solo porque una tarde se acercó al mostrador del gimnasio

donde ella trabaja para hacer una consulta. Entonces Nata le miró, y apareció el Cupidito ese chorra con las flechas, y la liamos. ¡Ya hay que ser *pava*, joder!

Lo peor de todo es que últimamente se siente más acomplejada de lo normal —espero que no sea por ese *menda*— y, claro, así no valora su potencial como mujer. Cree que es una chica del montón, y que los *tíos pasan* de ella, y de esa idea no la saca nadie. Yo muchas veces he comentado con Nuri y con Mercedes, que Nata no sabe sacar partido a su genética, porque todo es pura genética, eso lo tengo más claro que el agua. Y ante la genética, ¿qué hacer?, pues aguantarse aunque te cagues en todo lo que se menee, dar las gracias si te ha tocado con la varita mágica o echar la culpa a nuestros ancestros que son realmente los culpables de todo.

Que Nata es fea, ni de *coña*, no es Miss Mundo, pero no está nada mal. Ojalá tuviese yo esa melena castaña clara, desfilada a capas, tan *guay*, esa cinturita tan estrecha o esos hoyuelos en las mejillas cuando se ríe que, a decir verdad, cada vez se los vemos menos, pero, vamos, por ahí están.

Que no es alta, pues no, para qué vamos a negarlo, pero unos buenos tacones hacen milagros. Tiene los ojos grandes y verdes, y unas pestañas tipo abanico, que para mí las quisiera. Además, yo he visto en más de una ocasión que los *tíos* sí que la miran. Pero si ella no se ha dado cuenta, no seré yo la que se lo diga, que luego le da por arreglarse y las demás nos quedamos «a dos velas», y eso no es plan con lo difícil que está el *patio*.

Así que, amigas todas, pero hay cosas que no son convenientes sacarlas a la luz por el bien de las demás. Que ya tengo bastante con Nuri que, sin ser un bellezón, y eso que tiene un pelo rizado precioso de color rojizo, tipo la sirenita Ariel, la tía no sé cómo se lo *monta*, que con cualquier chorrada que se ponga llama la atención. Lo mismo combina ropa de su abuela con un trapillo *to fashion* comprado en las rebajas, como se pone una camiseta de dos euros comprada en un bazar chino y está divina. Eso sí, siempre con multitud de complementos; es la reina de los complementos.

Y qué decir de Mercedes, si es como el osito amoroso al que todas nos abrazábamos antes de dormir. Es una chica que podría estar sonriendo las veinticuatro horas del día a todo el mundo, aunque cayese una gran tormenta e hiciera un frío de cagarte, y eso que tiene los dientes de arriba, vamos, las paletas, algo separadas. Bueno, para ser sincera, bastante separadas, pero a ella le da igual. Fuera los complejos. Así que, resumiendo, que cada una se

mire al espejo, se analice, y se ponga las pilas si quiere *pillar cacho* alguna vez.

¡Joder! Pues, mira, parece que esta terapia que le recomendó la psicóloga a mi amiga me está gustando; no me lo puedo creer... A ver si así, al leer lo que escribo, reflexiono más y puedo echar un cable, no solo a Nata, que últimamente no la veo nada bien, sino también a mí misma que falta me hace, lo reconozco Y con respecto a Nata ya no hablo solo de sus rebotes, que de esos, alguna vez tenemos todas, ni tampoco de la *paliza* que nos da con ese «peinabombillas» del que se ha enamorado. Hay algo más, lo sé, lo intuyo. La conozco muy bien y sé que está sufriendo.

Ella y yo somos amigas desde pequeñas, desde que íbamos juntas a Primaria. Su madre y la mía siempre han tenido buena relación. De su padre apenas me ha hablado durante todos estos años, pero sé, porque me lo dijo alguna vez, que cuando Nata tenía cuatro años, su amado padre se largó al extranjero con la hermana de su madre, vamos con su tía, y creo que hasta tienen hijos. ¡Un verdadero hijo de la gran...! Ya se me va la boca hasta escribiendo, pero es que el «colega» ya se podía haber enrollado con la vecina del quinto, y no con su cuñada. En fin, mejor pasar página.

Y desde entonces han pasado malos momentos. Ella, porque se quedó sin padre y, Alma, su madre, porque tuvo que sacar adelante a su hija con muy pocos recursos, y con el desencanto de ver la traición de su marido y de su hermana. Menos mal que su abuela Renata vino del pueblo para vivir con ellas y, gracias a su pensión y a su fortaleza, fueron saliendo adelante hasta que Alma encontró un *curro* en un restaurante, en el que todavía trabaja. Una historia dura como muchas otras, por desgracia.

A mi amiga nunca le faltó lo imprescindible, pero careció de otras cosas que, si bien no eran importantes, le habrían encantado como, por ejemplo, los campamentos de verano en el colegio al que todas acudíamos, y ella no podía, y es que el puto dinero, por desgracia, siempre hace distinciones.

Y hablando de madres, ¡joder, vaya cambio que ha dado la suya! La verdad es que ya me lo habían advertido, pero fue el otro día al salir del supermercado cuando la vi, y *pedazo look*. Ahora *mola* que te cagas.

Anoche, sin ir más lejos, recibí un wasap de Nata diciéndome que le gustaría vivir en una isla desierta y todas esas gilipolleces que uno dice cuando está de *bajón*. También me contó que no aguantaba más a su madre y

cosas así. Sé que lleva un tiempo bastante cabreada con ella, pero no me ha dicho el motivo; no suelta prenda, aunque si lo analizas, puede que no le guste ver a su madre con una indumentaria más moderna que la suya. Sé que es una tontería, pero yo que sé... También puede ser que eche de menos a su abuela porque estaban muy unidas, y es que la pobre tiene un alzhéimer de esos galopantes y está ingresada en una residencia de ancianos.

Sin embargo, en el *curro* Nata ha tenido suerte; no se puede quejar. Nada más terminar el *Insti* la llamaron de la Oficina de Empleo para trabajar en el Complejo Deportivo Atmósfera, y aunque solo *curre* hasta finales de verano, le dará experiencia y un dinero con el que no contaba y que le vendrá genial para matricularse en la *Uni*, si es que quiere seguir estudiando.

Pero no me gusta verla con esa actitud tan vencida porque la quiero, y si el causante de la infelicidad de mi amiga es ese pijo, tendremos que ver qué hacemos para que se *líe* con ella o para que Nata se dé cuenta de que el *tío* «*pasa de su culo*» y, sin dudarlo, convierta a ese príncipe azul en la rana más asquerosa del mundo.

Y es que desde que salió con Pablo, su único *rollo* en plan serio, no se había vuelto a *pillar* por nadie. Ese tipejo sí que la marcó profundamente. Dice Nuri que, cuando lo mandó a cagar, Nata debería haberse *liado* con otro enseguida, pero así no funcionan las cosas. No todo el mundo puede ser como ella que, al poco tiempo de terminar con una relación, se lanza a por la siguiente como si tal cosa.

Es que Nuri es la *caña*. Si a mí me pasa lo que le pasó a ella con el imbécil de Andrés, que era entonces su *ligue* y, además, iba a nuestra misma clase, me muero. Y todo porque a la descerebrada no se le ocurrió otra cosa que hacerse un vídeo bailando en toples y mandárselo al móvil para que la perdonase por algo que le había hecho. ¡Madre, la que se armó en el *Insti*! Todos tuvimos en nuestro *smartphone* a Nuri, la bailarina erótica, que fue objeto de carcajadas y comentarios por parte de toda la *peña*. Y menos mal que no fue a parar ni a Facebook ni a Instagram, que si no...

Recuerdo que, por ese motivo, al día siguiente, en el recreo, estuvimos a punto de romperle la cara a unas *zampabollos* de la otra clase que no hacían más que cachondearse de ella. Pero Nuri, la que parece que se va a comer el mundo, solo se conformó con darle una *leche* a Andrés a la entrada de clase y, encima, flojita, llamarle gilipollas y enano, y pasar olímpicamente de todos

los comentarios. Yo le hubiera saltado al menos dos dientes, por no hablar de la patada en los «bajos fondos» que le habría arreado.

A veces he reflexionado sobre la frialdad de Nuri ante ciertos acontecimientos de la vida. Y no sé si es que la *tía* no quiere problemas y actúa así o es que es una *pasota* de la leche. En el fondo creo que tiene mucha suerte; ya que parece que nada ni nadie consigue alterarla, ni siquiera su madre con la que se lleva genial. Ahora, espero y deseo, que con esa experiencia haya escarmentado: nada de grabar vídeos ni fotos comprometidas, que luego pasa lo que pasa.

Pero volviendo a Nata, su actitud en aquel momento fue comprensible. Terminó muy mal con Pablo. Entró en eso que llaman duelo, y no le quedaron ganas de más *gilipuertas*. Mercedes y yo, en eso, y solo en eso, somos más parecidas, no lloramos eternamente al idiota de turno que nos ha dejado o hemos dejado, pero tampoco llegamos al estado *happy flowers* de Nuri. Quizá por eso nos va como el *culo* con los chicos y no nos enamoramos ni a la de tres, sobre todo Mercedes, que encima de que no se come un *colín* quiere llegar virgen al matrimonio. Todas nos reímos cuando lo dice tan segura, pero también es otra opción aunque no la compartamos. Lo malo es que si no se casa hasta los cuarenta... Bueno, pues allá ella, que solo faltaba que me rayase con el tema.

En mi caso, a no ser que algún día coja un *pedo* a lo bestia y termine *pinchando* con cualquier *pringao*, hoy por hoy, o siento eso que llaman amor o me quedaré para vestir santos, como dice mi madre de las solteras; mira que es crítica...

El día que Nata se *ligó* a Pablo o Pablo se *ligó* a Nata, ella no se lo creía. Todas en el fondo le tuvimos un poco de envidia, para qué decir otra cosa. El chaval estaba *buenorro* o por lo menos a mí me lo parecía. Aunque, claro, iba de *sobrao* total; no podía ser de otra manera.

Se conocieron en una discoteca del centro, a la que solíamos ir, y conectaron al momento. Nosotras nos reíamos al ver la cara de alelada de nuestra amiga, y hasta que no salimos del metro para llegar a nuestras casas, la pobre no salió del trance. También era normal. El primer chico guapo, simpático, que no tenía por manos una enredadera, y que encima le había pedido el número de móvil para volver a quedar con ella, como para no estar *empanada*.

Ni qué decir tiene que las semanitas que nos dio con el tal Pablo, fueron

para decirle un millón de veces: *Nata, ¡que te den!*, pero la aguantamos como pudimos al verla tan *coladita* por él. Luego empezó a pasar un poco de nosotras, y nos mosqueamos un montón; aunque analizándolo bien, si querían salir los dos solos y pasar de nuestro culo, pues qué se le iba a hacer.

Eso sí, una tarde la cogimos por banda y le advertimos sobre las precauciones que debía tener si pensaba mantener relaciones sexuales. Y entre nuestras experiencias, más bien pobres por mi parte, lo que sabíamos por otras chicas, y todo lo que habíamos leído en los foros de Internet, le dimos un montón de consejos tipo: *Que se ponga el preservativo porque puedes coger no solo el sida sino muchas otras enfermedades. Cuidado porque también se puede romper al usarlo; no te fíes y controla, que no queremos verte ni enferma ni con una barriga*, y un montón de cosas por el estilo. Vamos, ¡como si fuéramos unas experimentadas de la *leche!* Mercedes y yo sabemos que Nuri se lo ha *hecho* ya con tres, o por lo menos eso nos ha dicho. Mercedes, por supuesto, a esperar hasta que se case. Y yo, aunque les he dicho a todas, que tuve un *rollete* con el hijo de unos amigos de mis padres y que lo *hicimos* en el asiento de atrás de su coche, lo cierto es que *ná de ná*, mentira pura y dura; sigo virgen y creo que para rato, pero, claro, no voy a *quedar como el culo* delante de ellas. Así que estoy deseando *pillar cacho* y saber realmente lo que se siente. Pero anda que no cuesta que un *tío* te entre por los ojos. Porque el que no tiene una cosa tiene otra, ¡joder! y si finalmente lo encuentras resulta que pasa olímpicamente de tu *jeta*. ¡Qué mierda de vida!

Volviendo a lo de Nata, que ya me estoy yendo por las ramas, la verdad es que nunca supimos si *pinchó* o si hizo el amor con Pablo, dicho en plan finolis, que reconozco que a basta no me gana nadie porque, aunque nuestra amiga no nos dijo nada, todas nos imaginamos que sí y, además, mucho. Y es que Nata para sus cosas íntimas es muy reservada; tal vez por eso se tragó ella sola todo su problema.

Lo que está claro es que ninguna de nosotras, incluida la propia Nata, nos imaginamos que Pablo fuese de esos chicos que quieren tener a su pareja debajo del pie, vamos, completamente sometida a su voluntad. La verdad es que, al poco tiempo de salir con él, nuestra amiga estaba un poco rara, pero culpamos su cambio al amor. No nos llamaba tanto, procuraba no quedar con nosotras porque a Pablo le gustaba que salieran solos, e incluso hubo también una transformación en su forma de vestir. Ella no es que rompiese moldes y

fuese a la última moda como Nuri, pero de vez en cuando iba con falditas cortas, con escotes..., lo normal, y de repente la vimos vestir como más recatada.

Luego supimos lo que pasó. El tiempo que duró su historia de amor con Pablo, por llamarla de alguna manera, debió de ser tremendo aunque ella no lo viese porque estaba *coladita* por él. Fue Alma, su madre, la que se dio cuenta de que algo en esa relación no funcionaba como era debido, y después de mucho insistirle, Nata le confesó que lo que le pasaba a Pablo es que era un poco celoso y veía fantasmas donde no los había. Que a veces, sin venir a cuento, se cabreaba con ella y la insultaba simplemente por mirar a un chico que pasara por la calle.

También le controlaba el móvil cuando le daba la gana, y había tenido que darle las contraseñas de su correo y de las redes sociales para que pudiese ver con quién se comunicaba. Es más, consiguió que bloqueara a muchos de sus amigos porque a él no le gustaban. Y, cuando no estaban juntos, la llamaba por teléfono infinidad de veces al día para ver con quién estaba, y siempre creía que Nata le podía engañar en cualquier momento. Pero cuando entraba en razón, decía nuestra amiga, se le pasaba el cabreo y volvía a ser el Pablo cariñoso que tanto le gustaba.

La madre de Nata entendió que el problema de Pablo eran unos celos enfermizos que arruinarían la vida de su hija si continuaba con él. Por eso, con tacto y cariño, le hizo comprender que lo que sentía ese chico por ella no era amor, sino posesión. Que en una pareja ninguno de los dos debía privar al otro de su libertad, y que si seguía con él terminaría desatándose en Pablo algún episodio de violencia machista contra ella.

Nata, al final reaccionó, y *cortó* con Pablo definitivamente. No fueron buenos momentos para ella ni para nadie que la quisiera. Lo pasó muy mal e incluso tuvo que ir al psicólogo. Pero el tiempo, que dicen, lo cura todo, logró que Nata se recuperara poco a poco.

Es que, ¡hay que joderse! que un *tío* quiera ser tu amo. ¡Bufff..., a mí con esas! Pero lo que nunca entendimos, con el carácter que tiene, es cómo pudo aguantar las humillaciones de ese *macarra*. Seguramente debía de estar enamorada *hasta las trancas* y eso hacía que le disculpara siempre.

Luego, porque estoy analizando mientras escribo, está el típico problema que tiene Nata y que tenemos casi todos en algún momento de nuestra existencia: que no nos gusta nuestra vida. Pero yo me pregunto si

habrá alguien que esté totalmente encantado con la suya, porque no hace falta más que observar un poco. La que tiene un *pavo* a su lado, aunque sexualmente esté bien servida, seguro que siempre encuentra algo para fastidiar su realidad. Que si le han *cargado* muchas asignaturas, si es que estudia, que si busca *curro* y no lo encuentra, que si *jala* a lo bestia y le sobran kilos por un *tubo*, que si sus padres no la comprenden y está hasta el culo de ellos... Y podría seguir añadiendo la *tira* de ejemplos. ¡Ah! y si encima es de las que *no se comen ni una rosca*, entre las que me incluyo yo, que últimamente no estoy muy *fina* en estos menesteres y siempre termino mirando con cara de Maléfica a todas las que tienen un *pavo* a su lado que les *muerde la oreja* o les *come la boca*, como para estar encantada con la vida.

Por eso, ahora, al verla de nuevo tan ilusionada con ese *musculitos*, que seguramente estará saliendo con cuatro *tías* a la vez, tenemos miedo de que se vuelva a llevar otra mala experiencia en el amor. Ese amor que todas buscamos, y la que diga que no, es que miente, y que en el fondo, si lo analizas, es tan maravilloso que gracias a él te cambia todo tu estado anímico. Te dan ganas de reír a todas horas, tus noches son mágicas pensando en tu chico, y cuando por fin estás a su lado, no diré yo eso de las mariposas en el estómago porque me parece una cursilada que te cagas, pero que una sensación increíble, que solo aparece cuando estás *pilladísima*, te recorre desde los dedos de los pies hasta el último pelo de la cabeza, es tan cierto como que yo me llamo Teresa. Y juro que si Nata consigue *enrollarse* con ese *capullo*, lo van a llevar los dos *supercrudo*, porque vamos a seguir todos sus pasos con lupa.

Mañana he quedado con las chicas para hablar del tema. Intentaremos echarle una mano entre todas con ese amor que la consume, y a ver si de paso consigo, aunque sea en una conversación aparte, enterarme de lo que hay detrás. Porque, vamos, creo yo, que una enamorada no está nunca tan desagradable y rebotada con la gente. Por eso pienso que hay más; a mí no me la da».

Mis rayaduras

Hola cuaderno: otra vez estoy contigo. Y la verdad es que hoy no me apetece hacer nada salvo echarme en la cama, y buscar una película de miedo en uno de los canales de la tele. Quiero sentir el corazón acelerado. Que soy rarita, pues sí, lo reconozco. Y si encima la *pele* es de espíritus invocados por medio de la güija, mejor que mejor, porque esas cosas, aunque yo les digo a mis amigas que todo es producto de nuestra mente, me asustan de verdad. Pero o sigo el «tratamiento» de la escritura como hábito o como empiece con hoy sí escribo, mañana no y pasado tampoco, lo dejo para siempre, y no es plan, con todas las molestias que le he ocasionado a Alicia. Así que continuaré escribiendo en estas hojas mi mala leche y poder, si se puede, reencontrarme conmigo misma o algo parecido; que ya habrá tiempo de buscar películas. Voy a intentar escribir alguna de las *rayaduras* mentales que he tenido a lo largo de mi vida, para ver si de esta manera algo cambia en mi penosa existencia.

Con lo primero que tuve que batallar fue con mi nombre, que no es Nata precisamente. Mira que hay nombres de chicas para ponerle a una niña; pues, nada, con el mío, a tirar de tradición. Y menos mal que no me bautizaron con el nombre de mi abuela paterna: Socorro, porque me habría dado un *yuyu*. Pero el que me pusieron, el de mi abuela materna, ¡*agüüta, colega!*; nada menos que Renata. La pobre mujer no tiene la culpa, ya lo sé, también era el nombre de su madre, pero que me llamaran así, como que no me hizo nada de gracia, pero nada de nada, vamos, ni una pizca.

Mi madre, para que no siguiera dando la *brasa* siempre con el mismo tema, intentaba «adornar» mi nombre diciendo que era nombre de soprano italiana. Y, *sin dejarme decir ni pío*, ponía un CD de Wagner o de Verdi que tanto le gustaban, claro está, cuando aún no tenía consciencia de que en un

futuro se *liaría* con un *heavy* de largas melenas, que seguro bebe las jarras de cerveza de un solo trago... ¡Uf!, mal tema he cogido, mejor sigo con lo mío que me empiezo a *subir por las paredes*.

Bien, pues cuando mi madre me hablaba de la soprano, a mí me entraban unas ganas locas de mandarla a paseo, claro está, pero era una cría, porque hoy con mi edad le hubiese dicho: *¡Mamá, me la suda y me la pela la soprano!* Pero como por aquel entonces aún padecía de *mamitis*, pues me callaba la boca y, aunque rebotada, no decía ni *mu*.

Recuerdo sus palabras el día que me bajó la regla por primera vez, aunque aún sigo sin entender qué relación podía tener una menstruación con llamarme de otra manera, pero en fin, mi madre era así. *Cariño, si quieres ahora que ya eres una mujercita puedo llamarte René en vez de Renata. ¿A que es bonito?* No me dio un pasmo en ese momento de pura casualidad. Si ya era feo de cojones el nombre de Renata, si ya salía corriendo del colegio para evitar oír los comentarios de los graciosillos de clase, que me tenían hasta las narices con el «Hola, Rata», sí, ese roedor asqueroso con cola, como para encima afrancesar el nombrecito en cuestión. Vamos, ni pensarlo. Así que con decisión, pegué un grito, tipo graznido, del que me sorprendí, y le dije a mi madre mirándola a los ojos: *¡No, mamá, ni Renata, ni René, ni leches...! ¡A partir de este momento, te guste o no, todos me vais a llamar Nata!*

Reconozco que los comienzos fueron bastante duros, pero al final me salí con la mía y terminaron llamándome como a mí me dio la gana dada la escasa combinación de sílabas en mi nombre. Era preferible oír a mis compañeros, esos *flipaos*, por no escribir otra cosa, decir: *Quiero un batido de Nata, qué buena está la Nata, me comería un helado de Nata...* y cosas así, que escuchar *Rata* a todas horas.

No sé, pero creo que esta terapia de escribir lo que tengo en mi interior para desestresarme, como que me va a costar un *huevo*, o como diría mi madre si me oyese, bueno, la de entonces, la que escuchaba óperas, y no la *asaltacunas* disfrazada de *heavy* en la que ahora se ha convertido: *¡Pero qué basta eres, hija mía, por lo menos si lo dijese en francés!* Mira que le tengo manía al francés y quizá sea por tener que colocar la lengua detrás de los dientes de la mandíbula inferior y sin hacer movimiento alguno pronunciar la erre. ¡Uf!... esto me pone de los nervios. Donde esté el inglés, vamos, ni punto de comparación.

Otra cosa que me ha puesto *a parir* es que ayer por la tarde viniese Roberto, que así se llama mi pijo, al *gym*, acompañado de una chica rubia, guapísima, y que no sería mucho mayor que yo. Por desgracia o por fortuna no pude ver si, al despedirse de él, ella le daba un *morreo*, un *piquito*, un abrazo, un azote en el culo o cualquier idiotez del estilo de los pijos, pero mis amigas, que de momento son mis amigas del alma: Nuri, Teresa y Mercedes; y digo de momento, porque ya no me fío ni de mi sombra, dicen, para «ayudarme», que seguro que es su novia. ¿Serán desgraciadas...?

La verdad es que si supiera dónde vive le seguiría para ver lo que hace y con quién está, pero cuando salgo del *curro* él ya hace tiempo que se largó en un cochazo de la hostia, como diría Teresa.

Alicia, la psicóloga, sabe que estoy *pilladísima* por él. Lo malo es que me da que no es la única, porque en recepción hay algunas risitas malintencionadas cuando aparece por allí y que me mosquean un montón. Y mira que lucho para dominar mis ojos, pero los listos se posan sobre el cuerpo de Roberto a sus anchas, y aunque intento controlarlos como sea, nada, ahí están como dos pajarillos amarrándose a su cintura, intentando colarse dentro de su camiseta de tirantes, de su *short*... A veces me ponen en un serio aprieto, pero no puedo con ellos, es inútil.

Roberto, por supuesto ni se ha dado cuenta de que existo, y va a lo suyo: a *machacarse* en el *gym* para tener un *cuerpazo*, aunque la verdad es que no le hace ninguna falta porque ya lo tiene. Cuando me cabreo porque ni sabe que trabajo allí, intento pensar que es lógico dadas las circunstancias. Estoy detrás de un mostrador, que será muy moderno y todo lo que uno quiera, pero mide cuatro metros de largo y otros cuatro metros de profundidad, y yo estoy al fondo, al lado de un *ordenata*, un florero grande muy molón, lleno lógicamente de flores, y un par de teléfonos con los que intento incrementar la cartera de clientes. Y así dudo mucho que se dé cuenta algún día de que estoy ahí. Y mira que rezo para que no haya ningún compañero en ese momento en el mostrador, y a él le haga falta, aunque sea un bolígrafo, pero nada...

En el poco tiempo que llevo *currando* tan solo le he visto acercarse a recepción en contadas ocasiones, aunque para mí fueron únicas y reveladoras, y por supuesto no habló conmigo. Pero cuando le vi tan cerca, supe que era el hombre de mis sueños, y es que está para *comérselo*. Alto, moreno, ojos marrones verdosos, abundante pelo castaño oscuro, y unos dientes más

blancos que la leche. Mis amigas aún no le han visto, que si no, con alguna de ellas ya habría surgido algún *pique*, que las conozco muy bien. Aunque si soy honrada he de reconocer que, aunque Roberto hubiese hablado conmigo no le habría causado ningún efecto, y esto sí que me *raya* y mucho.

Sé, porque no soy tonta, que ni soy rubia ni mido 1,70 ni tengo un cuerpo espectacular. Soy una chica normal, más bien tirando a vulgar, para qué decir otra cosa. De esas chicas que nunca han tenido nada poderosamente atrayente, aunque mi madre siempre resalta, bueno ahora que estamos de *morros*, me imagino que no, pero siempre destaca mi preciosa melena castaña, el color de mis ojos, y el encanto que tengo al hablar. Aunque lo del encanto sería hace muchos años, porque ahora hay veces que parezco un *tío* subastando pescado en una lonja.

Quizá lo que más me *mole* sea mi melena, ya que he sacado el pelo fuerte y abundante de mi padre; por lo menos algo bueno he heredado de él. Así que con mis «poderosas armas» ¿cómo pretendo conquistar a un chico que está tan *tremendo*, y que en cuanto se dé cuenta de mis intenciones, si es que lo hace alguna vez, se va a reír en mi propia cara?

Teresa dice que baje de la nube, que me tiene que importar una *leche* lo que él opine y que lo mejor para mí sería *pasar* de su culo porque no es el tipo de chico que me conviene. Mercedes, la romántica del grupo, me recomienda tener paciencia, hacerme la encontradiza, caerme a propósito en su presencia... y no sigo porque parecería más el guion de una película de amor. Y Nuri, la más aventurera, dice que conoce en su edificio a una mujer que echa las cartas del tarot por veinte euros; que vaya a verla, que me acompaña si quiero, que es un fenómeno en la adivinación y que, cuando salga de su consulta, fijo que sabré si tengo futuro con él. Aunque también dice que si me dan *yuyu* esas cosas y *paso* de ir, que le *entre* a Roberto ya mismo, y que si no se da por aludido, que se lo diga en la cara, a ver qué pasa, o si no, que le tire el teléfono a la cabeza cuando se acerque por recepción y ya veré entonces cómo se fija en mí, ¡qué graciosa!

Ahora, si veo que al final me hartó de ser invisible para Roberto, siempre puedo contar con el abrazo de otro chico, Rafi, un amigo al que todas queremos porque es guapo y buena gente y al que su padre no le dirige la palabra desde que le dijo que era homosexual. ¡Vaya tela!

Bueno, creo que por esta noche ya he escrito demasiado. Estoy reventada. Ahora a ver dónde escondo mis *memorias*, que esa es otra. Creo

que va a ser debajo del colchón porque nadie me hace la cama. Es lo único de las normas de mi madre que he seguido cumpliendo. Además, ahora que su pensamiento está las veinticuatro horas con ese *capullo*, como para interesarse por mi colchón, ¡ja!

Fisio a las diez



Ya sé dónde vive Roberto y a qué se dedica.

Es *fisioterapeuta* en una de las clínicas de su padre. Esto de tener una compañera con acceso al fichero de socios y con la que tengo muy buen *feeling*, da estos magníficos resultados. Así que estoy encantada. También me ha asegurado que no tiene novia y que la rubia que lo acompañó al *gym*, aquella tarde, tan solo era un *rollito*. Al preguntarle cómo lo ha sabido, me ha contestado que eso se ve; así que, como me conviene, me fiaré de su infalible instinto. Y es que, si estuviese saliendo con alguien jamás me entrometería, porque me viene a la cabeza: mi madre, su hermana y mi padre, y ¡uf!, para nada. En el fondo soy una *pringada*.

Pero si está libre como los taxis, pues lo intentaré, claro que sí. Necesito confiar en otro chico; que no todos son iguales que Pablo, afortunadamente, ni yo tampoco soy la que era entonces. Sé que está muy *chungo*, pero ¿qué puede pasar?, que me lleve un *corte* y tenga que irme de *baretos* para olvidar que me ha dado calabazas; pues se va y ¡santas pascuas!, aunque la bebida no sea lo mío. Pero... ¿y si por el milagro de Santa Gema Galgani, la favorita de mi abuela, consigo que me «vea»? Entonces, ¿qué?

Alicia se rio cuando le dije en el *gym* que Roberto era el hombre de mi vida. No entendía cómo lo podía asegurar con tanta rotundidad si ni tan siquiera habíamos hablado, y para ser sinceros no lo sé, pero es que lo siento aquí, muy adentro. Fue como un relámpago que atravesase el espacio y me

diera de lleno en el corazón, o en el estómago, que no quiero ser tan cursi, produciéndome unas sensaciones increíbles. Nunca me ha sucedido una cosa parecida, ni siquiera con Pablo. Por ese motivo no quiero dejar pasar esta oportunidad, y si tengo que vestir y hablar como una pija para atraerlo, juro que lo haré, aunque ojalá que no haga falta. ¡Puf...!

Bueno, pues ya he anotado la cita en mi agenda: «*Fisio* a las diez de la mañana». Será este sábado, que no trabajo. Creo que Alicia tiene razón al decir que me he obsesionado con él, y eso es algo que me da un poco de miedo, pero no lo puedo evitar. Cuando supe que podía contactar con Roberto de una manera tan sencilla como pidiendo cita en la clínica, lo vi claro; el destino me lo estaba poniendo en bandeja y no podía dejar pasar la oportunidad.

No sé si contárselo a todas mis amigas, a una en particular o a ninguna. La verdad es que me da *palo* ir sola a su consulta. Hasta el viernes tengo tiempo de pensar qué hacer, mientras sacaré, por llevar algo, la radiografía que me hicieron hace unos meses cuando me caí de la moto de Rafi y me jodí un poco el cuello. No llegó a ser un esguince cervical, pero me mandaron un relajante muscular y un analgésico para el dolor. Duró poco afortunadamente, pero me va a servir como excusa para que me dé corrientes, calor, masajes o lo que sea con tal de que sea él quien me lo dé.

La verdad es que debería de estar feliz por el paso que voy a dar: encontrarme cara a cara con mi amor. Y en otras circunstancias lo hubiera estado, pero ayer mismo tuve una *movida* con mi madre de película, y todo por ese tipejo con nombre de perro, su amado Ozzy. Nos dijimos cosas un poco fuertes, o más bien, muy fuertes, pero creo que lo que ella no soportó de todo aquello fue verme sentenciarla como si fuera un juez y ella la condenada. Pero no la perdono que me haya estado mintiendo todo este tiempo con las típicas excusas de *me voy con mi compañera a tomar unas cervezas al salir de trabajar, vendré tarde porque tengo que hacer más horas...*, cuando creía que entre mi madre y yo había buen *rollito*.

Todo el tiempo pensando que mi madre era una *tía superguay* por ver cómo me quería, por los consejos que me daba, por llenar la ausencia que dejó mi abuela al ingresar en la residencia de ancianos, por contarme sus proyectos, sus problemas de soledad, por recordarme a mi padre aunque no lo mereciese, por intentar conseguir que mi vida comenzara a llenarse de ilusiones, y ahora resulta que soy una egoísta, una mala hija que nunca la he

valorado, que no tiene que darme explicaciones de ningún tipo porque ya es mayorcita, que su vida es suya y hace lo que da la gana. En fin, para qué seguir... Creo que las dos nos acostamos, además de con un *cabreo* monumental, con mucha pena, ya que en el fondo supimos que, esa noche, se rompió definitivamente ese invisible cordón umbilical que aún nos mantenía unidas. En ese momento fuimos dos mujeres enfrentadas por un *bocachancas* llamado Ozzy.

Pero es muy triste comprobar cómo mi madre se ha convertido en una veinteañera, de verdad lo siento así. Ya solo me faltaba verla hacer un *botellón* en el parque... ¿Pero es que no se da cuenta de que ese *friki* la está utilizando?

Ya un poco más serenas, mi madre y yo seguimos hablando al día siguiente, sin pedirnos perdón, claro, pero nada, que no hubo manera de hacerla entrar en razón. Dice que está enamoradísima de ese chico, que la comprende, que a él le da igual la diferencia de edad que existe entre ellos, que se divierte mucho con él y que se siente superfeliz. Pero lo que yo veo y siento es que mi madre está *enchochadísima*, que no es lo mismo. Está tan *colgada* de él que no voy a poder convencerla de que ese impresentable no le interesa lo más mínimo. En fin, que allá ella. Su historia de amor es como el título de la novela de García Márquez que leí hace unos meses: *Crónica de una muerte anunciada*. Qué pena que tenga que sufrir otra desilusión amorosa porque de verdad no se lo merece.

Yo, por mi parte, no hago más que *darle al coco*. Hasta he pensado localizar a ese tipejo en el *bareto* que frecuenta y decirle, en su propia *jeta*, que deje en paz a mi madre y se busque otra *tía* de su edad, aunque no sé si esta sería la mejor solución. También me gustaría poder contarles toda esta *movida* a mis amigas para que me dieran su opinión y no sentirme tan sola, pero de momento no voy a hacerlo. Si ya se sienten preocupadas por verme lo *flipada* que estoy con Roberto, solo faltaba que se cachondearan de mi madre delante de mí. ¡Ay, si mi abuela estuviera aún en casa! Seguro que lo habría solucionado enseguida, pero la pobre anda en otros mundos, ojalá que más felices que el mío.

Estoy pensando que no va a hacer falta que llegue el viernes para decidirme si llamo o no a mis amigas para que me acompañen a la cita. Ya lo tengo claro; solo llamaré a Mercedes, que esta vez necesito mucho

romanticismo, mucho *happy*, y ella mejor que ninguna me lo va a hacer sentir.

El encuentro

Llovía. Las pequeñas y transparentes gotas de agua caían con una gran rabia contenida. Mercedes no paraba de hablar por el camino. Dominada, como estaba, por la emoción que le producía el ansiado encuentro entre Nata y su Príncipe Azul. Y la condenada lo vivía como si fuese un cuento de hadas. Pero de lo que no se daba cuenta era de que con tanta palabrería dulce y cursilona Nata, su enamorada amiga, se había rebotado varias veces mandándola callar de mala manera.

Cada vez más nerviosa, Nata incluso pensó que aún tenía tiempo de dar marcha atrás y volver a su casa. Su entereza, esa de la que a veces *chuleaba* con sus amigas, se languidecía al compás de sus pasos cada vez más cercanos al domicilio de la clínica.

Pero ¿por qué no se callará de una puñetera vez Lady Sonrisas? ¿Es que no se da cuenta de que estoy que me subo por las paredes...? Esto me pasa porque soy tonta, debería haber venido sola o como mucho con Teresa que, por lo menos, es más clara y me da seguridad.

De tanto oírle hablar del amor, del destino y de los finales felices, Nata sintió ganas de amordazar a Mercedes, meterla en un barril de madera y tirarla al río Manzanares por unas horas, qué *paliza* de tía..., y pensó que algo tendría que hacer con ella antes de llegar al Centro de Fisioterapia, ya que estaba convencida de que si subían las dos, fijo que, sin querer, *metería la pata hasta el fondo*; y eso era lo último que Nata deseaba.

Decidida a que no frustrase su primer encuentro con Roberto, consiguió, no sin antes ver asomar una gran desilusión en los ojos de su sensiblera amiga, que la esperase en una cafetería cercana.

—A ver lo que haces, Nata, por favor, tienes que conquistarlo de una vez. Usa tu encanto de mujer...

—No te preocupes, Mercedes, que lo tengo todo muy pensado.

Y dándole un beso en la mejilla por su enorme interés, avanzó los escasos metros que la separaban de su objetivo. Llevaba los zapatos mojados, el pelo algo encrespado por la humedad, y los bajos del pantalón vaquero con pequeñas motas de barro. No tenía tiempo de recomponerse, así que, pasándose una mano por la melena, apretó, con cierto temblor, el botón del portero automático, donde ponía: Clínica de Fisioterapia-1ª Planta.

En la recepción, una mujer de mediana edad y regordeta le preguntó algunos datos para rellenar su ficha. Luego tuvo que esperar su turno en un pequeño salón de paredes blancas y cortinas azules. Un señor con muletas, al verla, la saludó con una gran sonrisa, pero Nata solo le devolvió un tímido: *Buenos días.*

Cuando por fin se quedó sola en aquella sala, un inquietante sudor frío se adueñó de su cuerpo y comenzó *a temblar como un flan*. De nada servía hojear la revista del corazón que tenía sobre las piernas. Nuevamente las dudas y, sobre todo, un pensamiento maquiavélico que no paraba de acosarla destruyendo a cada segundo la gran ilusión que le había llevado hasta allí. *Vete ahora que tienes tiempo, Nata. No seas niñata. ¡Lárgate, no hagas el ridículo!*

Decidida, se levantó para cumplir esa orden que le «taladraba» el cerebro, pero una presencia que no se esperaba le cortó el paso.

—¡Hola! ¿Renata...?

—Sí, soy yo.

—Ya puedes pasar a la sala número dos. Ahora mismo estoy contigo.

—¿El servicio...?

—Aquella puerta de enfrente.

Le costó arrastrar los pies hasta el aseo. Cerró la puerta, se miró en el espejo y se preguntó si realmente estaba loca. Sentía su corazón acelerado. Se encontraba donde siempre quiso estar, pero ahora estaba segura de que hasta balbucearía su nombre si Roberto se lo preguntaba otra vez. Se lavó las manos y aún mojadas se las llevó a las sienes haciendo un ligero masaje. Le dolía la cabeza. Cerró los ojos, respiró profundamente, y salió hacia la sala presa de una gran ansiedad.

—¿Así que te duele el cuello y la espalda? —dijo Roberto con voz cálida.

—Sí. No sé qué me pasa, pero llevo un par de semanas que me duele

mucho esa zona —contestó sin apenas sostenerle la mirada.

—Ya veo que has traído una radiografía. ¿Qué te pasó?

—Pues que iba con un amigo en su moto. Empezó a llover bastante, frenó bruscamente y derrapamos.

—¿Llevabas puesto el casco?

—Pues la verdad es que no —dijo con cierto apuro.

—¿Es que no sabes que hay que ponérselo siempre para evitar males mayores? —apuntó Roberto con el semblante serio.

—Ya...

—Y a tu amigo, ¿qué le pasó?

—Una pierna escayolada.

—Siempre es peligroso conducir cuando llueve, y si se hace hay que extremar la precaución; no lo olvides —advirtió Roberto mirándola fijamente—. Ahora vamos a ver cómo estás. Descúbrete de cintura para arriba y te echas sobre la camilla. Pon la cara sobre el orificio que ves ahí. Te dejo un momento para que te cambies.

Y cerrando la puerta con suavidad, Nata se quedó en la más absoluta indefensión. Dejó los zapatos en el suelo y se quitó la camisa y el sujetador, colgándolos en un perchero que había en la pared. Luego se tumbó y siguió las indicaciones de Roberto. Dos golpecitos en la puerta y un: *¿Ya estás?* fue lo único que oyó, además de las palpitations aceleradas de su corazón.

—Renata ¿has hecho algún esfuerzo estos días?

—No. A no ser que tantas horas trabajando en la misma posición, sin apenas levantarme del ordenador, tengan la culpa.

—La tecnología. No podemos pasar sin ella, pero bien que nos pasa factura. Ahora te voy a ir tocando toda la zona y me dices dónde te duele exactamente.

—Vale.

Nata, que sintió con toda intensidad los dedos de Roberto sobre su piel, se quejó de los trapecios y del cuello.

—Bonito el tatuaje de tu omóplato —dijo Roberto divertido—. No he visto nunca a nadie llevar un pequeño búho con ojos azules, y mira que con mi profesión he visto un montón.

—Es que me gustan mucho los búhos y los ojos azules.

—¡Vaya!, a mí también —exclamó entre risas—. Además, dicen que dan mucha suerte.

—Pues la verdad es que en mi caso, no mucha.

—Sí, aquí te noto tensa. No hagas fuerza, Renata, relájate...

—¡Ah! Todos me llaman Nata —dijo sin poder relajarse.

—¿Qué pasa, no te gusta el nombre de Renata?

—Pues no mucho, la verdad.

—Venga, no contraigas los músculos —pidió Roberto—, que si no me va a ser imposible hacer mi trabajo.

Una tarea que a Nata no le estaba resultando nada fácil sintiéndole sobre su piel. Las palmas de sus manos, bañadas en aceite, frotaban su espalda con movimientos largos, presionando las yemas de los pulgares desde la parte baja de la espalda hasta el cuello. Por un instante imaginó que, en vez de dedos, eran sus labios los que se deslizaban por todo su cuerpo, y se estremeció con la imagen.

—Así que una chica con poca suerte, ¿quién lo diría?

—Pues ya ves —contestó Nata—, tranquilizándose al ver cómo iban progresando en su primera conversación.

—¿Y trabajas o estudias?

Ahí quería llegar ella desde el principio; a que hablasen de su trabajo.

—Trabajo en una instalación deportiva.

—¡Ah! Qué chulo. ¿Acaso eres monitora? —quiso saber mientras le daba pequeños golpecitos con los bordes de las manos.

—¡No, qué va! Estoy en recepción. Quizá lo conozcas. Es el Complejo Deportivo Atmósfera.

—¡Vaya, qué casualidad!, si es el mismo centro al que voy siempre que puedo, que no es todo lo que a mí me gustaría. Y ahora menos todavía porque empiezo un máster.

—¡Qué lástima! —añadió Nata totalmente compungida.

—Pero, dime, ¿llevas mucho tiempo trabajando allí? Es que tu cara no me suena.

—No. Hace poco que he entrado. Solo me han contratado para el verano.

—Así que la chica sin suerte... ¿eh? Bueno, Nata, pues ya hemos terminado por hoy. Tienes un poco de tensión en la zona de los trapecios, pero yo creo que con un par de sesiones más tendremos suficiente. Un consejo: procura no cruzar las piernas cuando estés delante del ordenador

porque a veces las malas posturas son las causantes de los dolores de cuello y de espalda. ¡Ah, y me llamo Roberto! Ya puedes vestirte.

Y dicho esto desapareció tras la puerta sin dejar rastro.

Mercedes, cuando vio la cara tan radiante de su amiga, no pudo disimular su alegría, y pronto las dos se contagiaron de felicidad. Para Nata, Roberto era sin duda su gran amor. Le quería, le adoraba. Su voz, su cuerpo, sus dedos... Era todo lo que siempre había deseado. Lo malo es que tendría que inventarse más dolores, porque lo de un par de sesiones más como que no.

¡Flipante...!

Nata no podía estar más satisfecha del encuentro con su adorado Roberto, y ni la imagen del *pringao* de Ozzy ni la indiferencia que notaba por parte de su madre podían quitarle esa alegría.

No había nadie en casa a esa hora, y era raro, pero no se iba a comer la cabeza a esas alturas. Ya aparecerían. Dirigió sus pasos hasta la cocina pensando en lo que le habría dejado preparado su madre para comer, pero se llevó otra desilusión; no había nada. El castigo había empezado por el estómago.

Con gesto contrariado, llamó por teléfono a Teresa y la invitó a comer en la pizzería cercana al parque. Luego quedaron para tomar café con las demás.

—¿Y está tan *buenorro* como dices? —preguntó Nuri con cara de incredulidad.

—*Buenorro*, no, lo siguiente —contestó Nata con orgullo.

—Ya veis, y yo que quería verlo en persona, pues nada... Ten amigas para esto —protestó Mercedes poniendo cara de circunstancias.

—¿Y eso...? —preguntó Nuri mientras mascaba exageradamente un chicle.

—Pues no sé qué mosca le picaría a nuestra enamorada en el último momento, para que me aparcara en una cafetería cercana. Porque yo la acompañé encantada de la vida y, encima, la entretuve para que no estuviera nerviosa. ¿Eh, Nata? Pero bueno, da igual; todo sea por el amor.

—¡Venga, chicas, que ya tendremos oportunidad de verle la *jeta*, porque si ya se ha roto el hielo entre ellos y Nata se lo *monta* bien, tendremos a Roberto hasta en la sopa! —añadió Teresa con una mueca burlona.

—A propósito, Nata, ¿el masajito qué? De puta madre, ¿no? — preguntó Nuri divertida.

—¡Una *pasada*, tía! Una *pasada*... —contestó Nata recordándolo con satisfacción.

—Oye, hablando de todo un poco —volvió a decir Nuri—. ¿Sabéis de lo que me he enterado? ¡Muy fuerte, chicas!

Todas se quedaron expectantes.

—Pues resulta que estuve tomándome una cerveza con Rafi el otro día y me confesó que tiene *cybersexo* con un internauta.

—¿*Cybersexo*?! ¡Joder con el *tronco*!, pues como se entere su padre, lo desloma, menudo energúmeno es el tipo —dijo Teresa mientras daba una última calada a su cigarro como si estuviera exprimiendo una naranja con los labios.

—A mí esas cosas me dan mal rollo —se apresuró a comentar Mercedes tapándose instintivamente la boca con la mano—. ¿Y seguro que es con un chico?, porque, claro, digo yo que si Rafi es gay...

—Mercedes, mira que eres tonta, hija mía; has descubierto las Américas, guapa —comentó Nata—. Si es homosexual, pues se lo *montará* con un *tío*, digo yo... Además, ya sabes, para gustos, los colores. Pero, no sé, yo creo que hay que estar muy desesperado para llegar a eso o tal vez es porque le guste esa *marcha*.

—Si es que Rafi como no se tranquilice va a terminar mal, ya lo veréis —bramó Teresa—. No sé cómo conociendo a su padre tuvo el valor de confesarle que solo le gustaban los chicos. Os acordáis de la paliza que le arreó. Y, ojo, que comprendo que nada más saberlo no le hiciera mucha gracia, pero de eso a llegar a las manos con su hijo... muy *fuerte*.

—Si es que los padres a veces deberían volver a nacer porque hay algunos que *flipas*... Ahora, yo de Rafi, me hubiese largado de casa en ese mismo momento —añadió Nata metiéndose la camisa blanca por dentro de los pantalones vaqueros.

—Quiso hacerlo; ¿no os acordáis? —apuntó Teresa.

—Ya, pero su madre se lo impidió, y el pobre creo que vive con ellos por falta de recursos más que por otra cosa. No entiendo cómo los padres dicen que desean para sus hijos toda la felicidad del mundo. Ya veis, en vez de apoyarle y respetar su inclinación sexual, se las deben de estar haciendo pasar putas... —puntualizó Nuri con el ceño fruncido.

—Sí, yo también creo que lo que tendría que hacer es irse de su casa y vivir como a él le gusta —agregó Mercedes dando la razón a Nata con la mirada.

—Sí, mona, claro, y le pagas tú el piso y la comida. Anda que no eres lista, Merceditas —reconoció Teresa, esta vez alisándose un mechón del flequillo con las manos.

—¡Hombre, ahora que lo dices, no había caído en ese pequeño detalle! —añadió Mercedes esbozando una tímida sonrisa.

—¿Y no sabes con quién se lo *monta*? —preguntó Nata intrigada.

—Pues ni *puta* idea. Puede que con algún compañero del *Insti*. Porque Rafi no es de esos que se *enrollan* con cualquiera, y que yo sepa, no frecuenta esos *chats* de perturbados sexuales que deben de ser la *caña*. Aunque, bien mirado, no estaría de más saber qué cosas se dicen entre ellos —exclamó Nuri con la mirada perdida en el horizonte y una ligera sonrisa que, sabía, pondría nerviosas a sus amigas.

—¡No *alucines, tía!* Tú vete a *ligar* a la *disco*, y déjate de *chats*, que ya ves en las noticias todo lo que pasa. A mí esas cosas me asustan mucho —dijo Mercedes recriminándola con la mirada.

—Hija, a ver, que no todo el sexo es a través de la *webcam*. Digo yo que también uno se excitará con palabras —advirtió Nuri, riéndose por dentro al ver las caras de sus amigas.

—Pues, mira, yo tendría que estar *más salida que el pico de una mesa*, y mi chico a muchos kilómetros de distancia para llevar a cabo esas conversaciones o visiones cibernéticas —refunfuñó Teresa que ya se había puesto en pie con los brazos en jarra—. Nuri, *please*, no te metas en esas cosas, que solo te faltaba darle al *cybersexo* para estar aún más descentrada de lo que estás. Y, mira, si Rafi está que se *sale*, allá él. Tú vete de fiesta y verás cómo te llevas el material fresco, y lo que hagas lo haces en vivo y en directo, so tonta.

—¡Joder, vaya temita hemos cogido!, con lo *superhappy* que estaba yo por mi cita con Roberto —gimió Nata haciendo una mueca de exagerada tristeza con la boca.

—Así que, cita, ¿eh? —añadió Nuri con una amplia sonrisa—. Anda que no tienes *morro*. Además, pensad una cosa, ¿cuál es la finalidad de todos los romanticismos, todos los *happys*, todos los *cybersexos*, todos los amores y

demás grados amorosos, incluida tu cita?, ¿no es que terminen dos cuerpos desnudos sobre una cama disfrutando del sexo?, ¿o me equivoco?

—Te equivocas —dijo Teresa—. También pueden terminar sobre una alfombra, en el suelo, en el asiento trasero de un coche, en un servicio, en un probador...

—¡O sobre la arena de la playa y bajo la luna y las estrellas! —exclamó Nata riéndose a carcajadas—. Bueno, chicas, tengo que ir a casa, ver la cara de ogro de mi madre, ducharme y arreglarme para salir. ¿O es que se os ha olvidado que hemos quedado a las once?

Y entre risas y abrazos se despidieron hasta la hora acordada.

Cuando Nata llegó a casa, abrió la puerta despacio y se encaminó a su habitación con sigilo. No sabía por qué pero tenía el presentimiento de que su madre y el *bocachancla* de Ozzy estaban dentro, y de ninguna de las maneras quería encontrarse con ellos. Por fortuna no los vio, pero sí que pudo oírlos jadear de placer desde el pasillo. Nata, inmóvil como un macetero, cerró los ojos con rabia y pena, y cuando pudo digerir lo que había escuchado se dirigió hasta su cuarto envuelta en un manto de tristeza.

¿*Qué estaba sucediendo?* —se preguntó Nata—. Desgraciadamente, estaba claro. No era una mojigata, y podía comprender que a su madre a veces le entrasen ganas de mantener relaciones sexuales con alguien. Hasta ahí, normal. Pero que subiese al niño ese, a una casa donde vivía con su única hija de dieciocho años, a la que hasta hace poco sermoneaba cada dos por tres para que no fuese con malas compañías, para que no se drogase, para que no fuera nunca *pedo*, para que no subiese a nadie a casa durante su ausencia, para que no fumase, para que tomase precauciones si mantenía relaciones y no se quedase embarazada, para que respetase a las personas... Y ahora ella «se lo pasaba todo por el forro».

Secándose las lágrimas supo que ya estaba de más en la vida de su madre y en esa casa, y de puntillas para no hacer ruido, abrió la puerta de la calle y vagabundó por las calles hasta que sus amigas la encontraron sentada en un banco.

Con vergüenza, pero con una necesidad enorme de compartir su problema, les relató lo ocurrido. Todas sintieron sorpresa y también pena porque conocían a Nata. Tampoco sabían muy bien qué decir y no se atrevían a *cargar* contra su madre estando ella presente. Así que intentaron quitar importancia al problema lo mejor que supieron. Cada una le dio una solución:

que la diferencia de edad no importaba, que su madre tenía el mismo derecho que un *tío* que va con una jovencita, que si era muy machista, que tenía que estar contenta de ver feliz a su madre..., pero realmente en sus caras se adivinaba que pensaban casi igual que Nata.

Aquella noche *pasaron* de discoteca, una que acababa de abrir sus puertas y que estaba cerca de una de las zonas de copas y tapeo más conocidas, y decidieron consolar a su amiga en un *pub* bastante tranquilo gran parte de la madrugada. Al despedirse, la compadecieron en su interior, porque aquello sí que era un *marronazo* y de los gordos.

Eran las seis de la mañana cuando Nata se metió en la cama. Silencio sepulcral en toda la casa. La habitación de su madre permanecía cerrada a cal y canto. Apenas pudo conciliar el sueño porque le asaltaban enormes dudas, miedos y resentimientos. Cuando se levantó, al cabo de unas horas, Nata tenía los ojos hinchados de tanto llorar, y ni siquiera el recuerdo de Roberto había podido aliviar su tremenda desilusión.

Temía abrir la puerta de su cuarto, pero al mismo tiempo necesitaba encontrarse cuanto antes cara a cara con su madre para decirle que la había decepcionado profundamente. No hizo falta encararse con ella, porque antes de que pudiera reaccionar, Alma le dijo que a partir de ese momento, Ozzy, su novio, viviría con ellas.

De confesión

Cuánto había deseado Nata que por fin llegara el sábado. Necesitaba ver a Roberto y llenarse de él, y más ahora que lo estaba pasando tan mal.

Durante esos días había experimentado sensaciones que no conocía, que le daban miedo, también remordimientos, e incluso repugnancia. Un asco incontrolable que la incitaba al vómito solo por oler el perfume fuerte y nauseabundo que usaba el *capullo* de Ozzy y que impregnaba cada rincón de su casa recordándole a cada instante que él también vivía allí.

Lo peor de todo es que Ozzy se pasaba casi todo el día en el salón viendo la televisión, jugando a la videoconsola, tocando la guitarra o leyendo tumbado en el sofá. No trabajaba a no ser que le llamasen para hacer algún *bolo*, así que, ocioso, no paraba de comer todo lo que Alma le dejaba en el frigorífico.

Todavía no habían intercambiado ni una sola frase desde que se instaló en su casa y en sus vidas, y la situación, que ya era insostenible, por lo menos para Nata, podría llegar a ser demencial cuando a partir de la próxima semana ella trabajara tan solo por las mañanas. Le aterrorizaba pensar que estaría sola con ese individuo hasta que llegara su madre, que casi siempre era tarde.

Por eso, cuando al fin se tumbó en la camilla y Roberto puso sus expertas manos sobre su piel, sintió ganas de gritar y pedirle ayuda para salir de esa situación.

—¿Y qué tal, Nata? ¿Has notado mejoría esta semana?

—No mucha, la verdad.

—Pero no estés tensa. Tienes los músculos agarrotados. Relájate.

—Es que no puedo, Roberto.

—¿Algún problema?

—Uno muy grande, enorme.

—Hasta los más grandes a veces también se resuelven.

—¡Qué va, el mío no tiene solución, y me está machacando! —dijo sin una pizca de vergüenza.

—A ver, Nata —declaró Roberto mientras masajeaba su espalda—. Yo no soy el más indicado para hablar contigo de tus problemas, pero sí, tus padres. Deberías sentarte con ellos y contarles lo que te pasa. Ya verás cómo dan con una solución.

—¿Con mis padres?

—Claro, mujer, ellos mejor que nadie, puesto que son los que mejor te conocen. Además, ya sabes, todo tiene solución menos la muerte. Solo tienes que sincerarte con ellos o bien, si te da *corte*, con el que más confianza tengas de los dos.

—Roberto, con mi padre no puedo porque hace muchos años que se largó con la hermana de mi madre sin importarle qué sería de su mujer y de su hija.

Se hizo un incómodo silencio.

—Pues entonces desahógate con tu madre.

—Mal lo veo, antes lo hago con mi almohada, porque para desahogos, ya se *desahoga* ella bien, a sus cuarenta y nueve años, con un *heavy* de veintiséis, y casi todas las noches.

El silencio, esta vez, duró más tiempo.

—¿Y con tus amigas, qué...? Suelen ser buenas consejeras.

—Mis amigas no me pueden ayudar sino compadecerme.

—¿Y qué me dices de un psicólogo? Conozco a varios y te puedo dar el teléfono de alguno.

—No me hace falta ningún psicólogo, Roberto. Gracias de todos modos —dijo levantándose de la camilla sin darse cuenta de su media desnudez.

Roberto le acercó la blusa desviando los ojos de su terso y sonrosado pecho.

—Solo sé que tengo ganas de morirme...

—Mujer, no digas eso nunca, y por favor, no llores...

—Lo siento, perdona.

—No, tranquila. Escucha, yo no pretendo entrometerme en tu vida porque no es mi estilo, pero tampoco puedo dejarte ir así. Venga, salgo ahora, te secas esas lágrimas, te cambias, y hablamos un poco en el despacho. Tómate los minutos que necesites.

En otras circunstancias Nata hubiese saltado de emoción. Mirarle a la cara, contarle sus cosas, y que él le devolviese su mirada era algo con lo que siempre había soñado. Como pudo se abrochó los botones de la blusa, se arregló la melena, y abrió la puerta dispuesta a ir a su encuentro, pero no hizo falta, Roberto la esperaba recostado en la pared con cierta preocupación en el rostro.

—Ven, es por aquí —dijo señalando un largo pasillo—. No puedo estar hablando mucho tiempo porque tengo que atender a dos pacientes nuevos. Pero por lo que me has contado todo tiene que ver con el cambio operado en tu madre —añadió mientras abría la puerta y le señalaba una silla tapizada de rojo.

—Sí, ese es mi principal problema ahora mismo. Mi madre ha cambiado tanto que no la reconozco. No nos hablamos y si lo hacemos siempre es con monosílabos. Ese tipo vive con nosotras porque ella así lo ha decidido. No trabaja y está todo el día tumbado en el sofá del salón. Por las noches *contenta* a mi madre, y yo escucho sus jadeos aunque no quiera. Pero, para colmo de males, a partir del lunes, tengo otro horario, y tendré todas las tardes libres. Así que imagina lo que puede ser estar los dos en casa; un infierno, Roberto.

—Pero está tu madre. Ella evitará cualquier encontronazo entre los dos.

—Mi madre trabaja en un restaurante y tiene un horario complicado. Nunca viene a comer y por las noches regresa tarde a casa.

—A ver, Nata, escúchame. No se puede ir al degüello contra una mujer que se *lía* con un hombre más joven que ella, solo por el hecho de que es mujer. ¿Y si fuera al contrario? Imagina a tu padre con una chica de veinticinco años.

—Sería lo mismo. Le odiaría lo mismo que odio a mi madre si él también la metiera en casa.

—Nata, las cosas no son así, aunque comprendo cómo te sientes.

—No, Roberto, no lo sabes. Tú no tienes ese problema, ni muchos otros que yo he tenido y tendré. Eres de otra clase de chicos, de los que todo en la vida es y será *happy*.

—Estás equivocada. No me conoces de nada para opinar así.

—Pues por lo menos lo pareces.

Roberto la miró con incredulidad, pero hizo caso omiso a su comentario. En esos momentos estaba muy descentrada.

—¿Has hablado con tu madre de todo esto?

—¡Claro! Y me dijo que si no me gustaba lo que hacía, ahí tenía la puerta.

Nata agachó la cabeza y emitió un triste sollozo.

—Pero no llores, ya verás cómo todo se arregla. ¿Y no tienes ningún familiar con el que puedas irte una temporada? Esa sería una buena solución; alejarte por un tiempo del ambiente que respiras en tu casa.

—No. Mi madre solo tenía una hermana, y perdió toda relación con ella cuando se largó con mi padre. Mi abuela materna está ingresada en una residencia porque tiene alzhéimer, y con la familia de mi padre perdimos toda la relación hace años. Así que, no, por desgracia mi única familia, hoy por hoy, es mi madre.

—Mira, vamos a hacer una cosa. Como el lunes próximo quiero ir al *Atmósfera* para hacer *crossfit*, te invito a comer cuando salgas del trabajo y miramos soluciones. Ahora, eso sí, me tienes que prometer que no vas a pensar en muertes ni en tonterías, ¿vale?

—Lo intentaré —balbuceó Nata notando la cálida presión de las manos de Roberto sobre las suyas.

Las cosas claras

Había quedado esa misma tarde para tomar algo con las chicas y con Rafi. Todas querían preguntarle si era verdad lo del *cibersexo* y con quién se lo *montaba*, pero Nata no estaba para cotilleos y menos para enjuiciar a nadie o para darle ánimos por su condición sexual; así que no aparecería. Su vida se había convertido en un laberinto y no sabía escapar de él.

Al entrar en casa, el repugnante aroma de Ozzy la envolvió de nuevo. Cabizbaja y con una mueca de asco caminó hacia su habitación.

—¡Oye, Nata, como tu madre no libra este sábado como creía, nos ha preparado una comida estupenda para que comamos juntos y enterremos el hacha de guerra!

—¿Hacha de guerra?

—Eso pensamos nosotros; que nos has declarado la guerra abiertamente.

—Pues, mira, mucho mejor —dijo mientras cerraba la puerta de su cuarto—. Y que sepas que ya he comido.

Vaya mierda de vida que me ha tocado vivir —pensó Nata echándose sobre la cama mientras se tapaba la cabeza con la almohada para no oír los cánticos del *heavy*. Pero no transcurrieron ni veinte minutos cuando unos golpes en la puerta la sobresaltaron.

—¡Nata...!

—¡Qué! —exclamó ella con voz agria.

—Si ya has comido, anda, sal, y tomamos unos cafés juntos.

—No tengo ganas de tomar nada contigo. ¡Déjame en paz!

—Escucha, quiero ir contigo de buen *rollito* por tu madre. ¡Anda, abre!

—¡Por mi madre! —gritó, rebotándose de inmediato.

Nata abrió la puerta y le miró a los ojos sin apartar la mirada. Eran grandes y azules. Sin embargo, aunque los encontrase fascinantes tenía que odiarlos a la fuerza.

—No seas una cría y dime qué tienes contra mí.

—¿Yo, una cría...? ¡Mira quién fue a hablar! Un *niñato* que solo tiene seis años más que yo. Y no tengas el *morro* de preguntarme que qué tengo contra ti.

—¿Es que no te gusta ver feliz a tu madre? Es eso, ¿verdad?

—¡Feliz!, a eso le llamas tú ser feliz. Mi madre lo que está es *enchochada* contigo, chaval, y eres muy consciente de ello. Nos has destrozado la vida, y no te lo voy a perdonar nunca.

—¿Destrozado?, di más bien, endulzado —agregó con un brillo malicioso en la mirada.

—¿A mí?, ¿qué tú me has endulzado la vida a mí? ¡Mira, *tío*, no me *toques las pelotas*! —dijo Nata casi gritando—. Has convertido a mi madre en una perfecta desconocida, en una vulgar *asaltacunas*. Pero, claro, te debe de *molar* eso de vivir como un rey a costa de una menopáusica con trabajo fijo. ¿A que sí?

—¡Venga, sigue! ¡Expulsa todo el veneno que llevas dentro con esa lengua de víbora!

—¡Pues claro que te voy a decir unas cuantas verdades, guapo! A ti te da igual que los pechos de mi madre empiecen a descolgarse, que tenga patas de gallo pronunciadas y que, después de comer, se le empiece a hinchar la barriga como a una embarazada. ¡Qué más te da!, ¿eh? No sé dónde la conocerías, pero como eres un chico listo en un instante la catalogaste. Primero por su edad, una cincuentona, separada o viuda, con mucha falta de amor o mejor dicho de sexo; estupendo, lo que tú buscabas. Luego de una ojeada, pensaste: recatada, sí, pero si sé *entrarle*, la tengo comiendo de mi mano. Después te enterarías de que, sin ser una mujer con una gran solvencia económica, tenía trabajo fijo en uno de los mejores restaurantes de la ciudad; así que ¡*guay*! Hasta comerías a la carta. Y con cuatro cumplidos y un par de miradas arrebatadoras ya la tenías babeando sobre tu pecho. Eso sí, he de confesar que realmente has hecho un magnífico trabajo porque mi madre, hoy, es otra mujer gracias a ti. Con todo lo que ha sido ella con el obsesivo «qué dirá la gente...», y ahora *pasa* olímpicamente, no solo de lo que pueda pensar su hija, sino de todo el mundo. Además, se debe de ver muy

favorecida con el cambio de *look*, y la pobre está irreconocible y encima no le pega ni con cola. Pero lo que más me duele de todo esto es que ya no sabe lo que significa la palabra vergüenza.

—¡A ver, *tía!* Que te quede clarito que tu madre no me *ligó*. Y *me la suda* si crees lo contrario. Fui yo el que se fijó en ella aquella noche en el restaurante, y sentí algo especial.

—Y además de esa sensación tan especial —interrumpió Nata de mala manera—, pensaste: *Mira, una madurita más para mi colección*, porque seguro que mi madre no es la primera con esa edad que cae rendida ante tus encantos. *Viviré por la patilla, y me calentaré la cama para cuando venga de ponerle los cuernos con cualquier chica de mi edad*.

—Oye, chica lista, no te *pases*. Y no te consiento que hables así de tu madre...

—¿Qué no me consientes?, ¿qué no me consientes tú...? Pero *tío* ¿quién te has creído que eres? ¡*Anda y pedalea* que a mí no me la vas a *pegar*, chaval!

—Pues, te guste o no, soy el novio de tu madre, y como te pongas *borde*, aún puedo llegar a ser tu padrastro.

—Eso te *pone*, ¿verdad? Te *pone* mucho. Pero qué ciega está mi madre contigo.

—A mí me *ponen* otras cosas, guapa. Es más, si lo pienso un poco, hasta puede que me *pongas* tú.

—Pues ten cuidado si no quieres salir de esta casa y quedarte sin tu *chollo* —dijo Nata poniendo los brazos en jarra.

—¿Me estás amenazando?

—Solo te digo que como le vaya con el cuento a mi madre, verás lo poquito que tardas en desaparecer de nuestras vidas. Y juro que a la mínima lo haré.

—¿Tú crees? No sé, yo no pondría la mano en el fuego por esa afirmación. Y pensar que podríamos ser buenos amigos y, más ahora, que tendrás todas las tardes libres, pero en fin, como dice tu madre a veces: *Eres más seca que la mojama*. ¿Pero de verdad no te caigo bien ni un poquito?

Nata le miró con desprecio, y aunque le odiase, no podía dejar de reconocer que era tan guapo o más que Roberto. Y, en ese momento, tal y como estaba, con una camiseta de tirantes negra, pantalón vaquero corto, el pelo castaño claro recogido en una coleta y mirándola con una sonrisa

irónica, resultaba el hombre más atractivo del mundo. *No eres tonta, mamá* —pensó sin proponérselo.

Enseguida volvió en sí, encontrándose con la cruda realidad. Y mientras Ozzy tarareaba una canción en inglés, Nata cerró con llave su habitación, se cambió de ropa y salió a la calle para despejarse.

Cuando vio a Rafi y a Teresa tomándose una cerveza en la terraza del bar donde siempre quedaban, se llevó una gran alegría. Sin decir ni hola se sentó junto a ellos con los ojos enrojecidos. No había comido porque no tenía hambre, y tampoco quería volver a su casa hasta que su madre regresara esa noche de trabajar. Sus amigos, después de escuchar la conversación que había sostenido con Ozzy, intentaron tranquilizarla y la obligaron a comer algo.

Teresa pensaba que Ozzy era un *tocapelotas* y solo quería *quedarse* con Nata; era sin duda un vacilón. En cambio, Rafi le advirtió que llevara cuidado con ese tipo del que no sabía absolutamente nada, y que si tenía miedo, él subiría a su casa algunas tardes para acompañarla.

Ante aquel sincero ofrecimiento Nata le abrazó, y cuando se sintió estrechada entre sus fuertes brazos, cerró los ojos y suspirando profundamente pensó en lo que se habían perdido las chicas por su condición sexual.

La invitación

Aquella mañana Nata se arregló más que de costumbre para ir a trabajar. Hasta Ozzy, que se la encontró al entrar en la cocina, emitió un ¡*guau!* de admiración al verla. Con paso firme salió de casa pensando si Roberto al verla sentiría lo mismo que el *pringao* del novio de su madre.

Durante toda la jornada laboral no consiguió que nadie le prestara atención cuando llamaba por teléfono y explicaba las ventajas de ser socio del *Atmósfera*. En cualquier otra ocasión se habría molestado, y más cuando algunos le colgaban el teléfono con mala leche sin darle ninguna opción. Pero aquel día era diferente; no le importaba nada de nada. Incluso no añadía mentalmente ese «que te den» como habitualmente hacía cuando la gente *pasaba* de sus comentarios.

Nata miró el reloj por decimocuarta vez. El tiempo parecía que se había estancado y no avanzara todo lo deprisa que ella hubiera querido. *¿Y si a Roberto se le había olvidado la invitación a comer que le hizo el sábado? ¿Y si a las tres no estaba en la salida?* Porque quedar como ella entendía que las personas quedaban normalmente, eso no había sucedido. Tan solo fueron unas palabras dichas en un momento, quizá extremo, y seguramente por amabilidad.

Entró en el aseo, se volvió a pasar la barra de carmín sobre los labios, se alisó el vestido y se puso unas gotitas de perfume detrás de las orejas y en el escote, como decían que se tenía que perfumar en las páginas *web* que a veces visitaba. Recogió sus cosas, las metió en el cajón de la mesa, y dijo adiós a los compañeros que también empezaban a abandonar sus puestos de trabajo.

Avanzó nerviosa hasta la carretera, dejando atrás las descaradas miradas de unos chicos con los que se cruzó en el semáforo.

Afortunadamente no tuvo que mirar alrededor porque el coche de Roberto estaba perfectamente estacionado en la acera de enfrente.

—¡Nata...!

—¡Hola, Roberto!

—He sido puntual, ¿eh?

—¡Ya te digo! —dijo observando lo bien conjuntado que iba.

—¡Venga, sube!, que te voy a llevar a un mexicano, ¿Porque te gustará la comida mexicana...?

—¡Claro, me encanta!

Después de deleitarse con un plato de nachos al estilo de California, quesadillas variadas, indios cabreados y fajitas con guacamole, decidieron tomar café en la terraza de una coqueta cafetería y así poder hablar con más tranquilidad.

—Y esos problemas que, como has visto, no he querido abordar durante la comida, ¿cómo van?

—Siguen estando igual.

—¿Tu actitud es la misma del otro día o ha cambiado algo?

—Creo que ha cambiado, pero para peor.

—¿Por...?

—Es que al final hablé con el tipo que tiene loca a mi madre, y le dije de todo menos bonito.

—¿Y cuál fue su reacción?

—La de *pasar*.

—Una manera estupenda para no entrar en el asunto —dijo con semblante serio—. Lo considero una cobardía.

—Roberto, no quisiera amargarte con mis problemas, de verdad. Te agradezco que me quieras ayudar, pero mi madre es..., en fin, prefiero no pronunciarme, y el otro, pues un vividor, pero tranquilo, que ya no me voy a morir de pena.

—Eso es lo que quería oírte decir. Aprende a aceptarlo aunque te cueste. Eso sí, no consientas que ese tipo te intimide, y si es así, me lo dices. Y sobre tu madre no me gusta que tengas mala opinión sobre ella.

—No se merece otra cosa, Roberto. Además, tú no puedes saber lo que pensarías en un caso así porque afortunadamente no te vas a encontrar con este problema...

—¿Y tú qué sabes?

—Roberto, tu familia no es la mía. La mía ha caído tan bajo que hasta me da vergüenza hablar de ellos contigo.

—En la mía también pasan cosas, no te creas.

—Pero seguro que tu madre no se mete en la cama con un tipo veintitantos años más joven que ella y, encima, *pasa hasta el culo* de que sus orgasmos se oigan por todo el edificio.

—Ese problema nunca lo tendré porque mi madre murió hace años, pero mi padre también ha tenido aventuras, y si no las ha subido a casa, cuando yo vivía con él, ha sido porque su situación económica le daba más que suficiente para llevarlas a otro lado, pero tampoco diría que no lo hiciera cuando yo no estaba en casa.

—Siento lo de tu madre.

—Gracias, Nata. Te hubiera gustado. Era una mujer estupenda.

—Pero, dime una cosa, si tu padre subiese sus conquistas a casa, viéndolas tú, o hubiera decidido que una de ellas viviera con vosotros, ¿qué habrías hecho entonces?

—Largarme, lo hubiese tenido muy claro.

—Entonces, ¿me entiendes?

—Claro, Nata, ¡dejaré de comprenderte! Es un problema que no todo el mundo puede llevar a sus espaldas, pero también es comprensible la actitud de tu madre por mucho que te duela. Es su casa. ¿Y tus amigas, hablaste con ellas?

—Lo saben porque se lo conté a todas.

—¿Te habrán dado algún consejo?

—Muchos, pero todos de boca para afuera, porque sé que en el fondo están tan *flipadas* como yo por esta situación. Pero soluciones, pocas, créeme.

—Yo ya te dije una.

—Sí, que cambiara de residencia. Como si eso fuera tan fácil.

—Todo tiene soluciones si uno se lo propone.

—Ya, pero hace falta dinero, un trabajo y contactos, y yo no tengo ninguna de las tres cosas.

—Pero a mí me sobran los contactos, y te podría ayudar económicamente al principio. Sí, no me mires así, ya me lo devolverías. Afortunadamente las clínicas de fisioterapia funcionan muy bien.

—Se ve que tu situación económica es buena. Solo hay que ver el cochazo que tienes —dijo mientras contemplaba como hipnotizada los labios

de Roberto.

—¡Hombre, tenía que salir el coche! Me lo regaló mi padre en mi último cumpleaños —contestó Roberto con una amplia sonrisa.

—¡Uy, siento si te ha molestado! Pero sin el coche también se nota.

—Nata, que no es para tanto, mujer, que para eso están los préstamos —aclaró Roberto sonriendo—. Y si tenemos alguna propiedad, ten por seguro que ha sido a fuerza de trabajar. Nadie nos ha regalado nada.

—Pues mayor motivo para estar orgulloso.

—No sé si te he comentado en alguna ocasión que mi padre es un traumatólogo bastante reconocido. Ya se tenía que haber retirado, pero para él el trabajo es vital para su salud mental. No es un mal tipo, aunque a mí, quizá por el hecho de ser hijo único, o porque a él le exigieron lo mismo, pocas veces me regaló una palabra de aliento, ya que, según su opinión, mi obligación era dar buenos resultados a la inversión que había realizado conmigo. Quizá lo que peor llevó fue el hecho de que no me dedicara a su especialidad. Algo que hoy en día, al ver que yo disfruto haciendo mi trabajo, lleva bastante bien. Pero no hemos quedado para hablar de mí —añadió cruzándose de brazos.

—Ya lo sé, Roberto, de todas maneras siempre es agradable que los amigos te cuenten algo sobre su vida. Gracias por la confianza —celebró Nata algo inquieta por la hora que era.

—Tranquila, mujer, deja de mirar el reloj, que si es por mí, esta tarde no voy a la consulta. Privilegios de ser el hijo del jefe —agregó con una sonrisa que dejaba ver una hilera de dientes perfectos y bien alineados.

—¡Qué suerte!

—Escucha, Nata —dijo poniendo sus manos sobre las suyas—. Si alguna vez te encuentras tan mal como para pensar en cosas que una chica tan guapa como tú nunca debería pensar, solo tienes que llamarme a este número —dijo extrayendo una tarjeta de su cartera de cuero negro—. Es mi número de móvil. Llámame si necesitas hablar.

—A lo mejor a tu novia no le hace gracia.

—¿Novia?, ¿qué novia? Yo no tengo novia, Nata. Aún soy muy joven para esas cosas. ¿O es que me echas más edad de la que tengo?

—No, que va, pero la verdad es que no sé qué edad tienes.

—La que represento. Ni un año más ni un año menos. A ver, aventúrate.

—Pues quizá veinticinco —dijo Nata con una gran sonrisa.

—Te has equivocado.

—¿Tienes menos?

—No, ¡qué dices! ¿Tan joven se me ve?

—Entonces ¿cuántos tienes?

—Tengo veintiocho.

—¿Veintiocho? Pero si no los aparentas.

—¿Y eso es malo o es bueno?

—Ni lo uno ni lo otro. No sé...

—¿Nunca has tenido un amigo con esta edad? —preguntó Roberto imaginándose la respuesta.

—No.

—¿Y te gusta tener amigos tan mayores?

—No eres tan mayor...

—Qué diplomática eres, Nata. Venga, ahora te toca a ti. ¿Cuántos años tienes?

—¿Es una pregunta vengativa?

—No; simplemente es curiosidad.

—Vale, ¿cuántos me echas?

—Veinte años.

—Pues va a ser que no.

—¿Tienes más?

—Tengo menos.

—¿Menos? —preguntó Roberto con cara de incredulidad—. ¿No serás menor de edad?

—No, tengo dieciocho.

—Pues quién lo diría porque aparentas más. Y eso que no vas arreglada.

Esa frase caló hondo en el corazón de Nata. *¿Cómo que no iba arreglada? Si llevaba un vestido monísimo de Zara, se había puesto unas sandalias de tacón a juego, y los labios se los había retocado varias veces con una barra de color rosa...*

—Bueno, a ver —puntualizó Roberto, consciente del cambio en la mirada de Nata—. Vas muy guapa con este vestido y tienes una piel preciosa, por no hablar de tus preciosos ojos, pero como estoy acostumbrado a estar entre chicas que van muy maquilladas lo he asociado, perdona.

—¿Como las chicas que tú frecuentas? —interrumpió Nata con una mirada de fingida complicidad.

—Tengo amigas de todo tipo. Y menos guapas que tú, muchas. Pero se arreglan tanto que parecen mucho más mayores de lo que en realidad son, aunque algunas estén espectaculares.

Nata no quiso seguir hablando del tema por miedo a que los celos que sentía consiguieran sacarla de sus casillas y terminara rebotándose contra Roberto o contra cualquier bicho viviente que se acercara a él.

—Ahora sí que tenemos que irnos, Nata. He quedado dentro de un rato con unos amigos, y no quiero que se me haga tarde —dijo Roberto consultando su reloj.

Nata sintió un poco de decepción pues creyó que iba a pasar toda la tarde con ella, pero se recuperó enseguida. Roberto no quiso que cogiera el metro para ir hasta su casa, y él mismo la dejó cerca de su domicilio, al lado de un frondoso parque, en un barrio viejo y modesto de Madrid. Por el camino Nata rezó para que no se encontraran ni con Ozzy ni con su madre, ni tampoco con ninguna de sus amigas. Esa tarde había sido únicamente suyo y no quería compartirlo con nadie.

—Ya sabes, Nata. Recuerda lo que te he dicho: Si algún día necesitas un cambio en tu vida, no dudes en llamarme. Y cuida el cuello y la espalda, que aunque ahora están bien, quién sabe...

Y dándole un beso en la mejilla, se despidió de ella con cariño.

La angustia de Teresa y sus amigas

Cuando Nata se despertó, ya era de noche. Miró el reloj que colgaba de la pared del salón y, supo, por la hora que era, que sus amigas ya se habrían marchado a bailar. Activó el volumen de su móvil, vio varias llamadas, leyó los wasaps, y comprobó que el dolor de cabeza que había padecido toda la tarde ya se le había pasado.

Su madre y Ozzy no estaban en casa, y ella no sabía muy bien qué hacer. Por un lado le apetecía un poco de *marcha*, aunque también sentía algo de pereza porque era más tarde de lo habitual. Pero bruscamente algo le hizo tomar la determinación de buscar a sus amigas. La habitación entreabierta de su madre mostraba unas sábanas demasiado revueltas para no ver que, antes de salir de casa, la parejita había estado *dándole al tema*.

Con la rabia a flor de piel, decidió quitarse la ropa con la que se había quedado dormida en el sofá, ponerse algo más informal, y mandar un mensaje a Teresa para decirle que la esperasen en la *disco*. No tardó mucho en salir a su encuentro a toda *leche*.

* * *

Teresa no había vuelto a escribir, en eso que la *comecocos* de la amiga de Nata decía que era una buena terapia para el estrés. Pero en esos momentos o lo hacía o al final le daría algo de tanto darle a la *bola*.



Aún tiemblo recordando lo ocurrido, y es que no es

para menos. Resulta que hace un par de semanas, Nata no acudió al lugar donde habíamos quedado para coger el metro e irnos de *marcha* como tantos fines de semana. Mercedes, Nuri y yo la llamamos varias veces a su móvil, le mandamos no sé cuántos mensajes, pero no nos contestó, así que decidimos no esperarla por más tiempo y marcharnos directamente a la discoteca. Si le apetecía salir, ya se pondría en contacto con nosotras.

No sé por qué, pero cuando leí su respuesta tuve un mal presentimiento, y pensé que sí, a pesar de ser ya tarde, Nata quería salir aquella noche era porque habría tenido otra de sus innumerables broncas con su madre. No eran buenos momentos para ella, todas lo sabíamos. Y no lo eran por dos razones. La primera tenía un nombre: Ozzy. Ese *macarra* le estaba haciendo la vida insoportable y más cuando se quedaban solos en casa. A cada momento le lanzaba indirectas y se sentía a menudo observada. No es que se hubiera *pasado* con ella, pero las palabras «graciosas» que le dirigía, de alguna manera la inquietaban.

La otra razón también tenía nombre de chico: Roberto. Desde que la invitó a comer aquel día a la salida del *curro* no habían vuelto a verse. Nata lo achacaba a que se estaba preparando no sé qué máster y ya no podía ir tan a menudo al *Atmósfera*. Como ella ya había terminado con su *dolencia*, según le había dicho su amado *fisio*, ya no se le pasaba por la cabeza volver a la consulta porque el interés iba a ser muy evidente. Tampoco quería llamarle por teléfono con cualquier excusa, que era lo que todas le decíamos. Pero ella nos contestaba que se lo había dejado bien claro cuando se despidieron: *Nata, si algún día necesitas un cambio en tu vida, no dudes en llamarme*. Y un cambio sí que necesitaba, ya lo creo, pero, según ella, aún no estaba preparada para irse de casa.

Y si ya estos dos *marrones* no eran suficientes, una tarde, en el centro, habíamos visto a su querido Roberto paseando de la mano de una rubia guapísima, enfundada en un mono estampado y muy ceñido. Él no se percató

de nuestra presencia, pero Nata no pudo disimular su tremenda tristeza, aunque yo, como amiga, hice todo lo posible para animarla.

Como el tiempo iba pasando y Nata no aparecía por la *disco*, le mandé un wasap diciéndole que por qué tardaba tanto, pero no obtuve ninguna respuesta. Nuri la llamó al móvil pero aparecía como apagado o fuera de cobertura. Todo empezaba a ser un poco raro. Le volvimos a escribir para decirle que antes de entrar en la discoteca fuera a un *pub* que acababan de abrir a dos calles de allí y del que Nuri tenía invitaciones; pero tampoco apareció. Ya, bastante mosqueadas, volvimos a la *disco* pensando que tal vez estaba buscándonos, pero no había señales de Nata por ningún sitio. Angustiadas, porque ya eran casi las tres de la mañana, llamamos de nuevo a su móvil e incluso a su casa, pero no contestaba ni su madre. Algo había pasado, pensamos todas.

Hasta que al final, después de varios intentos más, obtuvimos la ansiada respuesta.

—*¡Diga!*

—*¡Nataaaa...! ¿Se puede saber dónde coño estás? Te llevamos esperando horas...*

—*No soy Nata, ¿quién la llama?*

—*¡Ah! Soy Teresa.*

—*Soy su madre.*

—*¿Qué pasa, Alma...?*

—*Ahora no tengo tiempo de explicaciones, Teresa. Es que la han asaltado...*

—*¿Cómo?*

—*Pero afortunadamente está bien.*

Y de repente se cortó la comunicación.

—*Pero ¿qué pasa?* —quisieron saber Nuri y Mercedes—. *¿Por qué tienes esa cara? ¿Qué sucede con Nata?* —preguntaron muy asustadas.

—*La han asaltado.*

—*¿Eh...? ¿Asaltado? ¿Dónde?* —preguntó Mercedes muy alterada.

—*No sé, no sé, se cortó la línea.*

—*¡Joder, joder... como esta tía esté de cachondeo la hostio!* —exclamó Nuri mientras Mercedes se tapaba la cara con las manos.

—*¿Cómo va a estar de cachondeo?* —farfulló Mercedes.

—*¡He hablado con su madre!* —gritó Teresa.

—*¡Ay, Dios... eso es que le ha pasado algo!* —gritó Nuri esta vez asustada de verdad.

—*Me ha dicho Alma que estaba bien, pero enseguida se ha cortado la comunicación* —confirmó Teresa.

—*Pues nos piramos, ya mismo, que esto me huele chungo* —dijo Nuri con el semblante tenso.

Y rápidamente cogimos el metro y nos dirigimos, apenas sin hablar entre nosotras, hasta la casa de nuestra amiga. Pero cuando llegamos nadie nos contestó al telefonillo. Sin saber qué hacer y con el móvil de Nata apagado, decidimos irnos a nuestras casas con una gran intranquilidad en el cuerpo.

A las diez de la mañana por fin pudimos contactar con ella. Estaba en el Hospital Reina Sofía con su madre y Ozzy, y tampoco podía hablar. Así que nos dirigimos de inmediato hasta allí.

En una sala de espera con algunas personas sentadas sobre unas sillas alineadas contra las paredes pintadas de color crema, Nata nos relató el terrible suceso por el que acababa de pasar.

Por lo visto como ya era tarde y Nata quería llegar lo más pronto posible a la *disco*, donde habíamos quedado, decidió atajar cruzando el solitario parque para coger la boca de metro más cercana. Cuando apenas había caminado unos metros, bajo la escasa luz de las farolas, fue asaltada por un individuo que, a la fuerza, quería arrastrarla detrás de unos frondosos arbustos. Nata gritó y se defendió como pudo, pero cuando el tipo le puso un cuchillo en el cuello se quedó paralizada de miedo.

Y como a veces el destino es impredecible, esa misma noche, en el mismo lugar y a la misma hora Ozzy y Alma regresaban por el parque después de haberse tomado unas copas con unos amigos en un *bareto* cercano.

Al escuchar los gritos de socorro de una joven, Alma supo inmediatamente que se trataba de su propia hija. Rápidamente Ozzy localizó al tipo y abalanzándose sobre él lo derribó con la fuerza de sus puños. Cuando los agentes de policía llegaron al lugar, alertados por la llamada de Alma, el agresor ya había huido dejando a Nata sumida en la histeria y a Ozzy con una puñalada en una pierna, contusiones en la cara y una brecha en la nariz. Inmediatamente fueron atendidos por los servicios sanitarios de emergencias y Ozzy fue trasladado al Hospital Reina Sofía donde fue

ingresado de urgencia. La herida de la pierna le había afectado a la vena femoral ocasionándole una hemorragia aguda.

En cuanto terminamos de oír ese dramático relato, abrazamos a Nata con lágrimas en los ojos. Había sido una experiencia tan traumática que nuestra amiga necesitaría un tiempo para volver a la normalidad. También queríamos dar las gracias a Ozzy por su valentía, pero cuando se recuperase y le dieran el alta. Nata nos dijo que vendría a hacer compañía a Ozzy todas las tardes mientras su madre trabajaba, ya que era lo mínimo que podía hacer por él. Le dimos la razón y la dejamos al lado del ascensor que subía a planta, aún con la tensión reflejada en su rostro. Salimos del hospital con el corazón acelerado, el susto en el cuerpo y la mente puesta en Nata y en Ozzy.

Ahora que ya ha pasado el susto, que afortunadamente Ozzy saldrá de esta, y que parece que Nata ya no le guarda rencor por ser la pareja de su madre, es de ley decir que ese chico, además de valiente, está buenísimo. Parece un ángel con su abundante melena, sus grandes y tristes ojos azules y ese combinado, de fino bigote, mejillas afeitadas y escaso vello en la barbilla; con razón a Nata le incomoda estar con él, menudo *tronco*. Y nosotras que para referirnos a él le llamábamos entre otras lindezas *bocachancla*...

Solo esperamos que a raíz de este suceso, que podía haber tenido peores consecuencias, nuestra amiga actúe con él, de una vez por todas, de una manera más agradable, porque si no llega a ser por su intervención. ¡Uf... no quiero ni pensarlo!

Eso sí, ya más calmadas, todas coincidimos en lo mismo: Nata no debía haber cruzado el parque a esas horas...

Las visitas

Cuando Roberto acudió ese día al Atmósfera con la intención de jugar un partido de pádel, lo primero que hizo fue acercarse hasta el mostrador para saludar a Nata a la que no veía desde hacía tiempo. La encontró visiblemente nerviosa y con pronunciadas ojeras.

—¿Te encuentras bien?

—Sí.

—Pues te veo mala cara.

—Es que la pasada noche no pegué ojo.

—¿Sigues con problemas?

—No, que va...

—Nata, no me gustaría que me mintieras, porque somos amigos y los amigos están para ayudarse ¿o no?

—Claro.

—Pues no sé yo, pero intuyo que me ocultas algo; tus ojos te delatan. Dime qué te pasa.

—Nada, Roberto, en serio —dijo esbozando una forzada sonrisa.

—¡Vale, lo que tú quieras! —contestó con el rictus contraído.

Y dicho esto fue a reunirse con sus amigos.

—¡Roberto, espera, espera un momento! —exclamó Nata sin darse cuenta de que los compañeros la miraban con curiosidad.

—Dime...

—Es que ha pasado algo horrible desde la última vez que nos vimos.

—Lo sabía; sabía que algo te pasaba, y aunque te ha costado reconocerlo, me alegro de que seas sincera conmigo. Mira, voy a decirle a mis amigos que jueguen ellos y hablamos.

—No, ahora no puedo, que estoy trabajando. Mira, juega el partido y, si quieres, nos vemos un rato después. ¿Vale?

—Ya no me apetece jugar.

—Venga, en serio; luego nos vemos.

—Bueno, si así vas a estar más tranquila, de acuerdo. Espérame en la cafetería cuando salgas.

—Allí estaré —contestó Nata con voz apagada y triste mirada.

Cuando por fin estuvieron frente a frente y le contó lo sucedido, Roberto, sin poder disimular su tensión, entrelazó sus manos con las de ella.

—Nunca hubiese imaginado que me fueses a contar una cosa así.

—Ni yo que pasara —contestó Nata bajando la mirada.

Pese a su triste semblante, estaba preciosa con ese vestido blanco que dejaba al aire sus tersos muslos —pensó Roberto—. Y es que de esa chiquilla de dieciocho años le gustaba todo: su larga melena castaña, sus carnosos labios, su pequeño cuerpo bien formado, esa mirada que, sin querer, te hacía suyo y, por qué negarlo, hasta la forma vacilona que tenía de hablar de vez en cuando y que en nada se parecía a la suya.

Reconocía la tentación que Nata representaba para él, y lo fácil que hubiera sido conquistarla. Tal vez por eso había puesto distancias, algo ilógico por su parte. Y aunque sabía que no era su prototipo de mujer, ni que tampoco tenía la edad de las chicas con las que acostumbraba a salir, debía de admitir que más de una noche, mientras conciliaba el sueño, no podía dejar de pensar en ella.

Es más, en alguna ocasión estuvo a punto de llamarla, pero en el último momento colgaba el teléfono. No debía, no podía y no quería hacerle daño. Era todavía muy joven para sufrir por amor y, sabía, que si al final se *liaban* se lo haría. Él no era un hombre de ataduras ni de compromisos, ni siquiera de una sola mujer. En eso había salido a su padre; no tenía nada que reprocharle.

—¿Ves como no debiste juzgar tan a la ligera al novio de tu madre? —dijo Roberto encendiendo un cigarrillo.

—Ya... —contestó Nata cabizbaja.

—¿Y va a estar hospitalizado mucho tiempo?

—Pues no lo sé, pero le voy a hacer compañía todas las tardes.

—¿Y tu madre?

—Ella no puede por su trabajo.

—Me parece justo. Es lo mínimo que puedes hacer por él —dijo Roberto con cierta incomodidad.

—Cuando pienso que si la ambulancia no llega a tiempo podría haber muerto por mi culpa —balbuceó Nata con los ojos llenos de agua.

—¿Qué tontería estás diciendo? Tú no tuviste la culpa de lo que le pasó. Además, cualquier hombre que se precie hubiese hecho lo mismo —declaró Roberto con el rictus contraído—. Si por mí fuera, esos tipos que son capaces de forzar a una mujer no saldrían nunca de la cárcel —afirmó cerrando el puño con fuerza—. Y ya verás cómo enseguida dan con él.

—Ojalá, porque no puedo conciliar el sueño.

—Claro, me imagino que aquellos momentos estarán presentes a cualquier hora del día, pero poco a poco irán desapareciendo. Ten paciencia, Nata. Además, tienes a tus amigas que estarán pendientes de ti. Bueno, y a mí, que haré cualquier cosa con tal de que dejes de pensar en ello. Es más, voy a empezar ahora mismo. Si no tienes nada mejor que hacer esta noche, ¿qué te parece si nos fuésemos al cine? Echan una película que me gustaría ver antes de que la quitasen de la cartelera.

—Tengo que ir al hospital.

—Pero ¿también por la noche?

—No, por la noche, no.

—Pues entonces, no se hable más. Te paso a buscar cuando termines la visita. Ya tomaremos algo por el camino. ¿Sigues teniendo mi número de móvil?

—Sí.

—Bien, pues ahora te llevo al hospital y cuando me llames te recojo en la misma puerta.

—Es que estoy sin arreglar.

—¿Sin arreglar?, pero si estás preciosa. Anda, vamos... —dijo echándole su brazo sobre los hombros.

Antes hubiese saltado de alegría. Otra cita con Roberto..., pero ahora su ánimo no estaba bien, y dudaba del tiempo que tendría que pasar para volver a ser, si lo conseguía, la misma Nata de siempre.

Cuando llegó a la habitación del hospital se encontró a Ozzy dormido. Se acercó lentamente para que no despertara y se sentó en el sillón al lado de su cama. No habían transcurrido ni diez minutos cuando entró una enfermera para darle su medicación.

—No sabía que estabas aquí —dijo Ozzy nada más verla.

—Sí, pero llevo poco tiempo. ¿Cómo te encuentras?

—Me he encontrado mejor —dijo con una media sonrisa—, pero no me puedo quejar.

—Ozzy...

—Dime.

—Aunque ya te lo he dicho, necesito volver a darte las gracias por...

— ¡Chsss! no sigas, Nata, por favor.

—De acuerdo; pero te debo una.

—Una, y bien grande —repuso Ozzy, esta vez con un guiño en los ojos.

Después de hablar de cosas intrascendentes, Nata quiso saber algo de su pasado. Tal vez, dadas las circunstancias, Ozzy finalmente se sincerase con ella.

Poco a poco sabré por qué está con mi madre. Si es porque no tiene dónde caerse muerto o porque la quiere realmente. Y si es así, lo aceptaré de todo corazón.

Apenas pudo sacarle tres o cuatro verdades, según afirmó él, en toda la tarde, pero Nata se sintió más que satisfecha. Ozzy había nacido en Navarra. Tenía varios hermanos con los que no tenía ninguna relación. Su nombre verdadero no era Ozzy sino Hegoi, que en vasco significa: viento del sur. Y había tomado el nombre de su ídolo, el músico y compositor británico Ozzy Osbourne cuando decidió dedicarse a la música.

—Oye, Nata, no hace falta que vengas todas las tardes.

—Por supuesto que sí. No pienso dejarte solo hasta que salgas de aquí.

—¿No será un castigo para ti?

—No, por Dios, qué cosas dices —dijo sonriendo—, es lo mínimo que puedo hacer por ti, y de verdad que lo hago de corazón.

—¡Vale! Si es de corazón lo acepto. Porque no me gusta dar pena.

—¡Que no! De pena, nada. ¿Y puedo llamarte Hegoi?

—Te agradecería que no.

—De acuerdo, Ozzy.

Cuando salió de la habitación, llamó a Roberto, y fue directa a los lavabos del hospital. Allí, mirándose al espejo, se peinó, puso color a sus mejillas con la punta del pintalabios rosa chicle, volvió a echarse perfume

detrás de las orejas y se ajustó las tiras del sujetador para marcar más sus pequeños pechos.

Cuando se subió al coche, no sabía qué película verían ni a qué cine la llevaría, pero en ese momento poco le importaba. Solo quería sentirse cerca de él, y disfrutar el mayor tiempo posible de su compañía.

—Espero que te guste la película que he elegido. Tiene muy buenas críticas. Además, los actores son muy buenos y qué decir de los paisajes nevados, ya verás...

—Me gusta la nieve.

—Pues entonces te encantaría Canadá.

—¿Es que conoces Canadá?

—Sí, y seguro que te gustaría.

Y dándole la mano para que no tropezase por las oscuras y estrechas escaleras, se acomodaron en las butacas para ver la película.

Los primeros minutos fueron espectaculares. Un rompehielos atómico el *Victory*, el barco de expedición más potente, sofisticado y rápido del mundo, navegaba entre los hielos del Océano Glaciar Ártico mientras se veían numerosas morsas, focas, aves y osos polares de camino al deshabitado Polo Norte.

Aunque no había mucha gente en la sala y menos en la fila que ocupaban, Nata recibió una llamada y recordó que no había silenciado el móvil. Muy nerviosa, abrió el bolso, pero con tan mala fortuna que el teléfono, que ya había dejado de sonar, cayó al suelo. Roberto y ella se agacharon a la vez para recogerlo y justo en ese instante sus rostros se rozaron. Nunca habían estado tan cerca el uno del otro, y la sensación que experimentó Nata fue tan especial como la de Roberto que, sin dudarlo, la besó con pasión.

Fue a partir de ese momento cuando se desencadenaron tantas caricias en aquella sala, que Nata hubiese querido tatuarlas en su piel para recordar a cada instante que había pasado y no era fruto de su imaginación. ¡Cuánto le amaba!

Nunca debió ocurrir

El día que Ozzy salió del hospital, tanto Alma como su hija no sabían qué hacer para que estuviese cómodo en casa. Las atenciones se sucedían a cada momento, y la comida que preparaba la madre de Nata, si cabe, era más elaborada que de costumbre.

Pero Ozzy empezaba a sentirse incómodo y, no por tener que llevar muletas con puños anatómicos para evitar la sobrecarga de las manos, ni por comprobar cómo madre e hija le trataban como si fuese un niño, sino porque ahora, sin habérselo propuesto, miraba a Nata de otra manera y, por qué no reconocerlo, estaba seguro de que ella a él también.

No se sintió avergonzado cuando le fue narrando tarde a tarde en el hospital alguna de las diabluras de cuando era un adolescente inconformista y rebelde. Tampoco se sintió incómodo, pero sí arrepentido, cuando le contó cómo sus padres le habían echado de casa por su actitud ante la vida. Pero también, gracias a esos recuerdos hasta el momento sepultados conscientemente en lo más recóndito de su corazón, Ozzy pudo volver a «paladear» las comidas que su abuela Rosa le preparaba en el fogón cuando era un crío. Incluso, llegar a sentir el olor y el color de su tierra como si estuviera allí mismo paseando por el cauce del río Ezcurra y acompañado de Nata.

No sabía por qué, pero aquella chica menuda se había colado en sus sueños, en sus pensamientos y hasta en su forma de actuar cuando apenas hacía unas semanas que ni se dirigían la palabra.

Para él, aunque algunos pensarán lo contrario, fue incómodo irse a vivir a casa de Alma sabiendo que viviría junto a su hija, una chica algo más complicada de lo normal, pero en esos momentos de su vida, esa mujer,

amante y amiga, le estaba brindando la ocasión de redimirse como ser humano.

Ozzy necesitaba que alguien le infundiera el valor suficiente para tomar determinaciones y poner otro rumbo bien distinto en su vida. Alguien que le ayudara a dejar el ambiente que poco a poco le estaba robando su identidad y le guiaba hasta la degradación más absoluta; solo era cuestión de tiempo. Y sobre todo necesitaba que ese alguien le ayudara a no sentir día a día la sensación de derrota que llevaba colgada en los hombros desde que abandonó su casa, su pueblo y sus raíces. Alma jamás dudó en darle todo lo que necesitaba. Era en ese momento su única tabla de salvación, y además le entregaba su amor sincero, por eso, sin dudarlo, se aferró a ella para salvarse del hundimiento.

Lo que nunca pudo suponer es que el odio que su hija sentía hacia él, fuese el detonante para que la relación entre ambas se crispara y, hasta tal punto, que casi no se dirigían la palabra. Ozzy notaba que esta tensa situación le estaba pasando factura porque él era el único culpable, y aunque intentaba acercarse a Nata, ella le rechazaba constantemente. Sabía que el problema se solucionaría si desapareciera de sus vidas. Por ese motivo, en más de una ocasión estuvo a punto de tirar la toalla y volver con sus colegas, pero al final Alma le convencía con frases como: *No te preocupes, ya verás cómo pronto acepta nuestra situación, es muy cabezota pero mi hija tiene buen corazón...*

Pero aquellas tardes en el hospital junto a Nata habían cambiado todos sus esquemas, ya que había descubierto que, bajo ese disfraz de agresividad, se escondía una chica sensible que tenía la frescura y la inocencia que él, por su poca cabeza, había apartado de su lado demasiado pronto.

Oírla reír era como estar sentado en un columpio y balancearse adelante y atrás con un ritmo frenético. Sentir la suavidad de sus dedos cuando le tocaba la frente para ver si tenía fiebre, había sido como el despertar de una pesadilla y ver el cielo.

Su situación ya no era igual; no podía ser igual. Esos días habían marcado otro inicio lleno de incógnitas a cuál de ellas más compleja. No podía sentirse a gusto conviviendo con ellas cuando empezaba a sentir por Nata una especie de deseo mezclado con otros sentimientos que le desconcertaban. Cuando la tenía cerca, la miraba de reojo para no encontrarse cara a cara con sus ojos y que estos descubriesen su secreto. Esperaba impaciente su llegada del trabajo y se preocupaba más de su aspecto personal.

Incluso cuando ella no estaba en casa, sus instintos perseguían su aroma por todos los rincones.

Pero lo peor de todo en ese momento tenía un nombre: Alma. A Ozzy le dolía hacerle daño porque no se lo merecía. Y aunque nunca había estado enamorado de ella, la quería porque era una persona noble y generosa. Sin embargo, ahora que había descubierto que aún podía ilusionarse por una mujer, le sería difícil estar con Alma cuando en su mente y en su cuerpo a quien deseaba realmente era a su hija.

Alma, durante esos días, experimentó un gran alivio al comprobar que las tensiones, antes existentes entre su hija y Ozzy, habían desaparecido tras el trágico accidente. Ahora se marchaba a trabajar con la tranquilidad de que Nata no se rebotaría con la persona que le estaba proporcionando muchos momentos de felicidad.

Sabía, porque se ponía en la piel de su hija, que su situación amorosa le podía causar cierto malestar y que seguramente su papel como madre había caído en *picado*, pero necesitaba a Ozzy para sentirse viva, para recuperar todos los años perdidos por culpa de su hermana y su marido, para volver a llenar su cama de caricias y complicidad que jamás pensó que volverían. Nata tenía que hacerse cargo y comprenderlo, y confiaba que más tarde o más temprano lo haría. Ella era joven, tenía una vida por delante. Se enamoraría y desenamoraría aún muchas veces. Además, pronto iba a empezar la Universidad y su círculo de amistades se ampliaría. Pero ¿qué le hubiese quedado a ella si no llega a apostar por Ozzy?: ¿Trabajar como una mula en la cocina del restaurante y ver pasar los años con la única compañía de la almohada? Había sido valiente y no se arrepentía. Y ahora que Nata y él habían empezado a entenderse se sentía, por fin, plenamente feliz.

—Mañana se me termina el contrato en el *Atmósfera*, Ozzy.

—Bueno, no te preocupes; ahora a empezar una nueva etapa.

—Ya ves, y encima con algo de dinero para echar una mano a mi madre con la matrícula de la *Uni* y los libros; pero voy a echar de menos el *curro*.

—Es lógico que lo vayas a recordar con nostalgia, pero si te sirve de consuelo te diré que, trabajes o no, eres una buena hija —reconoció Ozzy mientras pelaba unas patatas en la cocina—. Tu madre puede estar orgullosa de ti.

—No esperaba estas palabras.

—Solo te digo lo que veo y siento. Y yo, en cuanto deje aparcadas las muletas, empiezo a buscar trabajo.

—Pero... ¿y tu grupo?

—Tengo que cambiar de vida, Nata. El tiempo va pasando y no he hecho nada de lo que realmente me sienta orgulloso. Quiero saber si sirvo para algo más que hacer *bolos* en algún pueblo del extrarradio. Además, ya está bien de que tu madre lleve todo el peso de la casa.

—Eso te honra. Y claro que sirves para más cosas, además de la música; ojalá supiera yo hablar inglés como lo hablas tú.

—Pues ya sabes, cuando quieras te doy clases. Y ojalá que me sirva para encontrar trabajo, aunque si es necesario iré a descargar camiones. Me avergüenza mi situación y lo que puedas pensar de mí.

—Ahora nada malo. ¡Anda, deja esos bastones, y dame un abrazo!

Él la abrazó como un náufrago cuando siente por fin la tierra bajo sus pies. Y cuando sus labios rozaron sin querer su piel, Ozzy sintió unas ganas inmensas de besar sus hombros, su boca, sus pechos, y hacerle el amor allí mismo.

Nata, que vivió un abrazo que no estaba en su lista de deseos, en un principio se tensó bajo la fuerza de esos brazos, pero luego, sin poder o querer resistirse, dejó que Ozzy aplastara su pecho contra el suyo, que sus dedos subieran por su espalda como las lagartijas cuando reptan por las paredes, y que la besase en la boca una y mil veces.

Esos instantes mágicos se adueñaron de ellos por completo hasta que una llamada de teléfono los hizo regresar con brusquedad a la realidad. Nata se apartó de Ozzy temblando como una hoja y, abrochándose los botones de su camisa, se dirigió a su habitación con la sensación de haber estado a punto de hacer algo de lo que luego se hubiera arrepentido. Para Ozzy, dejarla marchar por culpa del insistente sonido de un teléfono, fue como perder ese instante donde toda su vida podría haber cambiado irremediabilmente.

—Anda que no has tardado en contestar.

—Es que me has pillado saliendo de la ducha, Alma. Dime, ¿necesitas algo?

—No, que va. Bueno, por necesitar, te necesito a ti, pero eso ya lo sabes. Es que mi jefe debe tener un día de esos tontos y me ha dicho que lo que me queda de jornada me la tome libre, así que ya estoy saliendo del

metro —dijo Alma con alegría—. Venga, en diez minutos estoy en casa, y despacio nos vamos a la calle. Así que, vístete —dijo metiéndole prisa

—Es que no me apetece dar un paseo —afirmó Ozzy mientras con la mirada buscaba a Nata.

—Si va a ser cortito para que no te canses. Anda, cariño, hazlo por mí.

—Vale, Alma, tú ganas.

Cuando recibió el abrazo de Alma en el salón, sintió un hormigueo por todo el cuerpo y un sabor amargo de rechazo.

—¿A que no sabes qué día es hoy? —preguntó Alma agarrándose de su brazo.

—Ni idea.

—¡Ay, estos hombres, todos son iguales para las fechas...! Pues nuestro aniversario. Tal día como hoy, ya hace un año, nos conocimos. ¡Anda, vamos a la calle, que ya habrán abierto!

—Abierto ¿qué?

Cuando salieron de la joyería Ozzy llevaba una alianza de plata en el dedo y Alma otra.

El apartamento

Después de ese primer acercamiento, Roberto supo que no haría nada para evitar lo que sentía por Nata, pese a que esos diez años de diferencia no le hicieran mucha gracia. Las caricias consentidas en el cine habían puesto de manifiesto que también ella las había disfrutado y, lo mejor de todo, las había correspondido con pasión. Y si al principio de conocer a Nata había puesto los cuatro sentidos en procurar no tener ningún acercamiento físico con ella porque sin querer terminaría haciéndole daño, ahora que había probado el sabor de su piel y sus besos ardientes, sus remordimientos se habían ido al traste.

No le gustaba mirar hacia su rincón de trabajo, en la recepción del gimnasio, y saber que no la vería más por culpa de haber finalizado su contrato de trabajo. Es más, si alguien le hubiese dicho que iba a estar tan entusiasmado con esa chica, se hubiese reído en su propia cara, pero a veces suceden cosas inesperadas, y a él le estaban pasando.

Intranquilo porque Nata no contestaba ni a las llamadas ni a los wasaps, Roberto decidió ir hasta su casa. Tal vez le había surgido un nuevo problema o quizá estuviera enferma, pero ante esa duda que le perseguía día y noche, nada mejor que resolverla de esa manera.

No recordaba la calle, aunque sí la zona. Estaba muy cerca de un frondoso parque que, seguramente, fue el mismo donde Nata fue asaltada. Giró con el coche a la derecha, luego a la izquierda, bordeó una rotonda, otra vez a la izquierda y, perplejo, se dio cuenta de que estaba hecho un lío dentro de esa maldita barriada de bloques cenicientos.

Era la segunda vez en su vida que pisaba aquel barrio de Madrid. La primera, acompañando a Nata; ahora, buscándola. No le gustaba ese lugar lleno de gente vulgar, casas vulgares y calles estrechas y mal indicadas.

Definitivamente si no hubiera sido porque ella vivía allí, se hubiese dado la vuelta lo más rápido posible para salir de ese sitio que olía a pobreza, a drogas y a paro.

Aparcó su coche con el temor de que algún tipo se lo rayara. Se arregló el cuello de la camisa y, echándose el cabello hacia atrás, decidió dar una vuelta por los alrededores para ver si de esa manera podía recordar mejor.

Cuando ya había decidido dar por finalizada la búsqueda, reconoció una voz que le era demasiado familiar como para pasarla por alto. Era Nata. Allí estaba, en la terraza de un barucho de mala muerte y acompañada por unas amigas más o menos de su misma edad. Roberto se acercó despacio y llevándose un dedo a la boca en señal de silencio, miró a las chicas que, intrigadas, disimularon ante Nata que, de espaldas, no podía verle.

Nada más sentir la presión de unos dedos en su rostro, le reconoció. Era Roberto, pero *¿qué hacía Roberto allí?*

—¡Así que yo preocupado porque no dabas noticias y tú tomándote una cerveza con estas chicas tan guapas! —exclamó con una sonrisa maliciosa.

Casi con timidez, Nata aceptó su beso en la mejilla, y ante el asombro de sus amigas hizo las oportunas presentaciones.

—Roberto, te presento a Teresa, Nuri y Mercedes, mis amigas.

—¿Tus amigas del alma?

—Sí —contestó Teresa adelantándose a las demás—. Y tú debes ser...

—Roberto, Teresa; es Roberto —admitió Nata con cierta tensión.

Después de saludarlas, decidió sentarse con ellas y pedir un *cubata*, pese a que notaba cierta incomodidad en la actitud de Nata. Hablaron de cosas intrascendentales y pronto se quedaron solos.

—¿Te pasa algo conmigo?

—No, Roberto, qué va...

—¿Y por qué no has dado señales de vida en todo este tiempo?

—Es que..., necesitaba pensar.

—Pensar, ¿qué? —añadió entrelazando sus manos.

—En lo que pasó en el cine, en ti y en mí.

—¿Es que no te gustó lo que pasó?

—No es eso, Roberto.

—Sí, sí que lo es. Fue algo normal, no le des tanta importancia.

—Para mí sí la tiene —confesó Nata notando cómo el rubor se le subía a la cara.

—Creía que te gustaba un poco —dijo mirando al suelo.

—Y me gustas, Roberto, pero...

—Ya sé, la diferencia de edad. Mira, Nata —aclaró sin dejar que le interrumpiese—. Ninguno de los dos tenemos la culpa de haber nacido antes o después. Tal vez me encuentres mayor porque estás acostumbrada a tratar con gente de tu edad, pero a mí me pasa lo mismo y no me lo tomo de esa manera. Tengo claro que me gustas, Nata —afirmó Roberto con convicción.

—No tiene nada que ver con eso.

—Entonces, ¿es que te doy miedo?

—Me doy miedo yo misma.

—¿Caperucita tiene miedo de comerse al lobo? —rio Roberto.

—No te cachondees, ¿vale?

—Nata, que ya no eres una niña. Y si te asusta lo que pasó entre nosotros es que nunca has estado con un hombre de verdad. Anda, ¿por qué no llamas a tu madre y le dices que cenas fuera?

—No me apetece, de verdad.

—¿No te apetece la cena o mi compañía? —preguntó con cierta tirantez.

—No me hagas caso, Roberto, es que llevo unos días en los que no me conozco ni yo.

—¿Ha nacido una nueva Nata?

—¡No! —exclamó con una medio sonrisa—. Por fortuna o por desgracia soy la misma, pero con un *cacao* en la cabeza de *flipar*.

—Y eso que ya no estás estresada con el trabajo en el *Atmósfera*.

—Pues ya ves, a lo mejor es que lo echo de menos.

—El coche está aquí al volver. ¡Venga, anda, vámonos! Te hace falta dar una vuelta conmigo.

Y rodeándola con su brazo, Roberto abandonó el barrio que tanto le asfixiaba.

—Ozzy, que no ceno en casa. Dile a mamá que no llegaré tarde. ¡Vale! Sí, con un amigo. De acuerdo. Venga, adiós.

—No me digas que ahora ese tipo ejerce de padre...

—No seas malo, Roberto.

—No, si yo no digo nada, porque nada me interesa más que tú.

Y con la mano derecha libre del volante, la atrajo hacia sí y la besó en la frente.

Mientras cenaban a la luz tenue de las velas en un pequeño pero acogedor restaurante, Nata pensó en lo compleja que podía resultar a veces la vida. Por un lado, Roberto, que daba muestras más que suficientes de tener interés por ella, y por el otro, Ozzy, al que se le apagó la voz cuando le dijo que cenaría con un amigo.

Dudaba si contarle o no a Roberto lo que le había pasado con el novio de su madre, pero después del postre decidió no decirle nada. Además, ¿qué eran unos besos...? No eran nada. Aunque en el fondo supiese, porque no podía engañarse, que solo la inesperada llamada de su madre logró detener algo maravilloso que irremediabilmente iba a producirse.

Reconocía que no estaba bien lo que había hecho y lo lamentaba profundamente. Ella que siempre había jurado no interferir jamás en la relación de ninguna pareja, y si embargo había sido capaz de consentir que Ozzy la besara, la estrechara entre sus brazos, y recorriese parte de su cuerpo con sus caricias. Y cuantas más veces pensaba en eso, más recordaba a su tía y a su padre.

—¿Nos tomamos el café en mi casa?

—¿En tu casa? Es que ya es tarde.

—¿Tarde?, ¿qué dices, chiquilla? Venga, anda, no te hagas de rogar; vamos solo un rato. Está aquí al lado, y así compruebas cómo vive un *fisio* cuando no trabaja.

Nata rio ante semejante ocurrencia. No sabía qué hacer. Si le decía que no, creería que era una mojigata, pero si subía, no estaba dispuesta a que ocurriese nada parecido a lo que pasó en el cine.

Le encantó el apartamento de Roberto. No era excesivamente grande, pero estaba decorado de tal manera que lo parecía. Lo primero que se veía al entrar en el salón era un sofá en tonos verdes y amarillos con algunos cojines marrones y, al lado del amplio ventanal, un pequeño sillón color avellana con reposapiés y una pequeña mesa auxiliar en acero y cristal con varios libros. La televisión, curva y de bastantes pulgadas, descansaba sobre un mueble de madera con estantes donde se podía distinguir una videoconsola, varios CDs y otros aparatos tecnológicos. La terraza daba al Parque del Retiro, ese remanso verde en el centro de Madrid, y que cautivó a Nata en cuanto lo vio, recordando sin querer que en su casa las únicas vistas que tenían desde el minúsculo balcón era su propio toldo, siempre echado para evitar que los vecinos de enfrente respetaran de esa manera su privacidad.

Con tranquilidad, Roberto puso música y le mostró el resto de la vivienda, que demostraba claramente su personalidad práctica y a la vez entusiasta. Luego, preparó café y sentados en el sofá le enseñó algunas fotos. Nata reía ante las anécdotas que le iba contando sobre algunas de las instantáneas. Hasta que de pronto, Roberto apartó los álbumes y la besó con deseo. Lo hizo despacio, muy despacio, como si cada recodo de su boca tuviera cientos de kilómetros. Luego, le desabrochó los botones de la blusa, y sintió la suavidad de sus pechos, su nuca, su cuello..., hasta que, en un instante mágico, la trasladó en brazos a su habitación, donde un remolino de pasión se desató sobre la amplia cama.

Exhaustos, se volvieron a mirar, esta vez con ternura, y Roberto le volvió a hacer el amor, despacio, muy despacio... A Nata nada le importaba en esos momentos, y si en la Tierra hubiera habido un cataclismo, no habría elegido mejor manera para morir; solo quería sentir eternamente la dicha que Roberto le estaba proporcionando.

La decisión

Cuando Nata llegó a casa le dolía el cuerpo de tanto amarse. Después de tomar una ducha caliente se metió en la cama, pero apenas pudo conciliar el sueño recordando cada momento vivido, cada caricia, cada beso entregado y devuelto con avaricia. Supo que amaba a ese hombre sobre todas las cosas, y deseaba ardientemente que un día él también se lo dijera.

No podía creerse que aquel chico inalcanzable, por lo menos siempre lo pensó así, fuese su amigo especial y quizá con el tiempo, quién sabe si su pareja. Todo había ido más deprisa de lo que nunca imaginó, y estaba feliz de que hubiera ocurrido así. Había hecho el amor por primera vez y con la única persona que quería. Por fin había descubierto el universo que hay después del roce entre dos cuerpos.

Atrás quedaba Pablo y también sus intentos frustrados porque ella, en el último momento, siempre se echaba para atrás. Ahora se alegraba inmensamente de que no hubiera sido el primer hombre de su vida para recordar eternamente.

Se sentía tan inmensamente afortunada que, ahora, y solo ahora, *pasaba olímpicamente* de la relación de su madre con Ozzy, es más, incluso la podía comprender.

El futuro, siempre incierto, se tornaba maravilloso. Tenía a Roberto, su madre era feliz, y la etapa universitaria la esperaba con los brazos abiertos, ¿qué más podía pedir? Iría con cuidado, eso sí, y cuando tuviera fuerzas suficientes hablaría con Ozzy para ponerle las cosas claras. Reconocía que se había equivocado, que *había metido la pata hasta el fondo* aquel día en la cocina, pero nunca en la vida se volvería a repetir aquella escena.

—Mira que querer estudiar Empresariales... —le volvió a decir Teresa tirándole un cojín a la cabeza.

—Sabes de sobra que las letras no son lo mío y que siempre me han gustado las ciencias.

—Ufff..., todas para ti, guapa, menudo petardo —gritó Teresa echándose sobre el edredón de flores y extendiendo los brazos en forma de cruz—. Pues, nada, tú te lo pierdes, porque dicen que en Derecho están los *tíos* más *buenos* de la *Uni*, aunque claro con el *maromo* que te has echado...

—¿Te gusta Roberto?

—Pero qué tonterías preguntas, Nata. ¡Joder, pues claro, está *buenísimo*! ¡Anda que si lo llego yo a ver antes...!

—¡Oye, *tía*, tendrás *morro*...!

—Porque eres tú, que si no... —añadió Teresa entre risas.

—Como que te crees que es tan fácil.

—Nata, si lo has conseguido tú, yo también lo haría. ¿O que te crees?
—y volvió a tirarle otro cojín.

—¡Calla, loca! Roberto es mío.

—¡Vale!, venga, pues cuenta, ¿y qué tal con él?

—Mejor, imposible.

—Pues *suelta* ya, a ver si me *ligo* a uno parecido con tus sabios consejos.

—Solo te diré que lo *hice*.

—¿El qué? —preguntó Teresa.

—Sí.

—Que hiciste ¿qué?

—Pues eso.

—¿Qué eso?, Nata.

—Pero... ¿tú eres tonta o te lo haces?

—Joder, *tía*, es que te explicas...

—Pues, Teresa, que lo hice.

—Pero, ¿qué coño me estás diciendo?

—¡Que nos *liamos*!

—¡Joder, estás como para hablar en público! Y, ¿qué?, ¿quién es mejor en la cama?

—No te entiendo.

—¡Pues sí que eres *cortita*! Que si es mejor que el desgraciado que tuviste por novio.

—¿Pero es que creías que Pablo y yo habíamos...?

—Anda, pues claro —contestó interrumpiéndola—. Yo y las demás.

—Pues que equivocadas estabais...

—No me jodas que no *pinchaste* con Pablo.

—Pues no, al final siempre me *rajaba*. Y no sabes ahora cuánto me alegro.

—Mira lo que es la vida, siempre pensando en los revolcones que te dabas con tu Pablo, y resulta que no te comías ni un *colín*. Pues ¿sabes qué?, que me alegro si al final ese cabronazo terminaba con dolor de...

—No seas bestia, Teresa —añadió Nata con una sonrisa de complicidad.

—Bueno, y Roberto entonces ¿qué? ¡Cuenta, cuenta!

—Pues no tengo con quién compararlo, pero fue una pasada, y lo hicimos dos veces.

—¿El mismo día?

—Claro.

—*Tía*, reunión general. Vamos a llamar a las otras y nos lo cuentas detalladamente. ¡*Vaya tela* con la Nata de los cojones!

Ozzy las vio entrar a todas en la habitación de Nata. Escuchó sus gritos, sus risas y hasta incluso correr muebles. ¿*Qué estaba pasando allí dentro?* La verdad es que últimamente la veía muy contenta, y desde luego que no era por él, ya que desde el día que pasó *aquello* en la cocina, procuraba ignorarlo.

Quizá todo había sido muy precipitado y ella se había asustado, pero él era consciente de que a los impulsos era difícil echarles una soga al cuello para detenerlos. Aquellos momentos vividos tendrían que haber sido eternos porque Nata estaba entregada a sus caricias, y de no haber sido por la llamada de Alma, tal vez ahora todo fuera distinto. Había tenido entre sus brazos a otras mujeres y, sin embargo, le costaba enormemente dominar la pasión que sentía por esa chica chula y deslenguada.

Ozzy no estaba pasando por uno de sus mejores momentos, y Alma estaba precipitándole al borde del abismo. No quería herirla porque no se lo merecía, pero de ahí a formalizar su relación con esas alianzas que ambos lucían en los dedos, era algo que nunca se esperó y que le había superado con creces. Su cabeza ordenaba la huida, aunque no estaba dispuesto a decir adiós a Nata; no sin antes haber hablado con ella.

Además, había otro detalle que le estaba amargando la vida. Era ese chico, Roberto, quizá un compañero de clase, con el que Nata se veía en más

de una ocasión. Siempre la observaba con un brillo especial en su mirada cuando salía a su encuentro, y notaba que cuando regresaba evitaba encontrarse con él, quizá, para no delatar su felicidad.

Hasta su madre se lo había notado. *Enamorada, Nata está enamorada... Lo sé.* Y esas palabras con gestos de complicidad entre ambas le hacían mucho daño. Ya no podía estar así por más tiempo. No quería seguir poniendo excusas para no hacer el amor con Alma. Sentía lástima, y se le anegaba el corazón por hacerle daño, pero no era capaz de traicionar sus sentimientos; ahora su cuerpo y su mente estaban con su hija. Hablaría con Alma, inventando cualquier excusa, antes de irse de esa casa para siempre. Pero antes necesitaba comprobar si con el roce de sus dedos Nata volvía a temblar como aquel día.

De todas sus amigas, era con Teresa con quien tenía más confianza. Con ella, Nata, no necesitaba medir sus palabras, no necesitaba fingir, y eso no tenía precio.

—¡Estás loca, tía! —exclamó Teresa intentando, sin conseguirlo, bajar la voz ya que estaban tomando unas cervezas en un *bareto*.

—No, Teresa, no te equivoques, me están volviendo loca, que no es lo mismo.

—¿Y tu madre sabe algo de todo esto?

—¡No! ¿Qué dices...?

—Es que, joder, te metes en unos marrones... No te sobra con uno, no; tú, a pares. Aunque la verdad es que te comprendo ya que Ozzy, al igual que Roberto, también está *buenísimo*. Pero *morrearte* con el novio de tu madre en tu propia casa ¿no es un poco fuerte? Sí, Nata, no me mires así. Además, júrame que no hubo nada más entre vosotros, porque ya no sé qué pensar.

—Ya te lo he dicho, Teresa. Solo sucedió lo que te he contado.

—¿Y si tu madre no os hubiera interrumpido con la llamada...?

—Pues no sé lo que hubiera pasado, porque fue algo completamente incontrolable.

—Esos momentos son los mejores, amiga, porque se debe de perder la noción de la realidad. ¡Son mágicos!

—Ya, serán muy mágicos, y todo lo que tú quieras, pero ahora no puedo ni mirarle a la cara. Y, claro, a mi madre tampoco.

—Pero ¿por qué?, ¿no me digas que a estas alturas estás avergonzada por darte unos *picos*? Tú no tienes que sentir vergüenza por algo así. Pasó,

pues pasó. Lo más jodido es que vivís todos en la misma casa, pero bueno...

—Ya, pero no sabes lo mal que lo estoy pasando. Por él, por mí, por mi madre y por Roberto.

—Eso sí; ahí te doy la razón; todo es muy *heavy*. Pero dime, Nata, ¿a ti te *mola* Ozzy o no?

—Prefiero no contestar.

—¿Cómo qué no? Hija, eso es lo más importante; digo yo. Saber si solo fue un *calentón* o si verdaderamente hay algo más.

—Es agradable.

—¿Cómo que es agradable? ¿Te estás quedando conmigo o qué? *Tía*, que soy Teresa, no la dulce Mercedes —preguntó dándole un empujón con el codo que a punto estuvo de tirar la jarra de cerveza al suelo.

—Pues, mira, te voy a contestar aunque pienses que estoy loca: Sí, me gusta, Ozzy.

—¡Coño, joder, qué *fuerte*! ¡Pero qué *fuerte*...! ¿Y entonces Roberto?

—Pues también —contestó Nata enredándose, nerviosa, un mechón de la melena entre los dedos.

—¡Vaya *liada*...! Y entonces ¿qué vas a hacer?, porque ¿no te *tirarás* a los dos? ¿O sí?

—¡Qué bestia eres!

—¿Bestia...? Lo que tengo es una envidia que te cagas. La que no tenía suerte con los chicos... Anda que si llegas a tenerla, te veo con un harén de *yogurines*.

—Esto no es suerte, Teresa, no te confundas, es un *marronazo* de cuidado. Si alguien me dice que iba a estar *pillada* por dos *tíos* al mismo tiempo, le hubiese dicho que alucinaba, pero, mira, qué le voy a hacer si así es.

—Pero ¿te gustará uno más que otro?, digo yo, ¿o no?

—Es que son muy diferentes y no solo por su aspecto físico ni por cómo piensan, sino a la hora de abrazar, de besar...

—¡Vale, *tía*, ya! ¡Te prohíbo que sigas! Una cosa es que sea tu profesora espiritual, y otra muy distinta, la gilipollas de turno, la *aguantavelas* de tus desquicies, y a la que le dé igual que le pongan los dientes largos. Porque me estás dejando la moral hecha una mierda, guapa. Anda, pídete otra caña, que ahora te invito yo.

—Tengo que tomar una decisión, Teresa, y bien pronto.

—¿Decidirte por uno de los dos?

—No.

—Entonces no te entiendo.

—Decidirme a llamar a Roberto para que me ayude a dar el salto.

—¿El salto?, pero ¿se puede saber de qué salto me estás hablando?

—De un cambio en mi vida, de dejar de vivir con mi madre y con Ozzy...

—¿Te quieres largar de casa?

—No es eso, Teresa, no quisiera irme, pero es que tengo que hacerlo o mi vida y la de mi madre pueden hacerse pedacitos aún más pequeños.

—Pues párale los pies si se quiere *pasar* y arreglado.

—No es tan fácil, amiga.

—¡Claro que sí! Le miras a los ojos y le dices que te estás *tirando* a Roberto y que no quieres nada con él.

—¿Y si en realidad sí quiero?

—Pero, ¿se te ha ido la *pinza* o qué? ¿No me estás diciendo que con los dos no vas a estar?

—Déjalo, Teresa, no me entiendes...

—Claro que te entiendo, guapa, y más de lo que tú te crees. A ti te *ponen* los dos y no vas a saber qué hacer cuando uno u otro se acerquen a ti. Y luego está lo de tu madre, uff... menudo follón.

—Lo has entendido a la perfección.

—¡Naturalmente, no soy gilipollas! Pero, dime, ¿dónde vas a ir? Sin trabajo, sin dinero, con las clases a punto de empezar... ¿O es que te vas con Roberto?

—No, me iría sola y lejos de aquí. Lejos de Ozzy y de mi madre. Y sé que Roberto es el único que puede ayudarme.

—Pero tendrás que contarle lo que te pasó con el novio de tu madre.

—Ni de *coña*.

—¿Y eso?

—Porque fue algo que nunca debió ocurrir.

—Ya, pero pasó, y por eso quieres *pirarte* de aquí y joderte la vida, porque eso es lo que vas a hacer por no ser una *tía* valiente y poner a cada uno en su sitio. Si es este, pues este, si es el otro, pues el otro. Que pareces una cría.

Nata bajó los ojos sabiendo que algo de razón había en las palabras de

su amiga.

—A ver, Nata, se me está ocurriendo una cosa.

—¿Qué?

—*Tírate a Ozzy* y los comparas.

—¿Qué dices, loca?

—Joder, pero si lo tienes *a huevo*, y nadie se va a enterar.

—¡Que yo no puedo volver a traicionar a mi madre! —exclamó alterada—. Además, no es cuestión de compararlos hasta ese extremo.

—Pero, Nata, a ver, no me seas ingenua. ¿Tú crees que Ozzy está enamorado de tu madre?

—Pues sí.

—Claro, ahora es un santo y adora a tu madre. Si no llega a ser porque te salvó en el parque, seguirías *poniéndole a parir*.

—¡Ya, vale, *corta el rollo*, Teresa!

—Vale, vale, pero no te me pongas chula encima.

—No me estoy poniendo chula.

—Sí que lo haces; y yo lo único que intento es poner un poco de cordura en tu cabeza.

—Lo siento, Teresa.

—Venga, Nata, *tranqui*. Queda con los dos, *tírate* a los dos, solo a uno, a ninguno, pero, por favor, olvida el rollo ese de largarte y no huyas por nada ni por nadie.

¿A Londres...?

—¿Lo has pensado bien?

—Sí, Roberto.

—¿Estás dispuesta, entonces?

—Sí, necesito salir de mi casa, aunque eso implique dejar muchas cosas y a mucha gente.

—Yo creía que ahora estabas mejor.

—Y lo estoy, pero...

—Pero ¿qué?

—Pues que quiero que mi madre y Ozzy vivan por fin solos.

—Me parece buena idea, pero ¿lo sabe ya tu madre?

—No...

—Mira que me lo imaginaba. ¿Y a qué esperas?

—Es que...

—Nata, ¿no pretenderás irte de casa como si fueras una delincuente...?

—No, claro, que no.

—Porque si eres mayor para tomar decisiones, también lo eres para dejar las cosas claras ante las personas que quieres. Pero, y si finalmente te vas, ahora que estamos conociéndonos, ¿qué pasará con nosotros?

—¿Con nosotros?

—Vaya, creía que sentías algo por mí.

—¡Claro que siento algo por ti!

—Pero me dices adiós, así por las buenas.

—No te entiendo. Podemos seguir viéndonos como ahora; no cambia nada.

—¿Viéndonos como ahora...? —y soltó una risotada—. ¿En Londres?

—¡Eh!

—Lo que has oído.

—¿Londres...? Yo no te he hablado para nada de Londres, Roberto.

—Nata, he hablado con una amiga mía que vive allí para que te alojes en su apartamento, y llamaré por teléfono a un buen amigo que me debe algún que otro favor, y sé que puede darte trabajo en un hotel de la ciudad.

—Pero yo pensaba que me ibas a buscar algún sitio aquí, aunque estuviera en las afueras de Madrid. Jamás se me pasó por la cabeza marcharme tan lejos.

—Nata, cuando uno se *ahoga* porque su situación está casi al límite, tiene que poner, si se puede, tierra y mar de por medio para poner orden en su vida, y madurar. Es lo mejor en tu caso, créeme. De todas las maneras piensa muy bien lo que te he dicho, lo que vas a ganar pero también a perder y, sobre todo, no te precipites —añadió Roberto apretando sus manos heladas.

—Ya lo he pensado —dijo al cabo de un par de minutos.

—¡Tan rápido! Nata no seas una cría y concédete un par de días para pensarlo detenidamente y así no arrepentirte por no haber tomado la decisión correcta.

—No me hace falta más tiempo; ya lo he pensado, y no me voy a arrepentir.

—¿Entonces...?

—Que iré a Londres.

—¿Estás segura?

—Roberto, de verdad, ya ha llegado un momento en el que me da igual ir a Valladolid que a Nebraska, y creo que tienes razón. Necesito madurar, pensar y conseguir volver a estar con mi madre como antes.

—Vale, entonces no se hable más.

Y acercando sus labios a los de ella, la besó con cierta preocupación.

* * *

—¿A Londres...? Pero hija..., tú no estás bien de la cabeza; eso te lo digo yo, y más ahora que dentro de nada empiezan las clases. ¿Cómo se te ocurre dejar todo y marcharte para perfeccionar el idioma cuando salgas reventada de lavar platos? —preguntó Alma muy alterada—. ¡Tú estás loca, y me vas a volver loca a mí! Como si no pudieses apuntarte a una academia de inglés aquí... ¡Ay, Dios mío, cambiar la vida que lleva por estar entre fogones!

—Mamá, no dramatices, por favor —dijo levantándose del sofá—. No voy a lavar platos, aunque si lo hiciera no pasaría nada. Además, no es lo mismo estudiar en una academia del barrio que hacerlo en Londres. Estos meses me van a venir muy bien, ganaré dinero, y verás lo bien que voy a dominar el idioma.

—¡Y a mí que me importa el inglés! ¡A tomar por saco! ¡Esta chica me mata a disgustos! ¡Ay, Señor! —gritó Alma dando un portazo al irse a trabajar.

—Vaya, qué calladito te lo tenías —soltó Ozzy con una ironía que le salía de muy adentro—. ¿Y para cuándo es el viaje?

—Para dentro de muy poco.

—Me imagino que habrás pensado bien lo que vas a hacer.

—Claro, no soy tonta.

—Nata, tu madre, ya has visto, lo va a pasar muy mal.

—Serán los primeros días. Además, para eso estás tú. Seguro que sabrás consolarla.

En ese momento, Ozzy la miró con rabia contenida. No se esperaba ese golpe tan bajo. Con la vista perdida, salió de allí y se fue directo a su habitación. Cuando Nata se quedó sola en el salón, se tapó la cara con las manos y sintió en lo más profundo de su ser el daño que le había causado con sus palabras. No quiso herirle, pero lo hizo, y no se lo merecía.

—Ozzy, ¿puedo pasar? —preguntó Nata a los pocos minutos después de golpear la puerta con los nudillos.

—No me apetece verte.

—Por favor, solo es un momento.

Se hizo un breve silencio hasta que Ozzy contestó.

—¡Pasa!

—Gracias.

—Nata, sé breve. ¿Qué quieres?

—Pedirte perdón.

—¿Perdón?, pero si lo que has dicho ha sido con toda la intención del mundo.

—No, qué va, Ozzy; no tergiverses mis palabras, por favor. ¡Anda, que mi madre me ha puesto nerviosa! ¡Di que me perdonas!

—Me cuesta perdonarte porque no me lo esperaba. Pero si tu conciencia va a estar más tranquila así, vale, te perdono, Nata. Ahora, por

favor, vete y cierra la puerta.

—¿Es que no me vas a preguntar nada más?

—¿Quién soy yo para hacerlo? Aunque hay una cosa que no entiendo, y aprovecho este momento para que me lo aclares —dijo Ozzy recogiendo el pelo con una goma que siempre llevaba en la muñeca—. ¿Cuál es el motivo que te ha llevado a tomar la decisión de ir a Londres?, porque no me creo que sea para estudiar inglés.

—Es por eso, Ozzy, de verdad.

—Nata, que no me quieras decir la verdad, lo puedo comprender, pero que me tomes por tonto y me mientas descaradamente, no.

—No te miento, Ozzy. Ya verás..., cuando regrese hablaré inglés casi tan bien como tú.

—Me alegraré por ti, Nata —contestó con tristeza en la mirada. Solo espero que cuando tomes una decisión en tu vida sea porque estás convencida y no para huir de nada ni de nadie.

Nata descorrió la cortina de la ventana. Fuera llovía, igual que en su alma.

—Estoy superconvencida en esto y en todo lo que hago en mi vida. Nunca he sido una cobarde, Ozzy, pero eso no puedes saberlo porque apenas me conoces —dijo con la voz ligeramente temblorosa—. Este cambio me va a venir muy bien, aunque no lo creas, y los estudios pueden esperar.

—No lo decía por eso —añadió mirándola fijamente.

—No te entiendo.

—Muy sencillo, Nata. Acabas de decirme que siempre estás convencida de lo que haces. Entonces, ¿me puedes explicar cuál fue el motivo para que respondieses a mis besos y a mis caricias aquel día en la cocina?

En ese momento el nerviosismo se apoderó de Nata. Fue a salir de la habitación, pero Ozzy se lo impidió sujetando la puerta con el brazo.

—No temas que no te voy a hacer nada.

—Ya lo sé —contestó mirando al suelo.

—Nunca haría nada que tú no desearas, a no ser que...

Y rodeándola con sus fuertes brazos volvió a buscar su boca con deseo.

—No, Ozzy, no... —le rogó Nata apartándolo con brusquedad de su lado—. Nunca más.

—Vale, lo he entendido.

En ese momento, al verla salir de su habitación, se sintió perdido entre la niebla con la que se había llenado su corazón.

* * *

Apenas había transcurrido media hora desde lo sucedido, cuando el teléfono de casa comenzó a sonar. Ni ella ni Ozzy se acercaron hasta la mesa para descolgar el auricular, pero ante tanta insistencia fue Nata la que levantó el teléfono inalámbrico.

Era la voz de una chica preguntando por Hegoi.

—No, lo siento, se ha equivocado —contestó Nata con aire ausente.

—¿Quién era? —preguntó Ozzy, que acababa de salir de su cuarto forzando una sonrisa como si nada hubiera pasado entre ellos.

—Una que preguntaba por Hegoi. ¡Ay, lo siento, Ozzy! Me acabo de dar cuenta ahora mismo de que preguntaba por ti.

—Tranquila, no pasa nada. ¿Era una chica joven?

—Sí.

Ozzy cogió el teléfono y miró el número que acababa de llamar. Acto seguido, se metió en su habitación y cerró la puerta. Nata se quedó perpleja y a la vez inquieta. De pronto le asaltaron dudas: *¿quién le llamaría por su verdadero nombre?, ¿sería alguna chica de Navarra o tal vez alguna que acababa de conocer?* Y su cabeza se llenó de desconfianza. Tanta, que a punto estuvo de escuchar tras la puerta toda la conversación que estaba sosteniendo con esa chica. Pero una vez más la razón se antepuso a los impulsos. Ahora menos que nunca podía enterarse del interés que despertaba en ella. Así que esperó sentada en el sofá hasta que saliera de su habitación.

Cuando le vio no pudo por menos que pensar que estaba ante un hombre demasiado guapo para ser real. Ozzy había cambiado, pero no solo con el perfume, ahora usaba uno que Alma le había regalado y que olía a tallos y árboles, sino también con su atuendo que ya no era tan radical.

Llevaba una cazadora vaquera algo gastada, un jersey negro, un pañuelo gris al cuello y unos tejanos descoloridos que lucía como si toda la vida hubiera desfilado por una pasarela.

—¿Te vas?

—Sí, he quedado.

—¡Ah, vale! —contestó Nata contrariada.

—Pero aún puedo hablar contigo y comprobar si entre tú y yo puede haber algún futuro.

—Si es para eso, Ozzy —balbuceó Nata intentando transmitir seguridad en sus palabras—, no tenemos nada de qué hablar.

—Lo intuía, pero aun así necesitaba oírtelo decir. Nata, me voy.

—Ya me lo has dicho.

—No, no te lo he dicho. Me voy de esta casa.

El silencio se adueñó del salón.

—¿Y eso? —preguntó con cierto temblor.

—No puedo vivir así por más tiempo.

—No te entiendo.

—Desde luego que me entiendes, Nata.

—¿Y te vas con *esa*?

—¿Con *esa*?

—Sí, con la que te ha llamado.

—No —contestó Ozzy esbozando una amarga sonrisa—. Era una llamada de Vodafone. Me voy solo.

—¿Y mi madre?

—No está sola, te tiene a ti, tú eres su hija, Nata.

—Ya, pero yo no soy su novio. Ese que lleva un anillo y que siempre ha mantenido que la quiere. Además, me voy a Londres.

—Pues lo siento, créeme, pero en cuanto salga por esta puerta, dejaré de ser algo para tu madre.

—No te comprendo, Ozzy, pero si ahora la convivencia entre los tres es buena. ¿O es que no estás bien? —dijo levantándose del sofá.

—Claro que no estoy bien —contestó con voz grave.

—Y seguro que también es por mi culpa ¿verdad?

—¿Tú que crees?

—Que sí.

—Exacto, Nata. Me voy por ti —dijo cogiéndole las manos en un descuido.

Nata no las apartó; quería sentir la calidez de su piel quizá por última vez.

—Creo que me precipité aquel día, y no hay noche que no piense en ello. Lo único que me gustaría saber es si cuando te besé, sentiste algo especial; creo que esta contestación me la debes.

—Si te lo digo ¿te replantearías lo de irte de aquí?

—No, Nata, tú has tomado una decisión, y yo también. Está decidido; me voy.

—Vale, pues te lo diré aunque no nos volvamos a ver nunca más: Sí, sentí algo.

Ozzy se acercó aún más a ella, le acarició la cara y, sin poder ni querer evitarlo, unió sus labios a los suyos aun temiendo que otra vez los rechazara, pero Nata, sabiendo que sería la última vez, le besó con tanta intensidad que supo con certeza que aquel beso había vuelto a abrir una puerta que ella quería mantener cerrada para siempre.

—No, no sigas, por favor, Ozzy... —musitó Nata apartándose de su lado—. No ves que esto no puede continuar.

—Pero ¿por qué? ¿Es por tu madre? Hablamos con ella y lo entenderá. Alma no es rencorosa, y menos tratándose de su hija. Yo, lógicamente, no viviría aquí con vosotras, pero nos tendríamos siempre el uno al otro. Dime que te quedas, Nata. Dime que lo que sientes por mí es más fuerte que tu viaje.

—No, Ozzy, no sigas hablando así. Ya está decidido, me voy. Lo nuestro no puede ser. Además, estoy saliendo con un chico llamado Roberto.

Trafalgar Square

Aunque Nata estaba muy ilusionada por el viaje que iba a realizar, el primero fuera de España, también sentía gran tristeza. Pensar que ya no vería ni a su madre ni a Ozzy todos los días le iba a afectar más de lo que había supuesto en un principio, pero intentó que nadie lo notase.

Roberto, después de repetirle una vez más todo lo que tenía que hacer una vez que el avión aterrizara, la abrazó de nuevo diciéndole al oído que estuviera tranquila, y que en cuanto pudiese, iría a verla. Sus amigas se despidieron con lágrimas en los ojos y, hasta Teresa, que siempre había sido la más fuerte, esta vez no pudo reprimir su pena.

—Que no llores, tonta, que el tiempo pasa muy deprisa y luego estaremos otra vez juntas.

—Si no lloro, Nata, es que me ha entrado algo en los ojos —contestó abrazándola como se abraza a alguien al que se quiere mucho.

—Échale una mirada, Teresa. A ver si ahora en mi ausencia, alguna lista me lo quita, ¿eh?

—No te preocupes por Roberto. ¿No ves que te quiere? —respondió su amiga con una sonrisa de complicidad.

Cuando sintió que el avión por fin despegaba, supo que había hecho lo correcto: alejarse todo lo posible de las dos personas que acampaban libremente por su cabeza y por su corazón. Solo la distancia sabría poner orden en su doble historia de amor.

Volvió a recordar lo que Roberto le había dicho, aunque casi lo había memorizado. No estaba asustada, pero se notaba muy tensa. Tal vez tenía que haber aceptado el ofrecimiento de Begoña, la amiga de Roberto, para recogerla en el mismo aeropuerto. Pero, como siempre, su cabezonería; solo esperaba no perderse.

El avión aterrizaría en el aeropuerto de Stansted, a 60 kilómetros de Londres. Allí mismo tendría que tomar un tren llamado *Stansted Express* que la llevaría hasta la ciudad donde la estaría esperando Begoña.

Cuando por fin sintió el aire frío en el rostro, y vio los llamativos taxis londinenses, suspiró con alivio, había llegado y sin ningún percance. Con la maleta en el suelo miró a su alrededor intentando reconocer o que la reconocieran. Por los datos que le había dado Roberto, Begoña era una chica alta, delgada, tirando a pelirroja, enormemente vivaracha y muy simpática. Ya había anochecido, pero estaba segura de que en cualquier momento se encontrarían.

—¡Nata! ¿Eres Nata, verdad?

—Sí, y tú debes de ser Begoña.

—Exacto, paisana.

Nata sonrió y ambas se dieron un fuerte abrazo.

—¡Vamos, tengo el coche aparcado a dos calles de aquí! Dame la maleta que estarás cansada de arrastrarla.

—No, que va, no pesa tanto; pero te confieso que estaba deseando llegar.

—Claro, me imagino. Los nervios del viaje, los aeropuertos y si encima es tu primera salida al extranjero, añade ese *comecome* que se pone en la boca del estómago. Aún me acuerdo de mi primer viaje, de eso ya hace años...

—Pero, aun así, ha resultado una experiencia genial. Y, Begoña, muchas gracias por venir a buscarme y dejar que me quede en tu casa.

—Las peticiones de Roberto son órdenes para mí —dijo sonriendo—. A la derecha, Nata, por aquí debe de estar aparcado.

Cuando finalmente se metió en la cama, el sueño vino solícito a su encuentro; estaba agotada del viaje y de tantas emociones. Durmió de un tirón toda la noche.

—Pero ¿por qué te has levantado tan pronto, mujer?

—Será porque tengo ganas de conocer esta ciudad.

—Eso, seguro. Ya me di cuenta cuando te recogí que no parabas de mirar por todos lados, sobre todo cuando te señalé Trafalgar Square.

—Sí —rio Nata—, es que esa plaza y el Puente de Londres los he visto tantas veces en la *tele*, que saber que estaban a pocos metros de distancia, me dio un *subidón*...

—Pues ya verás a partir de ahora todos los que tienes. Y más viviendo

al lado de la estación de Charing Cross Road, célebre por sus librerías y sus mercadillos al aire libre. ¿Has leído por casualidad la novela *84 Charing Cross Road* de Helene Hanff?

—No —contestó Nata.

—Pues cuando quieras la coges de la librería. Creo que está en la segunda estantería, pero mira de todas formas. Seguro que te encanta. En realidad, el 84 Charing Cross Road no ha sido una librería desde hace muchos años; su planta baja contiene actualmente un restaurante, pero las plantas superiores del edificio continúan igual que cuando se construyó originalmente. Cuando pases por ahí fíjate. ¡Ay Señor cómo pasa el tiempo! —exclamó Begoña consultando su reloj de pulsera—. Hasta las cinco no vuelvo, Nata, si no te acompañaba a dar un paseo por tu nuevo barrio. Pero ya te dije anoche y te lo he escrito en ese papel, el barrio en el que vivimos, la calle, y las estaciones de metro y de bus más cercanas. También te he dejado una guía en español por si acaso. Más no puedo hacer, guapa. ¡Ah, se me olvidaba! Anoche, mientras dormías, llamó Roberto para ver que tal habías llegado, aunque me dijo que no te despertara, y que ya te volvería a llamar. ¡Y desayuna...! A ver si con la emoción te vas sin nada caliente en el cuerpo.

—Gracias por todo, Begoña, de verdad. Y en cuanto trabaje, ya sabes, te pago el alquiler de la habitación.

—Nada, nada, tú tranquila. Y aprovecha este largo fin de semana, que el lunes *curras* en tu nuevo empleo.

—Tengo unos nervios...

—¡Qué va! Ya verás lo bien que te tratan en el hotel, y encima da gracias, que cuando yo vine por primera vez, siendo una estudiante, fregué todos los platos habidos y por haber en un restaurante cutre del Soho, ¡ja, ja! Tú solo harás habitaciones; ¡enchufada...!

—Pues sí, aunque tampoco me hubiese importado fregar.

—No sabes lo que dices, chiquilla. Bueno, me voy, que al final llegaré tarde. Considera esta casa como tuya, y no te olvides de salir siempre con las llaves. ¡Bye Bye...!

Cuando Nata se quedó sola en aquel apartamento se sintió otra persona. Libre, por primera vez en su vida, y la sensación le gustó. El apartamento no era muy grande, pero sí alegre y muy ordenado. Tomó una taza de café instantáneo y un par de galletas de avena en la coqueta cocina de tonalidades

verdes. Luego, se arregló de manera muy informal, y del frutero cogió una manzana para el camino que pensaba recorrer.

Debía de ser precavida con el dinero, porque Londres, le habían dicho, era una ciudad muy cara. Por eso, hasta que no cobrase su primer sueldo, andaría con mucho cuidado.

Cuando Begoña llegó a casa por la tarde después de su jornada laboral y vio que Nata aún no había regresado, se inquietó. No conocía la ciudad y aunque se defendía algo con el inglés, no dejaba de ser, para ella que tenía veintiséis años y bastante vividos, todavía una niña. Era consciente, porque le conocía demasiado bien, de que Roberto tenía un interés especial por esa chica. Pedir favores no era lo suyo, y sin embargo los había pedido. También le parecía un poco joven para estar *liada* con su amigo; pero quién era ella para reprochar nada a nadie cuando se había convertido en la amante de un cuarentón divorciado y padre de tres hijos.

En ese momento se abrió la puerta, y apareció Nata calada hasta los huesos. Sonrió a Begoña, que la miraba estupefacta.

—Pero, chiquilla, por Dios, si estás *hecha una sopa*. Anda, cámbiate antes de que cojas un buen constipado. Pero ¿cómo no te has llevado un paraguas, si aquí llueve cada dos por tres? —gritó mientras Nata se quitaba la ropa en su habitación.

—No se me ocurrió, y eso que vi que el día estaba muy gris.

—Sí, hija, este reino es de color gris. ¡Oye, pero nada de ponerte ropa para estar en casa! ¡Arréglate que nos vamos a cenar fuera, hoy invito yo! ¡Me tenías preocupada!

—Lo siento mucho, Begoña. No era mi intención, es que me entretuve demasiado mirando tiendas, calles, a la gente y, por supuesto, Trafalgar Square.

—¿Fuiste hasta allí?

—Claro, y estaba a *tope*. Había muchos turistas; una convención de personajes con atuendos extraños y muy floridos; otra reunión de combatientes de la Segunda Guerra Mundial, y muchos curiosos como yo.

—Entonces, ¿te gustó?

—Me encantó. Hice varias fotos y una chica española, que estaba allí de Erasmus, se prestó a hacerme una con el fondo de la National Gallery, así

me dijo que se llamaba. También me contó que una de las figuras más representativas que destaca en esa plaza, la de George Washington, resulta que había sido donada por el estado de Virginia, junto al suelo importado de los Estados Unidos, donde descansaba, ya que, por lo visto, Washington juró no volver a poner un pie sobre suelo británico, y así se hizo. ¡Pero qué tonta, seguro que te estoy dando el *coñazo*! Dejarás de saber esta y muchas historias.

—¡*Tranqui!* Que me encanta oírtelo contar con tanto interés y admiración.

Un mundo diferente

Después de degustar los auténticos *fish and chips*, uno de los platos típicos londinenses, y de tomar de postre un pastel de manzana caliente, ambas terminaron en uno de los distritos que más le gustaron a Nata, el Covent Garden. Allí, en un local de moda, probaron un delicioso café irlandés, y se contaron algunos episodios de sus azarosas vidas.

—Nata, aunque luego hablarás con Roberto largo y tendido y él te contará, ya te he apuntado a clases de inglés en una academia que, por suerte, está muy cerca de casa y de tu trabajo.

—¿Academia...? Begoña, yo ahora no tengo dinero suficiente para permitirme estudiar en ninguna academia.

—Tú no te preocupes por eso. Además, ha sido por expreso deseo de Roberto.

—¿Roberto?

—Sí, y no solo eso. También me pagó el alquiler de tu habitación por tres meses, y toma esto antes de que se me olvide —dijo extrayendo una tarjeta de su bolso de piel granate—, algo que te va a venir muy bien.

—No puedo creer que te pagara tres meses por adelantado. ¡Madre mía! —exclamó Nata tapándose la boca con las manos.

—Tranquila, cariño —dijo tomando sus manos frías entre las suyas—. Roberto lo quiso así porque no quiere que te agobies por nada, así que, haz el favor de no sentirte mal. ¿Vale?

—¿Y qué es esto? —preguntó Nata con un hilo de voz.

—Una tarjeta para que puedas coger el autobús y el metro cuando lo necesites sin necesidad de pagar en efectivo.

—Pero...

—Roberto, otra vez, chiquilla, que lo tienes enamorado.

—Ya, pero todo esto me está desbordando. No quiero causarle más molestias, y menos que tenga estos gastos conmigo.

—¡Qué dices, mujer! Si está *forrado*. Menudo novio que te has echado.

—No es mi novio; solo es un amigo y nos estamos conociendo.

—Bueno, da igual. Déjale que ejerza de caballero ante su dama.

—Luego hablaré con él.

—Mira, Nata, hazme caso, acepta estas ayudas porque te van a venir muy bien para arrancar. ¡Ah!, y como necesitas abrirte una cuenta bancaria, lo haremos en el mismo banco donde yo trabajo. De hecho, tengo que depositar una cantidad que tu novio, *ligue* o como quieras llamarlo, me ha mandado para ti.

—¡Ufff... Begoña! Esto ya es demasiado y no lo puedo permitir.

—Nata, no actúes como una cría. Acéptalo todo. Ya tendrás tiempo de devolvérselo.

Cuando regresaron a casa, Nata ya sabía que, si se encontraba cualquier día en el apartamento con Harry, el amante de Begoña, debía ser prudente y meterse en su habitación. También supo que su compañera de piso llevaba cinco años en Londres, que antes había estado un año en Francia, y que tenía la misma edad que Ozzy.

Los lugares que había podido visitar Nata aquella mañana eran una mínima parte de todo lo que se podía ver en aquella cosmopolita ciudad. Begoña haría de guía turística cuando pudiese. Y también le presentaría a todos sus amigos, algunos españoles, italianos, y por supuesto ingleses.

Cuando Nata estaba a punto de acostarse, sonó el teléfono. Era Roberto.

—Roberto, no tenías que... Es demasiado —dijo con la voz quebrada nada más oír su voz.

—Bueno, Nata, déjame por lo menos que te pregunte cómo estás, y qué te parece Londres.

—Estoy bien y esta ciudad me encanta, pero no cambies de tema. Ya me has ayudado suficiente como para que ahora sigas haciéndolo. Yo he venido con algún dinero, y si me lo *monto* bien, que lo haré, me llegará hasta que cobre mi primer sueldo. Lo que has hecho no entraba en mis pensamientos, y es demasiado.

—Pero sí en los míos, y como no quiero que te falte de nada, acepta esta ayuda, ¿vale, cariño?

—Me siento mal, Roberto.

—No lo hagas porque ha sido con la mejor de mis intenciones, y porque sé que es duro empezar desde cero.

—Te agradezco en el alma la ayuda que me estás prestando, y lo voy a aceptar con la condición de írtelo pagando poco a poco. ¿De acuerdo?

—Si así te vas a encontrar más tranquila, no hay ningún problema. Y, dime, ¿qué tal con Begoña?

—Genial; es una chica estupenda.

—¿Ya estás mejor anímicamente?

—Superbién, Roberto.

—No sabes cuánto me alegra oírtelo decir, porque sé que en tus ganas por marcharte había algo más. Creo que huyes de algo, y me gustaría saber de qué.

—No huyo de nada. Ya te lo dije. Necesitaba encontrarme conmigo misma y en mi casa no lo conseguía.

—Aunque te lo pregunté un par de veces y me dijiste que no, ¿seguro que el tal Ozzy no te ha molestado?

—No, Roberto.

—Es que si me entero que huyes por ese tipo...

—Roberto, ¡ya! Escucha, soy feliz, y eso es lo que cuenta, ¿no?

—¿De verdad? ¿No me estarás mintiendo?

—No te miento, me siento muy contenta de estar aquí, aunque a cada momento me acuerde de ti.

—No me digas esas cosas, que cojo un vuelo mañana mismo y me presento en Londres.

—Todavía no; espera que me adapte un poco —apuntó Nata riéndose—. Me gustaría empezar a trabajar y relacionarme con la gente y la ciudad, así, cuando nos veamos tendré un montón de cosas que contarte.

—Porque me lo pides de esa manera, que si no... Nata, ya te echo de menos, y eso que no han pasado ni tres días, pero me gustaría tenerte ahora entre mis brazos.

—Y me tendrás, Roberto. Me tendrás muy pronto.

El correo electrónico

Después de un tiempo viviendo en Londres, Nata parecía otra chica. Simpática, extrovertida, y hasta habladora, ella que acostumbraba a ser una chica *monosilábica* en su casa. Por eso pensaba a veces lo que diría su madre si la viese ahora.

El trabajo en el hotel era más duro de lo que había creído en un principio, pero el ambiente que se respiraba entre sus compañeras era tan agradable que le hacía animarse cada día.

Las clases en la academia de inglés también iban avanzando. El profesor explicaba muy bien y afortunadamente podía asistir casi siempre sin ningún problema. Lo que más le costaba y siempre le había costado era el dichoso *listening*, aunque vivir rodeada de ingleses era lo mejor para hablar y comprender el idioma.

Hacía un par de días que Roberto le había dado una gran noticia. Iría a Londres para el próximo fin de semana, y eso era algo con lo que Nata había pensado muchas veces. Tenía ganas de verle, de sentir otra vez su voz al oído diciéndole cosas bonitas, y aunque aún no le había dicho nunca «te quiero», intuía que pronto se lo diría.

Aquella noche, al sentarse frente al ordenador, después de haberse dado una ducha, Nata vio un correo electrónico que la desconcertó nada más ver quién se lo mandaba.

Era Ozzy o Hegoí, su viento del sur. Los nervios, hasta ese momento a raya, se apoderaron de ella hasta tal extremo que no sabía si mandar directamente el correo a la papelera de reciclaje o abrirlo en ese mismo instante.

Se levantó del escritorio y notó cómo el frío trepaba por sus huesos. Buscó una pequeña manta a cuadros y se la echó sobre los hombros. Luego

dio varias vueltas por el salón e intentó vislumbrar la lluvia a través de las cortinas. *¿Por qué aparecía Ozzy de repente?* Después de hacerse muchas preguntas sin encontrar la verdadera respuesta, fue hasta la pantalla del ordenador, y clicó sobre el mensaje.

Hola, Nata:

Quizá te sorprenda este correo, pero necesitaba escribirte aunque me haya costado muchas idas y venidas al ordenador. Sé que nuestra última conversación hizo que nos alejáramos, tal vez para toda la vida, y Nata, yo no quiero eso. No te guardo ningún rencor, y espero que tú a mí tampoco. A veces la vida te sorprende con cosas que no esperas, y eso fue lo que nos pasó a nosotros. Pero si afortunadamente guardo una relación cordial, pese a todo, con tu madre, cómo no hacerlo contigo. Alma nunca se enteró del motivo por el que me iba de su lado, ni de nuestra historia, si es que la hubo, pues la enterré nada más salir de tu casa. Por eso espero que puedas aceptarme como un buen amigo.

Me imagino que te enterarías de mi partida. Me marché de tu casa dos días después de que te fueras a Londres. Lo único que lamento y mucho es que tu madre lo pasara mal, porque ella menos que nadie merecía sufrir, y menos por mí; pero seguir con esa relación ya me era totalmente imposible, y de sobra sabes el motivo.

Tus amigas también me pusieron al corriente de tu situación sentimental, aunque algo ya me habías dicho. Sinceramente no puedo decirte que me alegrara escuchar lo feliz que te hace ese tipo, pero ahora que el tiempo ha pasado puedo decirte algo que jamás pensé que te diría, que me alegro por ti.

También creo que te gustará saber que por fin volví a Navarra y estuve con mis padres y hermanos. Hubo muchos sentimientos encontrados, pero sobre todo una gran alegría por parte de todos. Ya no hay nada que echarse en cara; nos lo dijimos todo y recibí el perdón de cada uno de ellos.

Ya no vivo en Madrid. Encontré trabajo en otro lugar, y estoy muy satisfecho porque sé que la actividad que desarrollo era la que siempre había buscado aún sin saberlo.

Bueno, Nata, soy corto en palabras. Pero antes de despedirme quiero pedirte perdón por los malos momentos que te hice pasar, unos, intencionadamente porque me divertía verte cabreada, y los demás, sin tener ni idea de que con ellos te hacía sufrir.

Siempre fueron sinceras mis intenciones hacia ti, y no reniego ni de lo que hice ni de lo que sentí porque me salió de muy adentro, y aunque ocurrió como en esas historias de amor en las que uno quiere por los dos, me diste alegría, ilusión y confianza en un mañana. Nunca te lo agradeceré suficiente.

Esta vida loca o heavy, como dirías tú, me enseñó que el amor sigue moviendo montañas, y aunque a veces se conviertan en un llano, siempre habrá alguien que las volverá a levantar. Confío en ello.

Un fuerte abrazo de tu amigo. Y sé muy feliz, ¿vale?

Ozzy

Cuando Nata terminó de leer esas líneas, unas sentidas lágrimas rodaron por sus mejillas. *¿Por qué había abierto el correo?* —se repetía.

Y, sin poder evitarlo, volvió a acordarse de los momentos vividos junto a él. Esos instantes que creía haber superado con la distancia y que fueron mágicos. Se acurrucó bajo la manta y dejó intencionadamente que sus recuerdos la dominaran. Rememoró sus hermosos ojos azules llenos de deseo mientras se acariciaban, y volvió a sentir la calidez de sus labios sobre su piel... *Ozzy, Ozzy... ¿por qué has vuelto a mi vida?*

El encuentro

Cuando Roberto dejó el apartamento de Begoña, y desde el taxi le dijo adiós a Nata con la mano, ella volvió a ver el verdadero color gris del cielo londinense. Apenas habían estado juntos tres días, pero sabía que no los podría olvidar.

Pasearon, rieron por cualquier cosa, visitaron lugares típicos..., pero sobre todo pudieron hacer el amor tantas veces como quisieron, ya que nadie más que ellos disfrutaron del apartamento aquel fin de semana. Después de ponerle al día sobre sus estudios y el trabajo en el hotel, Roberto también le contó que había coincidido con Teresa en un centro comercial y que ambos habían decidido tomar juntos unas *pizzas*. Sus amigas, sin duda, la echaban mucho de menos.

Sabía por Teresa que Ozzy se había largado para no volver jamás, y esa noticia, además de sorprenderle, le había alegrado muchísimo.

—Ese tipo os hubiera traído un montón de problemas. Tu madre no sabe lo que se ha quitado de encima.

—No era mal chico, Roberto.

—Vaya, cómo le defiendes ahora —dijo esbozando una falsa sonrisa—. ¿No te gustaría?

—¡Tonto, más que tonto...! ¿Qué cosas dices? —y mordisqueándole los labios, le besó largamente.

—Escucha, Nata. Tengo que decirte una cosa.

—Dime.

—No me gustaría que tu aventura londinense se alargara mucho tiempo.

—¿Mi aventura...? ¿Por qué dices eso, Roberto?

—¿Y me lo preguntas?

—¿Es porque no podemos estar juntos?

—Qué ingenua eres. A veces tengo que recordar la edad que tienes para comprender muchas de tus reacciones.

—Ya habló el señor mayor...

—En serio, Nata, quiero que vuelvas a Madrid. Aquí no se te ha perdido nada. Ya conoces Londres, has visto su ambiente, estás comprobando lo que es trabajar duro, y has tenido tiempo para poner en orden tus ideas como querías, pero ya está bien. Yo te necesito.

—Pero si me tienes.

—De esta manera no. Me gustas, Nata, más de lo que nunca hubiese podido imaginar, pero yo no soy hombre de distancias.

—¿Y eso qué significa?

—Pues que las relaciones me gusta mantenerlas cerca, no a 1713 kilómetros.

—Pero si solo son dos horas en el avión, y si se saca el billete con antelación es baratísimo.

—Nata, eso no me vale. Lo siento.

—¿Qué quieres decir?

—Que no aguanto tu ausencia.

—¿Y si no quiero volver?

—Si te soy sincero, no sé lo que puede pasar.

—¡Vaya! Así que si no voy a Madrid te *lías* con otra.

—No es tal y como tú lo dices.

—¡Ah, no! Pues está claro.

—Nata, soy un hombre, no un crío. Cuando me gusta una mujer apuesto por esa relación muy fuerte, aunque luego salga mal. Me gusta poder ir con mi pareja al cine, a cenar, de copas, a escalar montañas..., en fin, todo lo que tú y yo podríamos hacer si estuviéramos juntos. Las relaciones lejanas terminan deshaciéndose, te lo digo por experiencia, y yo no deseo que esto pase con nosotros.

—Tengo un trabajo...

—Ningún trabajo es indigno, pero ¿no aspiras a algo más en la vida que a hacer camas y limpiar aseos? ¿Dónde están las ilusiones que tenías sobre tu futuro?

—Si las sigo teniendo, y estudiaré cuando vuelva, pero es que aquí estoy aprendiendo *mogollón* de inglés.

—Nata, ¡ya! Dejémoslo porque al final nos vamos a cabrear, y no he venido a verte para eso. Piensa las cosas detenidamente y ya me dirás qué quieres hacer. Sabes que con Begoña no vas a tener problemas; es más, me ha dicho que le encanta que estés en su casa, pero piensa en nosotros, ¿vale? — le advirtió con una sonrisa de preocupación—. Además, otra cosa, cuando vuelvas, si quieres, ya te buscaré algún trabajo, y quizá puede que en alguna de nuestras clínicas; así que por eso no te preocupes. Pero vamos a dejar ahora a un lado las palabras, ¿no te parece?

Y tomándola entre sus brazos, la llevó hasta la cama.

¿Nata, por qué te fuiste?



Nata sigue insistiéndome para que vaya a verla un fin de semana. Dice que yo, Teresa, soy su mejor amiga y que me echa de menos. También me ofrece, por si lo que me retiene es la falta de dinero, pagarme el billete de ida y vuelta. Pero ¡ojalá! fuera ese el motivo por el que no pienso ir a Londres.

Yo también te he echado de menos, Nata, y muchísimo. Pero ahora me es imposible verte. Estoy metida en un gran lío, el *marrón* más grande de mi vida, y tú por desgracia no me puedes ayudar. Tanto es así que el otro día con el agobio que tenía me dio un *subidón* y me entró un mareo que *lo flipas*. Menos mal que está Nuri, que si no...

No puedo seguir escribiendo. Nata, ¿por qué narices te fuiste?

El cumpleaños

Cuando Nata salió de la ducha imaginó a su madre cantándole *Cumpleaños Feliz* como hacía todos los años, y se entristeció al saber que hoy no la tendría a su lado. Fue vistiéndose lentamente mientras tomaba a sorbos un café. No tenía prisa, se había levantado mucho más pronto de lo habitual porque no había podido dormir bien aquella noche.

Las broncas telefónicas con Roberto le estaban pasando factura. Muchas veces se preguntaba por qué era tan cabezota y no volvía ya a Madrid para proseguir una relación con el hombre al que quería. Begoña era la única que le daba ánimos para continuar con lo que verdaderamente quería, que era quedarse más tiempo en Londres.

Ningún hombre ha de interponerse en las decisiones de ninguna mujer —repetía la pelirroja sin cesar.

Y tenía mucha razón. ¿Quién era él para darle ningún ultimátum? Si ella era feliz allí, ¿por qué tenía que mandar todo a dar por saco solo porque Roberto le pedía que volviese? Si la quería, como él decía, aguantaría, se repetía Nata cada vez que pensaba en ello.

Había pasado tiempo desde la última vez que estuvo con Roberto, pero lo recordaba como si hubiera sido ayer mismo. Deseaba verle de nuevo, pero él parecía tener siempre una excusa para no hacerlo. Tampoco olvidaba a sus amigas, sobre todo a Teresa, ni a su madre, con la que estaba algo decepcionada porque aún no había cogido un vuelo para ver a su única hija. Cuando algunas veces hablaba con sus amigas, sentía nostalgia de su compañía, de sus abrazos, de sus risas, de sus enfados. También echaba de menos su ciudad, e incluso hasta su vida anterior que, cutre o no, le había dado también muchas alegrías.

A veces se culpaba por no haber estado apoyando a su madre cuando más lo necesitaba. Sabía que todavía no estaba recuperada. Perder a Ozzy fue como perder su barca de remos, esa que la transportaba lejos de su realidad. Tal vez por eso ahora la entendía. De haberlo hecho entonces no la hubiera hecho sufrir tanto. Pero *¿dónde estaría Ozzy?*

No quería, por mucho que lo deseara, contestar al correo electrónico que él le había mandado, porque sabía que eso era como meterse de nuevo en la boca del lobo, y no estaba ella para lobos en ese momento de su vida. Y si había huido de Madrid para poner en orden sus ideas y distanciarse de su mente y corazón al que había sido novio de su madre, ahora no tenía sentido volver a entablar ninguna relación con él. No obstante, la imagen de Ozzy se había instalado con fuerza en sus pensamientos.

Ninguna de sus amigas sabía nada de él, y a veces hasta lo agradecía, porque quién sabe si en una locura de las suyas habría ido a buscarle donde viviese. Si Teresa pudiese mirar dentro de su cabeza, ya le habría dicho de todo menos bonita, y con toda la razón. Estaba *pillada* por Roberto y mucho, pero Ozzy... No sabía lo que sentía en realidad por él; pero algo y profundo estaba latente. No podía engañarse.

Se asomó a la ventana, cogió el paraguas y se encaminó hacia su trabajo pensando que hoy sería uno de los cumpleaños más tristes que viviría, alejada, como estaba, de todos sus seres queridos.

Fue a la salida del mismo cuando vio cómo Begoña le agitaba la mano desde su coche.

—¡Sube, cumpleañera, que vamos a *quemar* Londres!

—Pero si no voy arreglada. Mira qué *pintas* —dijo Nata entre risas.

—Eso lo solucionamos rápido. Ahora mismo vamos a comprar tu regalo de cumpleaños, ¿y a que no sabes qué es?

—Pues no.

—La ropa que te voy a regalar para irnos de juerga tú y yo.

La noche fue divertida gracias a Begoña y a sus amigos, que consiguieron hacerle olvidar esa sensación de soledad y de nostalgia que la invadía desde primeras horas de la mañana.

La pareja de lesbianas, Berta y Marie, no paraban de darle consejos sobre los hombres en un inglés tan cerrado que a veces solo con signos conseguía comprenderlas.

También Tom, Richard y Edward, otros amigos de Begoña, la

acogieron con mucho cariño.

—¿Y cómo no ha cogido tu novio un avión para estar hoy contigo? — preguntó Tom en un perfecto español.

—Tendría mucho trabajo.

—No hay trabajo cuando se trata de felicitar a una chica tan guapa como tú —respondió el inglés arqueando las cejas y esbozando una tierna sonrisa.

—¡Nata, cierra los ojos! —gritó Begoña de repente levantándose de los cómodos sillones del *pub*—. ¡No los abras hasta que yo diga, ya!

Apenas transcurrieron unos minutos cuando se la oyó gritar.

—¡Yaaa...!

¡Happy birthday to you! ¡Happy birthday to you! ¡Happy birthday dear Nata! ¡Happy birthday to you...! Corearon todos los allí reunidos mientras Begoña, que llevaba entre las manos una gran tarta con diecinueve velas encendidas, reía como una cría. Emocionada, Nata se echó a llorar.

—No llores, cariño, no llores por favor —balbuceó Begoña abrazándola.

—Gracias, gracias a todos. De verdad.

Una vez en casa, y cuando ya se había puesto el pijama para acostarse, comprobó los correos que le habían mandado sus amigas, y las llamadas de teléfono que su madre le había hecho desde casa.

—Nata, ¿estás acostada?

—No, pasa, Begoña. Estoy con el ordenador.

—¡Mira lo que te han mandado esta mañana! Me lo acaba de dar la vecina de al lado.

—¿Un ramo de flores? ¡Pero qué cielo es Roberto!

Pero cuando Nata miró la tarjeta de felicitación, su cara palideció. Begoña se acercó y leyendo lo que había escrito, le preguntó extrañada: *¿Quién es Ozzy?*

En ese momento sonó el teléfono; era Roberto.

Saint James Park

Pasear por los jardines de Saint James, el parque real más antiguo de la ciudad, era conectar con la misma naturaleza y disfrutar de un oasis de tranquilidad.

Nata había quedado allí a las once de la mañana; justo en el hermoso lago artificial repleto de diferentes aves acuáticas. Miró el reloj y comprobó que aún tenía tiempo de sentarse en un banco y dejarse bañar por aquel tibio sol que, para sorpresa de muchos, había salido por fin, aunque algo inquieto, de su casi eterna madriguera.

La gente había aprovechado el día para pasear. Muchos turistas y parejas con niños disfrutaban, en medio de múltiples matas, setos y coloridas hojas, del recorrido alegre de multitud de ardillas que trepaban a los troncos de los árboles, correteaban por el cuidado césped tomando con sus patas delanteras semillas, hojas secas o las raíces pequeñas de cualquier tipo de planta.

Nata volvió la cabeza para divisar el impresionante Palacio de Buckingham y, en ese momento, oyó su nombre a sus espaldas. Acto seguido, sintió el abrazo de Ozzy.

—¡Vaya cambio, niña...! —dijo silbando de admiración.

—¿Qué dices? Si estoy igual que antes. Tú sí que has cambiado. ¿Dónde está tu melena? —preguntó admirando su nuevo *look*.

—Se quedó en el suelo de la peluquería —respondió Ozzy riéndose—. ¡Pero qué guapa estás! Vamos a tomar algo y hablamos, ¿quieres?

—¡Claro!

Y como una pareja más caminaron por Saint James hasta llegar a Piccadilly Circus. Fue al pasar por la fuente de Eros, situada en el centro de la plaza, cuando Ozzy sonrió con cierta melancolía, recordando al dios griego

responsable de la atracción sexual y el amor; justamente lo que seguía sintiendo por aquella chiquilla que se había convertido en toda una mujer.

Entraron en uno de los innumerables *pubs* de la zona. Nata pidió una cerveza de jengibre y Ozzy una pinta de cerveza negra. Y allí, muy lejos de todo y de todos, se miraron a los ojos y como dos adolescentes rompieron el hielo, con el que al principio Nata pensaba escudarse.

—Gracias, Nata, por contestar mi *e-mail* y aceptar que nos viésemos. No sabía si querrías salir conmigo.

—Ozzy, si después de mandarme ese precioso ramo de flores el día de mi cumpleaños, que ya me dirás cuál de mis amigas te dio mi dirección, aunque por tu cara, no tengo la menor duda de que fue Teresa. Ya ajustaré cuentas con ella —dijo riendo con ganas—, y de coger un avión para venir a verme te hubiese dicho que no salía contigo, no me hubiese podido mirar al espejo.

—¿Y quién te ha dicho que he cogido un avión?

—Hombre, pues es lo más lógico, a no ser que seas Superman y puedas volar hasta aquí.

Ambos rieron por la ocurrencia.

—Nata, no vivo en España.

—¿Cómo que no vives en España?, pero si me dijiste...

—Te contaba en el correo que ya no vivía en Madrid, pero no te decía en qué parte del planeta.

—¿Y dónde vives? —preguntó Nata algo alterada por la noticia.

—En Londres.

—¡Qué...!

—Sí, Nata. Me salió un buen trabajo y no me lo pensé dos veces.

—¡Madre mía!

—¿Qué te pasa?

—Nada, Ozzy, perdona. Es que me he llevado una gran sorpresa.

—Pero ¿buena o mala?

—Eso no importa.

—A ti no te importará, pero a mí sí, y mucho.

—No sabría responderte. Lo siento.

La mañana dio paso a la tarde y la tarde a la noche sin que apenas ninguno de los dos se hubiera dado cuenta.

—¿Volverás a salir conmigo si te invito otra vez?

—No sé, no sé, lo pensaré... —contestó Nata estremeciéndose cuando le apartó un mechón de su cabello y rozó sin querer su cuello con los dedos.

—Si es por tu novio...

—No, qué dices, como si estuviéramos haciendo algo malo.

—¡Claro que no! Solo somos dos viejos amigos que por casualidad viven en el mismo sitio y quedan un rato para charlar y tomar unas copas.

—Exacto, es lo mismo que pienso yo.

—Entonces, ¿nos vemos el próximo domingo?

—No sé, Ozzy, quizá me toque trabajar.

—Pues me llamas al móvil o me mandas un wasap diciéndome si estás libre como los pájaros —agregó mirándola con serenidad mientras anotaba su número en un papel.

Nata lo sostuvo entre sus manos sintiendo como el pulso se le aceleraba, y lo guardó en el interior de su mochila.

—Y de nuevo gracias por las flores.

—Era tu cumpleaños.

—De todas las maneras, fue todo un detalle.

—No me des las gracias, pero sí un abrazo de colegas antes de que subas a tu casa.

En ese instante empezó a llover con fuerza, lo que les llevó a refugiarse debajo de una pequeña carpa. Fue entonces cuando Ozzy la atrajo hacía sí con tanta fuerza que ambos pudieron escuchar los latidos de sus corazones.

Cuando Nata se sobrepuso de aquel contacto físico, se apartó con suavidad de aquellos brazos que la llamaban otra vez, y tirando al aire un beso con los dedos, cruzó la calle y le dijo adiós.

Alma

Cuántas veces soñaba Alma con abrazar a su hija... Cuántos sueños rotos se encontraban cada amanecer con la realidad que la envolvía... Pero ya no podía seguir así por más tiempo; necesitaba estar con Nata, oír su risa y sus rebotes, que seguro que aún los tenía, y hablar de mujer a mujer, que es lo que hasta ahora nunca había hecho con ella.

¿De qué servía buscar un culpable cuando las cosas a veces surgen porque surgen y no hay intencionalidad en ellas? ¿Por qué se atormentaba pensando en hechos que seguramente nunca sucedieron? Ya estaba bien de querer apartar a su hija de su vida, cuando en realidad era por lo único que merecía la pena vivirla. Y con estas reflexiones, abrió la puerta de la agencia de viajes dispuesta a comprar un billete de avión. Sería una sorpresa. La sorpresa que Nata no tuvo por su cumpleaños.

Afortunadamente para Alma atrás quedaban muchas preguntas sin respuesta, muchos momentos inolvidables y muchos llantos, pero por fin había comenzado a vivir de nuevo, desterrando un pasado que, en el fondo, sabía que estaba condenado al fracaso.

También, por extraño que todavía le pudiera parecer, había vuelto, si no a enamorarse, sí a recuperar una ilusión que jamás pensó que volvería. No había cicatrizado la herida dejada por Ozzy, aún era demasiado pronto para cerrarse, sin embargo, un hombre llamado Manolo estaba siendo capaz de sacarla de su profundo letargo.

Le conoció a la salida del trabajo en un día de lluvia intensa. La gente se refugiaba debajo de sus paraguas, y los más atrevidos, sin prestar atención a la lluvia, caminaban deprisa intentando salvar toda clase de obstáculos, desde los inmensos charcos que se estaban formando en el suelo, hasta las ráfagas de agua y barro que salpicaban los coches a su paso. Alma,

cubriéndose la cabeza únicamente con el bolso, echó a andar todo lo rápido que pudo porque no quería perder el autobús que estaba a punto de llegar.

Fue a causa de un resbalón por lo que conoció a Manolo, un administrativo de una compañía de seguros. Después de ayudarla a levantarse del suelo y de preocuparse por su estado, se ofreció a acompañarla hasta donde pudiera refugiarse de la lluvia y quizá esperar con ella hasta que amainara. Nadie le esperaba en casa.

Cuando supo que quería coger la misma línea de autobús que también él iba a tomar para dirigirse a su domicilio, se ofreció solícito a llevarla debajo de su enorme paraguas.

A partir de ese momento, coincidieron varias veces haciendo el mismo recorrido, y en uno de ellos, Manolo la invitó a salir. Él no tenía nada que ver con Ozzy, ni tampoco Alma lo deseaba porque, aunque tarde, se había dado cuenta de que, contados los casos, una relación con alguien que bien podía ser un hijo, casi nunca llegaba a buen término.

No, Manolo no se parecía en nada a Ozzy, salvo en la altura. Su nuevo acompañante era un viudo sin hijos, de cincuenta y dos años, que soñaba a menudo con jubilarse y retirarse a una casita de su propiedad en un pueblo de Logroño; y aunque no estaba gordo, sí que tenía una incipiente barriga. Por lo demás, era cariñoso, buen conversador y sobre todo muy positivo, algo que ella, en esos momentos, necesitaba. No sabía si estaría dispuesta a amar a otro hombre que no fuese Ozzy; pero era algo que deseaba firmemente.

Aunque la vida empezaba a mostrarle su rostro más hermoso, Alma sentía una gran intranquilidad por su hija pese a que sabía que estaba bien de salud, que en el trabajo y viviendo con esa chica llamada Begoña no tenía ningún problema, que adoraba Londres, y que seguía con Roberto, ese amigo especial al que ella tan solo conocía por una foto.

Todo había ocurrido un sábado por la noche. Después de cenar con Manolo y una pareja de amigos, se decidió entre todos ir a una de las discotecas de moda y que Alma había escuchado por boca de su hija en más de una ocasión. El local estaba abarrotado. A duras penas consiguieron sitio para sentarse, pero mereció la pena, y no solo por los famosos que pudieron ver esa noche, sino por su acertada decoración, su originalidad, y las siete plantas con ambientes y músicas diferentes que se congregaban en el mismo edificio.

Fue a la salida del servicio, cuando Alma decidió inspeccionar la

terraza de la última planta con zona de fumadores y Lounge Bar y, de paso, fumarse un cigarrillo, pero lo que allí pudo ver la conmocionó.

Ante semejante escena, Alma abrió y cerró los ojos un par de veces para ver si lo que contemplaba era tan solo por efecto de las luces. Incluso dio una vuelta para, desde otro ángulo, descubrir que efectivamente no se había equivocado. Aquello no podía ser cierto y, sin embargo, cada vez era más evidente. A punto estuvo de hacerse visible, pero algo, en el último momento, le hizo desistir. Con la cabeza baja y escondiéndose entre el tumulto, Alma abandonó la terraza con un pesar muy grande en su corazón.

Cuando Manolo la vio supo que algo raro le pasaba. No hacía mucho tiempo que salían juntos, pero sí el suficiente como para conocerla mucho mejor de lo que ella imaginaba.

Sabía de su relación con Ozzy porque Alma se lo había contado; de los problemas con su hija por esa causa; del abandono por parte de su marido y posterior divorcio; de lo duro que era trabajar en el restaurante, pero, sobre todo, tenía constancia de la clase de persona de la que se había enamorado, una mujer buena y generosa. Alguien por la que él iba a luchar día a día. La mujer que había estado esperando desde hacía mucho tiempo, y de la que esperaba aprender, sobre todo, de su bondad; palabra que él ya había desterrado de su Diccionario de las Personas.

Yo tengo dos diccionarios —comentaba con Alma muchas veces—. El de la Real Academia de la Lengua, donde busco los significados de las palabras, y el de las Personas, donde apunto las palabras que los seres humanos ya han desterrado de sus propias formas de vivir y de actuar. Y con Alma ya había recuperado algunas.

No quiso preguntarle nada hasta que no se despidieron de sus amigos, pero en el coche, de camino a casa, quiso saber el motivo por el que había cambiado repentinamente.

—¿Qué te pasa, Alma?, te veo muy rara.

—Nada, no hagas caso, son cosas mías.

—Si te he molestado en algo te agradecería que me lo dijese.

—No, Manolo, no lo has hecho.

—Entonces ¿qué ha pasado?, porque entramos en la discoteca de buen rollo y al rato tu expresión estaba sombría.

—Cosas de mujer.

—Me gustaría que me lo contaras, pero no te voy a obligar.

—No es nada, en serio. Mañana estaré como nueva.

Manolo giró hacia la izquierda con un peso en su ánimo. Alma aún no tenía suficiente confianza con él, y eso le incomodaba. Pero, pese a todo, se prometió allí mismo que pronto lo conseguiría.

* * *

El avión con destino a Londres despegaba el viernes por la mañana, y aunque aún quedaban varios días antes de la partida, Alma quería dejar arreglados algunos asuntos. Afortunadamente en su trabajo no había tenido ningún problema a la hora de pedirse un par de días libres; es más, hasta le dijeron que podía tomarse unos días más a cuenta de sus vacaciones, y aunque no lo tenía decidido, tampoco lo descartaba.

Lo primero que tenía que hacer era comprar un regalo de cumpleaños para su hija. Con lo otro, aún dudaba. *Pero qué comprarle a Nata con lo rara que era para vestir.* Sabía que ni pulseras ni anillos, y el reloj que tenía, regalo de su abuela, no se lo quitaría hasta que dejase de funcionar. Así que lo mejor que podía hacer, antes de *meter la pata*, era llamar a una de sus amigas, que conocían mejor sus gustos, y comprarle algo de ropa, que era lo más le gustaba.

Sin pensarlo, se decidió por Nuri. Miró en una de las agendas de Nata y la llamó a su teléfono móvil. Ella se extrañó en un principio, pues era de todos sabido que con quien más unida estaba Nata era con Teresa, pero rápidamente dedujo que, si la llamaba su madre para que la acompañase de compras, era porque se había dado cuenta de que la que más gusto y mejor vestía era ella. Por ese motivo se sintió más que halagada.

—Claro, sin problemas, Alma, cuando tú quieras. Menuda alegría que se va a llevar tu hija al verte.

—Sí, pero quiero que sea un secreto. Así que no cuentes nada, por favor.

—No, *tranqui*, que me hago cargo.

—¿Qué te parece si quedamos el miércoles a las cinco y media? Tomamos café y vamos a las tiendas preferidas de Nata.

—Estupendo, Alma. ¿Dónde nos vemos?

—En la puerta principal del centro comercial del barrio.

—Muy bien, allí estaré.

—Nuri, por favor, que va a ser un viaje sorpresa... —imploró Alma con cierta inquietud.

—No te preocupes —contestó con gran pesar de no poder contárselo a sus amigas.

La decisión de Alma estaba tomada. Con cierta habilidad sonsacaría a Nuri toda la verdad.

Ozzy

Parecía mentira lo que esa chiquilla sin proponérselo estaba consiguiendo. Incluso sus compañeros de trabajo le notaban más alegre que de costumbre. Y es que no había un minuto que Ozzy no pensara en Nata, ni noche que no la recordara al calor de las mantas. No era una situación fácil para ninguno de los dos. Ambos venían de compartir un pasado que todavía les estaba castigando. Ese pasado tenía nombre de mujer, y su nombre era Alma. Habían hecho y sentido cosas de las que en mayor o menor medida se habían avergonzado. Esos daños colaterales que no tuvieron en cuenta al dar rienda suelta a lo que sentían en su interior. Pero ahora, sin echarse nada en cara, retomaban con ilusión su reencuentro, y eso era lo único que Ozzy deseaba más que nada en el mundo.

Aunque la presencia invisible de Roberto siempre aparecía cuando estaban juntos, y esto impedía que Nata se implicara y diera un paso más en esa incipiente y complicada relación.

—No le quieres, Nata, lo sé.

—Por desgracia sí le quiero, y mucho —afirmó llevando toda su larga melena hacia el lado derecho del cuello en un gesto nervioso.

—Tú misma te delatas al decir «por desgracia».

—No, Ozzy, lo digo porque estoy hecha un lío al sentir cosas a tu lado que no debería sentir, y también porque en cierta manera sé que estoy traicionando a Roberto. Y, créeme, no se lo merece.

—Tienes que conocerme, Nata. Solo entonces pondrás orden en tu corazón.

—Ya te conozco, Ozzy.

—No como hombre.

Nata, incómoda por la situación que estaba tomando la conversación, se levantó del banco y acercándose a la barandilla del lago donde los cisnes agitaban sus alas, dejó que sus ojos se reflejaran en el verdor de las aguas. Ozzy se acercó y agarrándola por detrás, la retuvo entre sus brazos.

—Ven a mi casa, Nata.

—No.

—Te deseo tanto...

—Ozzy...

Y dándose la vuelta, ambos se buscaron los labios para dar rienda suelta a esa pasión que mantenían encarcelada.

No había sido una casualidad que Ozzy viviera en Londres, como él le había contado. Cuando supo que ella se marchaba definitivamente, tomó dos decisiones, la primera dejar a Alma, la segunda ir detrás de su hija. Para ello, *tiró* de agenda, de conocidos y amigos a los que en algún momento había hecho algún favor y, consiguió, gracias a su alto nivel de inglés y a sus conocimientos en la industria de la música, un puesto como técnico de sonido en un estudio musical.

Feliz, voló hasta allí pensando que la vida le ofrecía otra oportunidad, tal vez la última, para enamorar a la chica que le había recordado que el amor puede aún cambiar a las personas.

Cuantas veces había deseado que Nata parase a ese *Pepito Grillo* que controlaba su conciencia y se sintiera libre para estar con él. Porque en realidad nada le ataba a ese tipo engreído llamado Roberto, más que la gratitud y esta, para Ozzy, no se pagaba con amor.

A veces veía a Nata en sus sueños haciendo el amor con Roberto y se despertaba como un perdedor, con la opresión de la angustia latiéndole en las entrañas. Habría dado lo que fuera para que todos los días de la semana hubiesen podido estar juntos aunque fueran unos minutos pero, aun respetando la decisión de Nata, cuando se veían, que eran muchos fines de semana, se sentía muy afortunado. No había que forzar los encuentros — pensaba Ozzy—, ya llegaría el momento de que Nata se diera cuenta y lo buscara.

Aquella noche no pudo llamarla porque se encontraba enfermo, tampoco a la siguiente porque la fiebre no disminuía, pero a la tercera fue Nata la que le llamó. Cuando supo que estaba malo, no se lo pensó dos veces, y aquella misma tarde se presentó en su casa. Ozzy se quedó boquiabierto

cuando la vio. Todavía no estaba completamente restablecido, pero la recibió con una enorme sonrisa y la hizo pasar.

La casa era pequeña pero confortable. Un cuadro del río Támesis colgaba de la pared del salón, y debajo, un sofá azul con el que hacía juego.

—Te puedo ofrecer un té y unas pastas, Nata. Bueno, espero que quede alguna —dijo esbozando una sonrisa.

—Soy más de café; pero deja que te toque la frente. ¿Sigues con fiebre?

—No, parece que hoy no tengo. Estoy un poco débil por la medicación, pero en nada estaré en plena forma. Ahora mismo te preparo un café.

—De eso nada. Tú quédate ahí sentado en el sofá, que para eso eres el enfermo y yo la visita.

Cuando entró en la cocina imaginó ver una pila de platos sin fregar y cosas por en medio, pero el orden reinaba en esa pequeña estancia. Puso la cafetera al fuego mientras Ozzy, que no había podido permanecer sentado, la miraba embelesado apoyado en el umbral de la puerta.

—Has venido, Nata.

—Hombre, claro; estaba preocupada.

—Me gusta que te preocupes por mí.

—Eres mi amigo.

—¿Solo eso?

—Ozzy, no empieces, por favor...

—Perdona, Nata. Oye, ¿no te has perdido al venir hasta aquí?

—Pues no, ¿o es que te crees que sigo perdiéndome en Londres? En mis días libres muchas veces cogía un autobús hasta el final del trayecto, bajaba, daba una vuelta por el lugar y volvía a esperar al autobús para regresar.

—¿Siempre hacías lo mismo?

—No siempre. A veces salía con Begoña y sus amigos. Otras, visitaba monumentos y museos...

—Eso está mejor. Y ahora, ¿te gustan más tus días libres?

—Son diferentes.

—Pero ¿te gustan?

—Claro. Compartimos muchas cosas y somos amigos, además —añadió con una pícara sonrisa—, nos encanta el mismo parque.

—Nata, ¿conoces Stonehenge?

—No, aunque estuve a punto de ir con Begoña, pero una gripe al final

lo fastidió.

—¡Genial! Pues vendrás conmigo. Lo tengo todo previsto. En cuanto esté restablecido por completo alquilaré un coche y en menos de dos horas nos plantaremos allí. Verás cómo te gusta.

—No sé yo, si esos grandes bloques de piedra me van a entusiasmar, Ozzy —dijo Nata mientras añadía leche caliente a las dos tazas.

—Claro que sí, mujer. Además, ese monumento megalítico está calificado como Patrimonio de la Humanidad. Sin duda te va a alucinar.

—Si tú lo dices...

En ese momento Ozzy acercó la boca a su oído para decirle que estaba preciosa, y Nata notó cómo el pulso se le aceleraba.

La charla

Aquel domingo Begoña la invitó a comer. Nata se dio una ducha y comenzó a arreglarse. Su amiga, porque ya la sentía como tal, la esperaba dentro de una hora en un restaurante con mucho encanto, cerca de la Puerta de la Estación de Nothing Hilldel.

Realmente solo por ver la fachada llena de flores de todos los colores, a Nata le mereció la pena haberse acercado hasta allí. Después de tomar unos deliciosos rosbifs con trozos de coliflor cubiertos con salsa de queso, y unas cervezas, decidieron tomar café en un *pub* cercano que acababa de abrir y Begoña quería conocer.

—Nata, te das cuenta de que dentro de nada ya llevarás en Londres más de medio año —dijo Begoña mientras le pedía al camarero dos *irlandeses*.

—Me parece mentira que haya transcurrido tanto tiempo.

—Me acuerdo cuando fui a esperarte a la estación, tu carita...

—Estaba asustada, Begoña, era la primera vez que viajaba fuera de España y sola. Por no contar el cansancio que llevaba en mi cuerpo por los preparativos y el viaje.

—Has cambiado mucho, niña.

—¿Tú crees?

—Ya lo creo. Ahora eres más mujer, aunque no sé...

—No sabes, ¿qué?

—A ver, Nata, ya me conoces un poco y sabes que a mí no me van los rodeos. ¿Qué pasa con ese *tío* que te llama tanto por teléfono?, y ya de paso me gustaría saber por qué Roberto lleva tiempo sin venir a verte, y no me digas que es porque todavía anda con la manía de que te vuelvas a Madrid, y está cabreado —preguntó Begoña saboreando la nata del café.

—Roberto tiene mucho trabajo y me ha dicho que en cuanto se encuentre más libre, vendrá. Pero hablo con él muy a menudo.

—No sé, Nata, no sé...

—No te preocupes, Begoña que todo va bien entre nosotros —le confesó evitando su mirada.

—Bien, querida, si tú lo dices, así será, pero, vuelvo a preguntarte: ¿quién es el chico que te llama por teléfono?

—¿Quién, Ozzy?

—¡Anda, si se llama como el cantante Ozzy Osbourne!

—Bueno, en realidad se llama Hegoi.

—¡Hegoi! ¿Y qué nombre es ese?

—Es un nombre navarro.

—Y ¿por qué le llamas Ozzy?

—Es que ese es el nombre que usa, bueno, usaba, cuando tocaba en un grupo *heavy*...

—Vaya, ya lo vamos situando —añadió Begoña sonriendo.

—Y ¿cómo es? ¿Porque no será ese tan *buenorro* que paseaba contigo hace dos domingos por el Soho, verdad?

—Pues sí, es ese.

—¿Y...?

—Pues nada, es un amigo de Madrid que ha venido a hacer un curso de inglés y a veces me llama para dar una vuelta.

—Nata, así no se contesta a una amiga que te quiere.

—No te entiendo, Begoña.

—A ver, sé sincera por lo menos conmigo. ¿Qué *lío* os lleváis entre los dos?, porque yo de tonta no tengo ni un pelo. Además, es que no lo puedes disimular, ahora mismo se nota que estás nerviosa. Ese tal Ozzy te gusta, no lo niegues —afirmó Begoña apartándose un mechón de cabello de la boca—. No te dé *corte* hablar conmigo, Nata. Sé que últimamente no estás bien aunque intentes aparentar lo contrario, y ya me imagino yo que será por el follón que tienes en la cabeza, ¿a que no me equivoco?

En ese instante Nata tuvo miedo. No tenía el valor suficiente para decirle a Begoña lo que pasaba por su cabeza y también por su corazón. Quizá si se sinceraba con ella, Roberto se terminaría enterando de que Ozzy estaba en Londres y la veía a menudo. Pero cuando Begoña, mirándola

fijamente a los ojos, unió sus manos a las suyas, y le dijo que todo lo que hablasen se quedaría solo entre ellas, Nata supo que podía sincerarse.

—Vaya, querida mía, la cosa está complicada —dijo Begoña, dando el último trago al café.

—Sí —contestó Nata con voz afligida.

—Querer a dos hombres a la vez puede resultar una experiencia, ¡uf! no sé cómo decirte.

—Horrible, Begoña, créeme, horrible...

—¿Pero no hay alguno que te guste más que el otro?

—Son muy diferentes, pero lo que me aporta cada uno es tan valioso que no puedo contestarte.

—¡Pues sí que estamos bien! —exclamó cruzándose de brazos—. Y dime una cosa: ¿te has acostado con los dos?

—No, Begoña, ¿qué dices?

—No me mientas o no podré aconsejarte.

—Te lo juro. Solo me he *liado* con Roberto.

—¿Y por qué con Ozzy o como se llame, no? ¿Es que no lo ha intentado?

—Claro que lo ha intentado, pero yo no he querido.

—Y ¿por qué?

—Por Roberto.

—Pero, cariño, no me digas que estás sufriendo esa incertidumbre solo por no haber tenido la valentía de *echar un polvo* con Ozzy.

—Es que..., bueno yo salgo con Roberto.

—¿Sales?

—Begoña, aunque no nos veamos mucho, yo le quiero.

—¿Y él a ti?

—Pues me imagino que también.

—¿Es que no te lo ha dicho nunca?

—No con esas palabras, pero yo sé que me quiere. Me lo ha demostrado muchas veces, y tú lo sabes mejor que nadie.

—Nata, yo conozco a Roberto.

—Ya lo sé.

—No, no lo sabes. Yo me *lie* con tu Roberto hace tiempo, y te puedo decir que no es un hombre de esperas.

—¿A qué te refieres? —preguntó algo consternada por la revelación.

—Que te puede querer a su manera, que no lo dudo, pero Roberto es un *tío* guapo, con *pasta* y con mucho éxito entre las mujeres, pero sobre todo es un hombre que necesita estar cerca de su chica, y te lo digo por experiencia.

—Begoña, ¿por qué me dices estas cosas?

—Porque así es la vida, Nata. Hoy en día ni las mujeres ni los hombres somos como los de antaño, afortunadamente. Y eso de guardar ausencias cuando ves desinterés y encima hay una causa para mí más que justificada, como es saber quién de los dos te llena más, blanco y en botella, amiga mía.

—No es tan fácil, Begoña. Traicionaría la confianza que en mí tiene Roberto, y eso me dolería mucho. Además, no creo que esté pasándoselo de puta madre en Madrid cuando me echa tanto de menos.

—¿Y en qué te basas para decir esto?

—Pues porque siempre me ha demostrado que es un chico legal.

—¡Ay, cariño, no me hagas reír con la «legalidad»! A mí me pusieron los *cuernos* tipos superlegales, de esos por los que pondrías una mano en el fuego, y te juro que lo pase fatal. Hasta que un día me harté de ser una imbécil. Ahora quiero y soy fiel al que me demuestra que también lo es, pero si veo algo «rarito», antes de que me haga sufrir, le doy *puerta* —reconoció Begoña mirando el reloj de pulsera con piedras de Swarovski que le había regalado su amante, ese del que ya empezaba a estar cansada de tantas promesas incumplidas.

—Respeto tu opinión, Begoña, pero seguiré con mis rayaduras porque no soy capaz de hacerle algo así a Roberto —confesó con rotundidad—. Y, de momento, no tengo dudas sobre él.

—¡Vale, vale! A ver si voy a parecerte una *tía* sin escrúpulos y sin moral, porque sí la tengo —advirtió Begoña con el semblante serio—. No, no me interrumpas, Nata. Lo que quiero decirte es que me encantaría que los hombres y las mujeres fueran fieles al amor que un día los unió, pero la vida no me lo ha demostrado —suspiró Begoña.

—Venga, no te pongas así.

—Es que a mí estos temas terrenales me superan —dijo esbozando una triste sonrisa—. Porque si yo te contara lo que estoy aguantando con el inglés, fliparías, pero, mira, estoy tan enamorada de él, que confié en que, de una vez por todas podamos iniciar una vida en común. Ahora, te invito a otra ronda. ¿Te parece bien?

—Estupendo, Begoña. ¡Qué bien me encuentro en Londres!

—Lo sé, y no sabes cuánto me alegro.

—Y pensar que Roberto me pidió que dejara todo y que volviese a Madrid, bueno, ya lo sabes.

—Nata, ya te dije que él tenía que respetarlo aunque no le gustase, como finalmente ha hecho, pero eso no quita para que no venga a verte con asiduidad.

—Lo sé, Begoña, pero yo no puedo obligar a nadie. Aunque de una cosa estoy segura, y es de que si nos hubiéramos visto más veces, yo no estaría ahora como estoy, hecha un lío.

—¿Y cuántas veces ha venido?, porque creo me sobran dedos de una mano si las cuento.

—Es que su padre ha abierto otra clínica y está muy ocupado. Además, está con el máster.

—¡Ya...! Mira, cariño, no es mi intención ponerte aún más nerviosa. Tal vez sea como tú dices, aunque mi experiencia me dice todo lo contrario, pero de todos modos Roberto está en Madrid y Ozzy aquí. A ti te gustan los dos, no sé qué vas a hacer, pero algo tendrás que hacer, digo yo.

—Claro, eso lo sé.

—Tienes que ser honesta contigo misma. Y si sientes que estás jugando o traicionando a Roberto es porque verdaderamente sientes algo jodidamente bueno por ese otro chico. Mi consejo, Nata, es que te *líes* con Ozzy.

—Puedes decirme ¿por qué?

—Porque va a ser la única manera de que veas si realmente vale tanto la pena como para decirle a Roberto *bay bay*...

Y se armó...



Casi no me tengo en pie desde lo que pasó el otro día.

Me siento supermal, creo que tengo fiebre, y hasta me duele la cabeza. Así que he tenido que ponerme a escribir porque realmente me descarga, como decía Alicia cuando trabajaba en el *Atmósfera*. ¡Ay, Alicia, qué razón tenías y qué tiempos tan lejanos me parecen ahora!

Y es que la conversación que tuve con Begoña me trastornó más de lo que ya estaba. Es una chica muy maja, liberal, cariñosa y muy amiga de sus amigos, pero quizá en cuanto a dar consejos sobre el amor... Que sí, que tal vez tenía que dejarme llevar y ver qué pasaba si me *liaba* con Ozzy, pero, claro, nunca imaginé que, si finalmente me decidía, se romperían todos mis esquemas.

Cuando pulsé aquella mañana el timbre de su casa, temblaba tanto que tuve que sentarme un momento en la escalera y respirar profundamente varias veces para intentar relajarme.

Con deliberada intención había declinado la invitación que Ozzy me había hecho para comer ese día en algún restaurante, pero sin embargo sí que le había sugerido que, si él preparaba la comida en su casa, iría encantada. La idea, como ya suponía, le pareció genial. Haría carne en salsa, una receta de su abuela, con la que me chuparía los dedos, y yo llevaría el postre.

Así que compré en un supermercado un *Jam Roly-Poly*, una delicia inglesa muy similar al brazo de gitano español pero relleno de mermelada, y

llegué hasta su casa aquel sábado que siempre recordaré.

Cuando Ozzy me abrió la puerta un aroma a guisado se extendía por toda la casa. Me dio un beso en la mejilla y metió el postre en la nevera mientras la carne con patatas terminaba de hacerse en el horno.

Sacó dos *birras* y nos sentamos en el sofá del comfortable salón. En ese momento mientras él me hablaba del trabajo, mi pensamiento, sin querer, me llevó hasta el salón de Roberto. Pude ver su enorme y mullido sofá, la textura de su tapizado, los cuadros alineados perfectamente sobre la pared y, sobre todo, su cuerpo sobre el mío.

—Nata, ¿te pasa algo?

—Ufff, nada, es que estaba pensando si había apagado todas las luces del apartamento antes de cerrar la puerta.

—Que todo lo que se te haya olvidado sea tan solo eso —dijo esbozando la sonrisa más angelical que había visto nunca.

Después de comer, por cierto, el guiso estaba buenísimo, salimos a la calle para tomar un café. Dirigimos nuestros pasos hacia un establecimiento que no estaba lejos de allí, pero al ver que la lluvia cada vez era más fuerte, decidimos tomárnoslo en el apartamento de Ozzy. Además, quería ponerme un documental en la televisión para comprobar mis progresos con el inglés.

Antes de encender la *tele*, y servir el café fue directo a su habitación para sacar una manta con la que taparnos. Quizá fue al ver mi cara lo que le hizo comprender que no estaba yo para documentales en inglés, así que introdujo un CD en el aparato de música y dejó que sonara una hermosa balada instrumental de un grupo irlandés.

Como la cosa más natural del mundo echó el brazo sobre mi hombro y yo, de manera instintiva, recosté la cabeza sobre su pecho. La firmeza de su torso me hizo recordar lo que me había llevado hasta allí, y volví a temblar. No quería traicionar a Roberto aunque necesitara saber qué narices me estaba pasando, pero entre los latidos de su corazón, que notaba como caballos desbocados y la fuerte tormenta que se estaba desatando en mi interior, me arrebujé aún más contra Ozzy, que empezó a acariciar el lóbulo de mi oreja con sus labios para después acercar su boca a la mía que le aguardaba sedienta. En ese momento me rendí ante mi incertidumbre y di paso a mi propio deseo.

Desnudos bajo las sábanas, y sin que nadie nos pudiera molestar, dimos rienda suelta a esa pasión que nos desbordaba desde hacía mucho tiempo.

Nuestras manos descendieron despacio desde el cuello hasta las nalgas, desde las nalgas al cabello, y deseé que aquello se hiciera eterno. Cuando encendió la lámpara de la mesilla para encender un cigarrillo, ya sabía que le amaba por encima de todas las cosas; entonces le besé largamente y, de nuevo, con ansias, le volví a sentir muy adentro.

Fue una pena que Begoña no estuviera en casa cuando llegué aquella noche, porque habría abrazado a mi amiga para darle las gracias por su sabio consejo. Ahora sí que estaba convencida de que nada ni nadie me podría separar de Ozzy.

Ignoraba si Roberto comprendería la decisión que iba a tomar; dura, pero sincera; pero era lo que había. Intuía que el desengaño que se iba a llevar conmigo iba a ser bestial, pero era lo más honesto que podía hacer en esos momentos.

Ozzy, aunque yo no lo reconociese en su momento, me había gustado desde que le vi en el salón de mi casa, al lado de mi madre, con esa larga melena y esa cara de pasar de todo. Ahora, él, pese a haberse equivocado muchas veces en la vida, había conseguido estar en paz consigo mismo. Me quería, trabajaba en algo que le encantaba, adoraba Londres, igual que yo, y encima me rectificaba cada vez que *metía la pata* con mi inglés, que eran bastantes veces. ¡Qué más podía pedirle a la vida!

En su casa, aquella tarde, hablamos de muchas cosas; es más, incluso él hizo planes de futuro al abrigo de las mantas. Ozzy quería que iniciáramos una vida en común lo más pronto posible, y yo, aunque no se lo confesase en ese momento, estaba dispuesta a hacerlo enseguida. Me daba todo igual, solo quería mantener esa felicidad alejada de cualquier contrariedad.

Cuando nos despedimos en el portal de mi apartamento, Ozzy me estrechó entre sus brazos y me repitió muchas veces al oído, lo que tantas veces esperé de Roberto, dos palabras cortas y maravillosas: *Te quiero*.

Cuando Begoña supo lo que había pasado entre nosotros, me abrazó muy fuerte mientras me repetía que afortunadamente había visto con claridad y por fin podía echar todos los fantasmas de mi cabeza.

—¿Ves? ¡Te lo dije! ¡Te lo dije! Era la única manera de que supieras realmente a quién querías de verdad.

—Sí, tenías razón. ¿Sabes que ya estamos haciendo planes de futuro?

—Claro, es lo normal en estos casos; además ya os conocéis de tiempo atrás.

—Vamos a vivir juntos.

—Pero ¿dónde? ¿En España?

—No, aquí.

—¡Qué alegría! Me habías dado un susto de muerte. Te he cogido mucho cariño, Nata, y aunque no estés conmigo en este apartamento, nos podremos ver siempre que queramos.

—¡Claro, Begoña! —le dije mientras volvía a abrazarla.

Ozzy y yo pasamos una semana maravillosa, pero aún seguía, como una cobarde, sin encontrar un hueco para hablar con Roberto. Begoña intentó ayudarme, pero era algo que tenía que hacer yo misma.

El viernes próximo iba a pasar el primer fin de semana en casa de Ozzy. Ya tenía preparada una pequeña mochila con las cosas imprescindibles que me tenía que llevar. Además, nos apetecía mucho a los dos. Era la antesala a nuestra definitiva convivencia.

Aquel día señalado salí más pronto del *curro*, y decidí darle a Ozzy una sorpresa. Me presentaría antes de la hora que teníamos acordada, en el *Old Iris*, el *pub* que frecuentaba con sus compañeros a la salida del trabajo, y luego volveríamos al apartamento para recoger mi mochila. Era nuestro primer *finde* juntos, y yo estaba superilusionada.

Así que me acerqué hasta la parada y esperé a que llegara uno de esos autobuses de color rojo y dos plantas que son protagonistas en muchas postales, llaveros y tazas de Londres. Tuve la oportunidad de sentarme en la parte delantera del piso de arriba y de camino tener una visión inolvidable de la ciudad.

Uno de sus compañeros, el único al que conocía, en cuanto me vio entrar en el *pub*, me dijo que Ozzy había olvidado unos papeles en el despacho y que no tardaría en volver. Iba a pedirme algo en la barra, pero decidí salir a la calle y fumarme un cigarro mientras lo esperaba. Pero entre que hacía mucho frío y llovía a cántaros decidí que lo mejor era entrar al abrigo de la calefacción. Iba a abrir la puerta del local cuando giré la cabeza y entonces reconocí su figura entre la gente que corría por la calle para no mojarse. Grité su nombre un par de veces y agité la mano, pero los cláxones de los coches y el agudo sonido de una ambulancia que pasaba en ese momento impidieron que me oyese.

Estaba parado al lado de un semáforo y hablaba con una mujer que se refugiaba debajo de un paraguas azul. Me cobijé debajo de uno de los toldos

de un local pintado de rosa que ocupaba un chaflán y que estaba especializado en deliciosos *cupcakes*, y desde allí intenté ver quién era ella. Misión imposible, entre el paraguas y la ancha espalda de Ozzy, no lograba verla.

De pronto, él apartó el varillaje cubierto de impermeable tela azul, y la abrazó largamente mientras la gente pasaba a su alrededor. Mi corazón en ese momento empezó a palpar exageradamente; lo reconozco. Inmediatamente salí de donde estaba y, ocultándome como si fuese un fugitivo detrás de un quiosco de flores, observé mejor la escena.

Cuando me di cuenta de todo, no sé lo que me entró por el cuerpo, tampoco sé si dejé escapar algún grito, ya que varios transeúntes me miraron como se mira a una loca, o tal vez puede que hasta me saliese fuego por la boca como a los dragones. Pero fuera lo que fuera, sé que salí corriendo de aquel lugar como alma que lleva el diablo. Lloraba desconsoladamente y seguía corriendo sin saber adónde ir.

Crucé calles sin mirar, hasta que un coche, en una de ellas, me golpeó. Rápidamente me trasladaron a un hospital con una ligera conmoción y una fractura en el antebrazo.

Localizaron a Begoña que vino lo más pronto que pudo al hospital y, cuando me vio y se tranquilizó, me contó que hacía unas cuantas horas, cuando estaba a punto de salir de casa para hacer unas compras, mi madre se había presentado en el apartamento porque quería darme una sorpresa. Por lo visto hablaron durante unos minutos y, entonces, Begoña le dijo que me podía encontrar en el *Old Iris*, y con la amabilidad que siempre le caracteriza, la acompañó hasta la parada de autobús más próxima.

Lo demás, era fácil de adivinar si se tiene una cabeza equilibrada. Pero yo en aquellos momentos no la tenía, y en mi interior estallaron bombas, granadas y creo que hasta bombonas de gas, al verlos juntos.

Cuando desperté en el hospital tras el efecto del sedante que me habían dado y vi a mi madre acariciándome la frente, no supe reaccionar y me puse a llorar como una cría. Ella creyó que era por la emoción que me estaba produciendo su presencia; pero si hubiese intuido, aunque fuese la cuarta parte de lo que me pasaba, se hubiera echado las manos a la cabeza.

No estuve más que un día ingresada, pero mi madre no quiso irse de mi lado hasta que no me viese mejor. Así que la tuve que aguantar sin poder hacer otra cosa, cuando todo mi ser se rebelaba ante ella.

Roberto también se enteró de lo sucedido y cogió un vuelo para verme. A mi madre no debió de hacerle mucha gracia su presencia, aunque ignoraba el porqué, pero esas miradas, que yo conocía muy bien, la delataban.

Cuando pudimos estar solos en casa de Begoña, le dije a Roberto que me sacara de allí, que quería irme con él a España. Extrañado por el cambio de actitud, me repitió varias veces si lo había pensado detenidamente. ¡Claro que lo había pensado! Quería irme de Londres enseguida; fuera de todo lo que me recordase a Ozzy, que ni siquiera me había llamado por teléfono para preocuparse por mi estado. Cómo le odiaba y, lo peor y lo que me machacaba la cabeza continuamente, era no saber si es que los dos habían vuelto otra vez o que Ozzy se la había encontrado por casualidad y, por no hacerla sufrir, no había tenido la valentía de decirle que me quería.

Roberto, que estaba más serio que de costumbre, al verme en ese estado de rebotada total, habló con mi madre y entre los dos arreglaron todo para el viaje de regreso.

Si yo le hubiera contado a Begoña que Ozzy y mi madre habían estado compartiendo la misma cama, y detallado la escena que tuvo lugar entre él y yo en la cocina, jamás la hubiese mandado en mi busca sabiendo que yo me iba a encontrar allí con el hombre al que quería y ella amó por largo tiempo. Pero no lo hice por vergüenza, y por eso mi vida se ha hecho añicos. Y se ha destrozado porque, al verlos juntos, he comprobado que siento mucha desconfianza, celos, recuerdos de ellos que quisiera borrar de mi mente pero no puedo. Tanto si se siguen amando como si no, mi vida y mi futuro serían un auténtico infierno si siguiera con Ozzy.

Sé, porque ella me lo contó, que mi madre iba tan solo en mi busca para darme una sorpresa y entregarme mi regalo de cumpleaños. Que se encontró por casualidad con Ozzy, que hablaron, y que al final se abrazaron, tal vez por el cariño que aún se tenían.

Y también ahora me puedo imaginar a Ozzy, nervioso, pensando que no podría volver al *pub* donde había quedado conmigo, para que mi madre no supiera que estábamos juntos. Pero, de ser así, no entendía por qué ocultarlo, ¿era un pecado que él y yo nos amáramos? ¿O es que había algo más entre ellos y yo no me había enterado?

Va a ser muy difícil olvidar a Ozzy, pero me he dado cuenta a tiempo de que sería imposible ser feliz a su lado. Le amo tanto que cada vez que lo

viese junto a mi madre, algo lógico y normal en una familia, recordaría sus jadeos en la cama y su complicidad, y eso me mataría de dolor.

Vuelta a casa



Fueron un par de semanas vertiginosas, pero afortunadamente ya estoy en España. Tengo el brazo escayolado y dicen que tardaré unas ocho o diez semanas en recuperarme. Lo que me pregunto a veces es cuánto tarda un corazón en curar las heridas del alma; tal vez toda una eternidad.

Estoy en casa con mi madre, pero en cuanto pueda me iré a vivir sola. La presión que siento entre estas paredes es tan grande que temo el día que estalle todo por los aires. Intento no pensar en Ozzy, pero aquí todo me recuerda a él. El armario donde guardaba su ropa, el cepillo de mi madre que usaba para desenredarse la melena, su taza preferida, una verde con un sapo tocando la guitarra... Son tantas cosas que no sé si voy a poder superarlo alguna vez.

Luego está mi relación con Roberto. Sé que no es sincera, y me duele, porque además de comprobar cómo estoy utilizándole en mi provecho, no puedo contarle toda la verdad, y esto hace que me sienta aún más miserable. Cuando accedí a tener una relación con Ozzy, pese a seguir teniendo muchos sentimientos hacia Roberto, poco me importó el daño que le haría cuando se enterase de que amaba a otro, por eso cuando ahora nos besamos me siento una traidora. Menos mal que no está muy efusivo, y eso es algo que me extraña, pero, dadas las circunstancias, incluso lo agradezco. Aunque tengo la extraña sensación, porque no soy tonta, de que está marcando las distancias

conmigo. No me dice nada, pero le pasa algo, su actitud le delata. Y aunque sé que no sabe nada de mi relación con Ozzy porque Begoña es una *tía* legal, me empiezo a *emparanoiar*.

Cuando abrazo a Roberto intento encontrar en sus brazos la pasión que encontraba en los de Ozzy, pero no lo consigo. Muchas cosas han cambiado dentro de mí, y creo que también él nota mi tirantez, pero tal vez lo achaque a que no me encuentro totalmente restablecida.

No estoy bien, nada bien; lloro mucho cuando nadie me ve. Hasta mis amigas tampoco son las mismas; han cambiado, o quizá puede ser que la que haya cambiado sea yo. No me río de lo que antes me hacía gracia, y las cosas con las que antes disfrutaba ahora me parecen infantiles. Echo mucho de menos a Begoña, porque con ella no hacían falta las palabras para encontrarse cómoda, comprendida y alegre, siempre alegre. Y, sobre todo, me preguntó una y mil veces, por qué no hablo con Roberto, le cuento todo, y ponemos punto y final a una relación que no tiene sentido, salvo para sentirme de alguna manera protegida de mis propios sentimientos. Nunca me he aprovechado de nadie, y ahora lo estoy haciendo. Me doy asco.

Mi madre ya no sabe qué hacer para ver en mi cara una sonrisa, y en mis ojos, lo que ella dice que he perdido, la ilusión. Si supiera que, sin quererlo, ella ha sido la causante de toda esta pena que siento...

Pienso mucho en la escena de Londres, cuando los vi abrazados en la calle. Algo que se encontraba en lo más profundo de mi ser, y que ni yo misma sabía que existía, despertó de repente como un volcán, y me llenó de odio, celos, recuerdos, y muchas lágrimas vertidas sobre mi cama. Y ahora me siento prisionera de ese pasado que me hace daño, mucho daño...

En el fondo sé que ninguno de los dos tiene la culpa. La única culpable de cómo me siento soy yo, y todo porque no puedo separar el antes y el después de Ozzy. Lo que sí que tengo claro es que no podía permitir que esa relación que estaba dando sus primeros pasos, fuera a más, ya que nos destrozaría a los tres para el resto de nuestras vidas, y mi madre es la que menos se lo merecería. Quizá es un castigo por haberme entrometido en sus vidas, y me culpo, porque no tenía que haber permitido que mis ojos mirasen a Ozzy como lo hacían, ni que en mis sueños apareciera una y otra vez el hombre que compartía cama con mi propia madre; ahora lo estoy pagando y de qué manera.

Desde mi regreso, aún no he visto a Teresa. Sé que falleció su abuelo

de repente y que ahora está pasando unos días en el pueblo con su desconsolada abuela. Estoy deseando verla para contarle todo lo que me ha pasado y decirle, aunque no creo que haga falta si me mira con detenimiento, cómo me siento.

Roberto y yo aún no hemos tenido ningún momento de intimidad ni tampoco me ha llevado a su casa, algo que agradezco porque no sé si conseguiría desanclarme de otras caricias que aún llevo dibujadas en la piel. Sigo dándole vueltas al tema que me corroe por dentro. Necesito ser sincera y valiente para contarle la verdad de una vez por todas. No se merece que lo utilice como mi tabla de salvación en estos momentos, pero luego pienso que todavía le sigo queriendo aunque de otra manera y que sin él todo mi mundo se desmoronaría, y soy tan egoísta que no quiero. Necesito que Roberto me haga olvidar definitivamente al hombre que me ha robado el alma, y si no lo consigue después de un tiempo, seré yo la que dé el primer paso.

El otro día me dijo que tendrá que darme unas cuantas sesiones para favorecer la amplitud de movimiento y fortalecer los huesos, para así recuperar fuerza muscular y movilidad en el brazo, como si ahora eso me importara...

Antes de abandonar Londres definitivamente me sinceré con Begoña; se lo debía. Cuando terminé de narrarle toda mi vida desde que apareció Ozzy en mi casa, recuerdo que me dijo: *Una historia difícil, Nata, muy complicada*, y me abrazó como se abraza a una hermana.

Hace unos días, me mandó un correo bastante largo. En él me contaba lo que tantas veces yo me había preguntado: ¿Qué sería de Ozzy? ¿Por qué no había dado señales de vida?

En el *e-mail*, Begoña me decía que una tarde a la salida del trabajo se encontró a Ozzy; estaba esperándola. Después de saludarse, fueron a un Starbucks para tomarse un café y para saber qué pasaba conmigo y por qué ni le cogía las llamadas. Era increíble lo que me pasaba, pero al leer estas líneas, me los imaginé debajo de las sábanas de aquella cama que habíamos compartido él y yo con tanto amor. Me estaba volviendo loca.

Ozzy le contó lo que yo me imaginaba, que al ver a mi madre en Londres se llevó una sorpresa mayúscula porque era la última persona con la que pensaba encontrarse. Cuando ella le dijo que iba a darme una sorpresa y que sabía que estaba en un *pub* próximo porque se lo había dicho su

compañera de piso, fue cuando él comprendió que yo o estaba ya en *Old Iris* o a punto de llegar, y la situación se nos podía ir de las manos.

Alma también le dijo lo mal que lo había pasado cuando la dejó, y que incluso había tenido que recurrir a los ansiolíticos. Al oír esto, Ozzy la refugió entre sus brazos y le volvió a pedir perdón.

Cuando al final se despidieron, deseándose lo mejor, él ya sabía que de nuevo Alma volvía a estar ilusionada con otro hombre que sí convertiría en felicidad su pequeño mundo.

Preocupado, volvió a subir a la oficina, y pensó que quedarse allí era lo más conveniente para los tres en ese momento.

Intuía, porque conocía a Alma y todo estaba muy reciente, que, si se enteraba de que su hija y él se amaban, un bloqueo grande y seguro que doloroso se colaría dentro de la mujer que había sido tan buena con él, y eso era algo que no debía permitir, por lo menos ahora no. Ya habría tiempo para preparar esa noticia.

Luego estaba Nata. No sabía cómo reaccionaría al verlos juntos; la conocía bien y aunque su comportamiento ya no era el mismo que el que tenía en Madrid, todo podía volver de nuevo. Por eso, queriendo evitar una situación que quizá fuese demasiado tensa y llena de sentimientos a flor de piel, decidió no aparecer por el *pub* y dejar que ellas dos estuvieran solas porque seguro que tenían muchas cosas que contarse.

Supuso, al no recibir ninguna llamada mía, que mi madre se había tomado más días de vacaciones para estar conmigo, y que yo, lo mismo que él, no queríamos que de momento supiera nada de nuestra incipiente relación, y menos que llegase a la conclusión de que por culpa de Nata, él había roto con ella. Por eso, Ozzy esperó a que yo le telefonara cuando Alma se marchara, y retomar entonces lo que con su presencia había trastocado. Pero al ver que los días pasaban sin ninguna respuesta por mi parte, decidió ir al encuentro de Begoña y que ella le explicase lo que estaba pasando. Por supuesto que no supo nada del accidente hasta que Begoña se lo dijo, pero lo peor, lo que más le costó a mi amiga, fue decirle que me había vuelto a España con Roberto.

En ese momento, me confesó, que la expresión angelical de Ozzy se tornó tan triste que, tapándose la cara con las manos, no pudo evitar derrumbarse allí mismo. En cuanto pudo se excusó con Begoña, pero esta, poniendo sus manos sobre las suyas, intentó arroparle de una situación tan

complicada. Cuando se tranquilizó un poco, le dijo que yo le había dejado una carta para entregársela en caso de que él apareciese.

Fueron juntos hasta el apartamento de Begoña, y cuando le entregó el sobre, Ozzy, con los nervios a flor de piel, se sentó en el sofá y comenzó a leer.

En esa carta que le escribí, antes de volver a Madrid, le conté que nunca podría verlos juntos, a él y a mi madre, porque siempre me vendrían a la cabeza sus momentos íntimos, sus jadeos, sus besos, su complicidad... y, estos, me harían desconfiar siempre de ellos. También le dije que nunca le olvidaría, que le amaba y le amaría siempre, pero que lo nuestro no tenía más historia, y que, si me quería, como yo creía, se apartaría para siempre de mi vida.

Y terminé diciéndole que, si había significado algo para él que, por favor, no volviera nunca a aparecer en mi vida. Que ni mi madre ni él ni yo nos merecíamos ser infelices, sino todo lo contrario.

Begoña dice que se despidió de ella, dándole las gracias, y que por la puerta salió un hombre derrotado.

Al imaginármelo se me parte el corazón.

La metedura de pata



Después de hacer el amor con Roberto, yo

estaba extraña y creo que él también; se nos había muerto la magia, por lo menos a mí. Me sirvió un refresco y, mirándome a los ojos, me dijo que teníamos que hablar. En ese momento, confusa como estaba, pensé que había notado que la pasión de entonces no era la de ahora, o que tal vez se había enterado de lo que pasó con Ozzy en Londres, y por eso quería hablar.

Nerviosa, pensé que nada hacía sospechar que amara a otro hombre, aunque la tensión que me habían producido sus caricias era patente. Si me preguntaba si ya no le quería, le diría que le seguía amando, porque en esos momentos no me sentía capaz de decir lo contrario, y en parte era porque sí que le quería, pero de otra manera, era un cariño especial que ni yo misma sé cómo definirlo. Lo que sí tenía claro es que aún había sentimientos por mi parte, y que me aferraba a él por lo que hubo en un pasado y porque mi presente estaba lleno de tinieblas. ¿Entonces qué sería lo que teníamos que hablar?

Pasó un dedo por mis labios y se acercó a mi boca para besarla. Fue un beso de aire, como decía Begoña cuando a veces se acercaba a mí y besaba mis labios para despedirse. *Tengo esa costumbre, Nata, pero a mí me gustan los tíos...* y se marchaba riendo.

Roberto me miró con una cara extraña, que me puso más nerviosa aún.

—¿Qué pasa? —pregunté con un hilo de voz.

—Verás, Nata, tú aún me sigues gustando mucho, ¿vale?, pero a veces pasan cosas en la vida que te descolocan y te dirigen a un precipicio del que cuesta salir.

—No entiendo lo que dices.

—¿Recuerdas que un día te dije que dejaras todo y volvieras conmigo?

—Sí. ¿Y tú recuerdas lo que yo te dije?

—Claro, por eso no insistí más. Además, no tenía ningún derecho a pedirte que abandonararas una ilusión, porque Londres para ti representaba eso, una ilusión, una nueva forma de vida. Lo comprendí, Nata, pero...

—Pero ¿qué?

—Que salí con otras.

—Lo entiendo.

—¿Lo entiendes?

—No soy una cría. No me gusta escucharlo, pero te agradezco la sinceridad.

—Sí, pero he tenido relaciones con algunas.

—¡Ya, Roberto, no me des más detalles, por favor! A mí me basta con que ahora estés aquí conmigo.

—Estoy, Nata, estoy, pero hay algo más y no sé cómo decírtelo.

—¿Tan fuerte es para que estés sudando?

—Lo es, Nata, por desgracia, lo es.

Cuando terminó de hablar yo tenía un nudo en la garganta, sentía rabia en el alma, y dolor en el corazón. ¿Cómo era posible lo que me estaba pasando? No me lo podía creer. Me sentía como una muñeca de papel dentro de un remolino de viento, dándome golpes contra los árboles sin que nadie pudiese detenerme, pero lo que antes hubiese podido terminar en melodrama, dado mi carácter y mis convicciones, en ese momento, gracias al desencanto que circulaba por mis venas, me ayudó a encajar el golpe con cierta serenidad. No me reconocía.

—Esa es la historia, Nata. Por favor, habla, dime cosas, insúltame porque me lo merezco.

—¡Eres un cabrón por acostarte conmigo sin yo saber antes todo esto! Y desde luego que me has decepcionado, y mucho. No me esperaba esto de ti, Roberto —dijo limpiándose las lágrimas de rabia e impotencia que le salían a borbotones—. Nunca podré perdonarte.

Y levantándose del sofá, se dirigió hacia la puerta para romper

definitivamente con todo.

—Espera, Nata, no te vayas. Escúchame, por favor, por lo que fuimos en algún momento. Ven, siéntate y deja que te explique, te lo ruego — imploró tomándola del brazo—. Mírame, y escucha lo que te digo. No quiero que dejemos de vernos. Piensa que lo que te he contado no ha ocurrido. Además, quiero que sepas que lo primero que hice fue poner las cosas muy claras con ella. Yo no la quiero ni la querré nunca, tan solo fue una gran metedura de pata.

—¿Cómo puedes llamar metedura de pata a lo que has hecho? Te creía un hombre con valores.

—Me dejé llevar, Nata. No era yo, estaba demasiado borracho. No sé qué decirte para que comprendas que todo sucedió por mi estado de embriaguez. Cuerdo, jamás se me hubiera pasado por la cabeza.

—Pues ahora lo vas a tener que recordar durante toda tu vida.

—Le he ofrecido todo lo que haga falta para que se deshaga de él.

—¡Dios, mío! ¿Cómo puedes hablar así?

—No sé hablar de otra manera. Ahora no es el momento de medir las palabras sino de actuar. Ella y yo tenemos vidas que vivir y lo que tengo claro es que nunca formará parte de la mía.

—¿Te olvidas del niño que lleva en su vientre? ¿De tu hijo?

—Ya le he dado una solución. Yo me encargaría de todo.

—¿Y ella que te ha dicho? —preguntó Nata sin atreverse a mirarle.

—Que lo tiene que pensar; pero es que no hay nada que pensar.

—Te olvidas de algo, ella es libre para decidir. ¿Y si decide que ese embrión debe de seguir creciendo...?

—Te juro que nunca le faltará mi ayuda económica; pero solo eso. Aunque espero, por el bien de todos, que no arruine su futuro ni el mío. Todos tenemos una vida por delante que vivir.

—Y el bebé que se está formando también. Tiene todo el derecho del mundo, no lo olvides Roberto.

—Quizá crees que soy un monstruo.

—Yo ya no sé ni lo que creo —contestó balbuceando.

—Nata, mírame, si quiere seguir adelante, no seré yo el que se oponga. Y te juro que nada les faltará, pero ella está fuera de mi vida, tú no.

—¿Y cómo va a ser nuestra vida a partir de ahora...? —quiso saber Nata con la cara aún desencajada por la noticia.

—Nata, ahora ya de nada sirve lamentarse porque el daño ya está hecho, pero tu querida Teresa me buscaba desde hacía tiempo, desde que nos presentaste, pero tú nunca te diste cuenta, era tu amiga del alma, tu mejor amiga.

—Y por ese motivo no sabes cómo os odio a los dos.

Una madre, siempre es una madre...

No quiso que Roberto la llevara a casa por mucho que insistiera. Tan solo cogió su bolso, se echó por encima su tremendo desencanto y salió a la calle con el rostro lleno de lágrimas. Llovía tan intensamente como en Londres. Esbozó una mueca de nostalgia y sin pensar en nada dirigió sus pasos hasta el Parque del Retiro, un parque que le recordaba en parte a aquel que siempre venía a sus recuerdos, el Parque de St. James. Abrió el paraguas y paseó sin cesar; era la dueña de aquel inmenso pulmón verde. Ni siquiera los pájaros la molestaban.

Calada por las fuertes ráfagas de viento y sin apenas tener fuerza para sostener el paraguas, Nata dio rienda suelta a su dolor, que era muy grande. *¿Dónde estaban sus sueños? ¿Dónde la confianza que siempre había depositado en Teresa? ¿Por qué no había sido sincera con Roberto? ¿Qué era eterno? Nada... Ni el amor ni la amistad ni siquiera la propia vida.* Y Nata deseó un imposible: volver a la más tierna infancia y rescatar el calor que desprendían los abrazos de su madre, pero en ese momento se sentía como el tronco hueco de un árbol; vacía.

Miró cómo las viejas barcas descansaban sobre las verdosas aguas del estanque, y se acercó a la barandilla. Luego miró alrededor, subió al poyete de piedra y, sin dudar, se lanzó sobre aquel depósito flotante.

Un jardinero que a lo lejos había estado observando a la joven, única paseante bajo la lluvia intensa, salió corriendo de su refugio y tirándose al agua, pudo sacarla a flote.

Alma, desesperada por la reacción de su hija, se recriminó una y mil veces por no haberle dicho en Londres lo que ella había visto aquella noche en la discoteca, y lo que Nuri aquella tarde le confesó en el centro comercial: que Teresa y Roberto se habían *enrollado*. Se culpaba de tantas cosas que,

hundida como estaba, hacía verdaderos esfuerzos para atender las necesidades de su hija.

Fue Manolo el que tomó las riendas de esa pequeña familia que, ante sus ojos, se estaba desmoronando. Y Nata, con mucho esfuerzo, fue recuperando lentamente su vida. Alma hablaba con ella por las noches, al lado de su cama, como cuando era una niña y sentía miedo de las tormentas.

Durante esas interminables oscuridades en las que los miedos afloran a la superficie como filones de plata, Nata volvió a reconocer, en esa mujer de ojos cansados, a su madre. Y abrazadas al abrigo de las mantas, lloraron por cosas que tan solo ellas sabían. Alma por fin pudo compartir con su hija sus anhelos, sus recuerdos, sus desgracias...

Y supo que su madre también tuvo sus propios miedos, y que aprendió a convivir con ellos. Supo, porque así se lo confesó, que siempre había intuido que a Ozzy le gustaba su hija, mucho antes de que quizá ninguno de los dos se diera cuenta. Tal vez por eso a veces era hostil y desagradable con ella. Le asustaba pensar que Ozzy la dejara por su hija.

Nata también desnudó el alma ante su madre y, gracias a que pudo hacerlo, se sintió libre como siempre había deseado. Alma, entonces, comprendió el dolor que había soportado Nata, y se sintió culpable de muchas cosas.

Tampoco podía sacarse de la cabeza la imagen de su hija dejándose engullir deliberadamente por las aguas del estanque. Por eso lloraba a solas o cuando estaba con Manolo, el hombre que, sin proponérselo, empezaba a tomar forma de padre en el ánimo de Nata.

Las llamadas de Teresa se hicieron insistentes, lo mismo que las de Roberto. Nata no quería saber nada de la que había sido su mejor amiga porque no estaba segura de su reacción. Quizá la abofetearía, la llamaría traidora, zorra, y hasta cosas peores. Lo peor es que la decepción que sentía por su amiga era como cuando pasa un tornado y arrasa con todo. Podía haberle perdonado cualquier cosa, pero nunca una deslealtad así y además planificada.

Con Roberto lo mejor era dar por finalizada su relación, si es que a eso se le podía llamar relación. Ya se daría por aludido al no recibir ninguna respuesta por su parte. Le había querido mucho, su ayuda había sido inestimable, y hasta incluso pensaba intentarlo de nuevo con él, pero tener relaciones con su mejor amiga le parecía despreciable. Más si además estaba

embarazada. Los dos habían traicionado lo que Nata más valoraba, la amistad.

Ahora quería vivir ajena a todo, salvo a su madre y a Manolo, al que quería más cada día. Por eso les juró que jamás volvería a poner en peligro su vida, y que cuando ya estuviera dispuesta a comerse la vida a trocitos, esa vida que aún tenía muchos capítulos por escribir, lo demás, vendría todo rodado.

Una tarde, al abrir la puerta de su casa ante los insistentes timbrazos, se encontró con una visita inesperada y que la revolvió desde los pies a la cabeza; era Teresa. Después de comprobar que sentía un profundo desencanto y una gran aversión hacia ella, la dejó entrar para que no montase ningún espectáculo en el rellano de su casa. Tampoco ella lo montaría. No saldrían de su boca ni sapos ni lagartijas aunque le costase un tremendo esfuerzo. Hacer leña del árbol caído, nunca había sido su estilo. Bastante sufrimiento se notaba en la cara de la que hasta entonces había sido su amiga del alma. En el fondo la compadeció.

Nata siempre ignoró que, desde el día que le presentó a Roberto, Teresa se había enamorado de él como una colegiala. Por eso, cuando un día se lo encontró en un centro comercial y la invitó a comer unas hamburguesas, supo que su momento había llegado, y con la excusa de saber más de Nata en aquel país tan lluvioso, se convirtió en lo que quería, en su confidente.

Roberto, sabiendo que podía contar con su discreción por ser la mejor amiga de su *chica*, se sinceraba con ella en los momentos de bajón. Le contó que le había pedido varias veces que volviese de Londres porque necesitaba tenerla cerca o temía por su relación. En ese momento fue cuando Teresa decidió que había llegado su momento, el que tanto ansiaba.

Lo demás, fue fácil de imaginar. Empezó a tontear abiertamente con él, pese a que Nuri le advertía del lío en el que se estaba metiendo, pero a ella en esos momentos, nada le importaba. Una sonrisa de Roberto valía más que cualquier signo de lealtad hacia Nata. Además, que no se hubiera largado a Londres, le repetía a Nuri muchas veces.

Cuando Teresa se dio cuenta de que no le bajaba la regla, ella que siempre era tan exacta, empezó a preocuparse. Tan solo había estado con él una sola noche, pero la recordaría toda la vida. Esperó unos días más por si solo había sido un pequeño retraso, pero Nuri le aconsejó que se hiciera un test de embarazo, y dio positivo.

De repente, la angustia, los miedos, la reacción de sus padres, y un montón de sensaciones todas malas se hicieron presentes a cada minuto.

Por decisión propia fue a buscar a Roberto para contarle lo que pasaba. Él se echó las manos a la cabeza, pero luego con una voz dulce decidió que lo mejor para ambos era que interrumpiera el embarazo. No en Londres, como Teresa pensó horrorizada en un principio, sino en una clínica muy buena que él conocía en Madrid. Nadie tenía por qué enterarse. Pero Teresa no estaba muy conforme con la decisión que él estaba tomando por los dos.

Roberto le dijo que se olvidara de tener ninguna relación con él ni en ese momento ni en el futuro. Y que el de ella estaba solo en sus manos. Teresa era un mar de dudas y llantos, por un lado, pensaba en la traición hacia su amiga, en la desilusión que tendrían sus padres al conocer la noticia, en lo que sería de ella a partir de ese momento, y después en el abandono absoluto, que no material, por parte de Roberto.

—¿Y cómo llevas tu embarazo? —preguntó Nata con voz cortante y sin querer mirarla a los ojos

—Lo perdí, Nata. Perdí al bebé en el funeral de mi abuelo.

—No sé qué decirte en este momento —dijo Nata con cierta tristeza.

—Tampoco yo sé qué contestarte. Pero, ahora lo que quiero, lo que necesito, es que me perdones y volvamos a ser las amigas que fuimos. Por favor, Nata, me desprecio por lo que he hecho. Yo te quería y te quiero...

—No me lo has demostrado, Teresa. De ti jamás lo hubiera pensado, jamás. Porque, aunque los culpables sois los dos, tú eras como mi hermana.

—¡Nata, por favor, que ya estoy sufriendo bastante! —hipó Teresa mientras le agarraba del brazo—. Anda, por favor, dame un abrazo...

Nata la miró sabiendo que en otras circunstancias no le hubiese perdonado esa traición, pero después de todo lo que ella misma arrastraba como una pesada losa, cerró los ojos y se dejó abrazar sintiendo, en ese instante, que un oscuro y embravecido océano luchaba por interponerse entre ambas.

Frente a frente

Roberto no era de esos hombres que se dan por vencidos a la primera. Además, la propia Teresa le había confirmado que su embarazo se había malogrado, por lo que ya no había ninguna razón para que Nata y él no prosiguieran lo que un día comenzaron y que, por desgracia, se había empezado a distanciar desde que ella puso los pies en Londres.

Cuántas veces se había arrepentido de mandarla tan lejos cuando podía haber conseguido un trabajo para ella en Madrid y así tenerla siempre cerca. También, porque la conocía, sabía que Begoña, a la que pese a todo seguía admirando, había influido con su forma de ser en una chiquilla que apenas comenzaba a ver mundo.

Begoña, Begoña..., qué mujer. Era como un cóctel de ron, azúcar, zumo de limón, gaseosa y hierbabuena, Eso sí, aderezado con unas gotas de líquido inflamable provisto de mecha que se encendía al menor indicio de opresión.

Cabreado consigo mismo porque no conseguía poner en claro qué era lo que le pasaba a Nata, además del lógico desengaño y la falta de confianza que él mismo había propiciado, decidió tantear a Begoña, aunque con mucha astucia o también ella se rebotaría con él, como sucedía cuando ambos compartieron unos sueños que se vieron truncados por la distancia y por sus caracteres casi incompatibles, pese a que en la cama sus cuerpos fueran como dos volcanes en erupción.

Tampoco le gustaba que sus más íntimos amigos se burlaran de él, al verle apesadumbrado por una cría de diecinueve años, cuando estaban acostumbrados a verle hoy con una, mañana con otra, deshaciendo entuertos como don Quijote o bien mintiéndolas descaradamente para conseguir su objetivo.

Él, que se sentía seguro de sí mismo, que sabía cómo ser arrebatador entre las mujeres, que nunca se había enamorado ni quería porque la vida estaba para disfrutarla y no para padecerla, ahora le parecía estar contemplando a un adolescente «pillado hasta las trancas» como diría Nata, y sin saber muy bien cómo conseguir de nuevo a esa chiquilla que se había criado en un barrio, que ni por lo más remoto él hubiese pisado nunca, que pertenecía a una familia desestructurada, y que en definitiva era completamente opuesta a todo lo que para él era su mundo. Pero la atracción que en principio sintió por ella, se había convertido, casi sin advertirlo, en amor, y ese amor, dolía.

Cansado de que Nata no contestara sus llamadas, Roberto decidió ir a su casa y hablar con ella cara a cara, y si tenía que volver a pedirle mil perdones lo haría sin lugar a dudas. Tal vez esa obstinación suya para que las cosas se arreglasen podía no tener un final feliz, pero debía intentarlo.

Con el semblante serio, Roberto se miró por unos instantes en el espejo del ascensor mientras bajaba de su casa. Tenía mala cara, y las sombras grisáceas que se habían formado debajo de sus ojos, desde hacía un tiempo, le recordaban esta etapa de su vida de la que estaba arrepentido. No debió tratar así a Nata, no debió tratar así a Teresa y, sobre todo, nunca debió de pasar nada.

Creyendo que era su madre porque había olvidado algo, Nata abrió la puerta sin contestar el telefonillo. Cuando se vio cara a cara con Roberto se quedó inmóvil y sin saber qué decir, pero él con su aplomo de siempre se hizo dueño de la situación. Nata, entonces, le dejó pasar y le condujo a través de un minúsculo pasillo hasta el salón.

—¿Esta mocosa con esas dotes de mando eres tú? —dijo Roberto tomando el marco de una foto donde se apreciaba claramente a una Nata mucho más joven.

—Sí, soy yo —contestó con sequedad mientras se sentaban en el sofá—. Y ahora por favor dime qué quieres.

—Nata, me enteré por Teresa de que el embarazo se ha malogrado y...

—Y estás contento ¿verdad? —interrumpió con ironía.

—Por favor, no sigas en esa línea. He venido porque necesito que tú y yo volvamos a retomar lo nuestro, y si es preciso que para ello te vuelva a rogar que me perdones, lo haré hasta que te canses de oírlo —dijo Roberto admirado de lo que nunca pensó que diría a ninguna mujer.

—Estás perdonado, Roberto. Solo espero que no hagas sufrir a ninguna otra chica —apuntó Nata con rotundidad—. Y si no te importa, tengo muchas cosas que hacer —dijo mientras se levantaba del sofá y se estiraba el jersey con claras muestras de impaciencia.

—Creo que no me has entendido, Nata. Deseo que volvamos a ser lo que fuimos.

Y en un descuido la atrajo hacia sí con fuerza y la besó. Nata salió de sus brazos como pudo y, con lágrimas en los ojos, le contó todo lo que en su momento había tenido que decirle; no podía demorarlo por más tiempo.

—Debí de imaginármelo, porque cada vez que te nombraba a ese tipo tu mirada huía de la mía. ¿Cómo pude ser tan iluso? —se preguntó con abatimiento—. Por eso no querías irte de Londres...

—No, Roberto, lo de Ozzy fue después y de una manera que ni yo misma acierto a explicarme.

—¿Y tú eres la que me echa en cara haberme acostado una vez, porque solo fue una vez, con Teresa y estando más borracho que una cuba? Me dan ganas de liarme a golpes con ese cabrón que, no contento con aprovecharse de tu madre, también lo hizo contigo. Por Dios, Nata, ¿en qué estabas pensando? ¿No te sobraba con todo lo que yo te quería? Me has decepcionado tanto que no sé cómo digerirlo —afirmó Roberto que no dejaba de mirarla asombrado por la confesión.

—Aunque sé que te estoy haciendo daño con esta verdad, por favor no compares situaciones y no me recuerdes lo que no quiero recordar —contestó Nata con cierta agresividad—. Sobre lo nuestro, lo siento, Roberto, no fui sincera contigo, y no te lo merecías, pero pasó. Te quise mucho, muchísimo, eras mi ilusión por la vida, pero esa misma vida quiso mostrarme otra clase de amor que hasta ese momento desconocía.

—¿Cómo que desconocías? ¿No fui yo el primer hombre en tu vida o es que también me mentiste?

—Fuiste el primero y nunca olvidaré lo que sentí a tu lado, pero ya no puede ser, ni tú eres el de antes ni yo soy aquella chica amargada que, gracias a tu presencia, me hizo creer que los cuentos de princesas existen.

—Nata —dijo Roberto, tomándola de las manos—. Mírame a los ojos por favor, debemos darnos otra oportunidad. Ni tú ni yo tuvimos realmente la culpa de que nuestros caminos se apartasen. Pasó porque tenía que pasar, no le demos más vueltas. Solo te pido que lo intentemos sin mirar atrás —

insistió Roberto abrazando a una Nata deshecha porque Ozzy había salido de su vida, y porque no podía amar a Roberto como entonces.

De madrina

El día que su madre y Manolo le dijeron que se casaban y que querían que ella fuera la madrina, fue uno de los días más felices de su vida. Por fin serían una familia de las de verdad, y dio gracias al cielo porque ese milagro se hubiera realizado.

Se querían casar enseguida y no había ningún obstáculo que lo impidiera. Por eso empezaron pronto con los preparativos, sobre todo con los trajes que llevarían para la celebración.

No hubo muchos problemas a la hora de que Alma eligiese el modelo. No quería un traje clásico de boda, pero encontró un increíble vestido color pastel de línea romántica, con un bonito juego de pedrería en el cuerpo y una falda con volumen que le encantó. En cambio, Nata no lo tuvo tan fácil como su madre, y prefirió visitar más tiendas porque no encontraba aquel que la llamase a gritos.

Aunque intentaba por todos los medios que nadie se diese cuenta de cómo se encontraba, y menos su madre, no dejaba de pensar en esa nueva etapa que se había dado con Roberto. Paso a paso, despacio, sin reproches, sin un pasado en el que balancearse cuando las tristezas de la vida quisieran colarse por la ventana y, sobre todo, procurando que las tímidas caricias que ya se empezaban a dar, fuesen un futuro en su, de momento, oscuro horizonte.

Pero Ozzy aparecía y volvía a aparecer en sus sueños, junto a su respiración, en las manos de Roberto... Desgraciadamente aún le quería, pero hubiese dado lo que fuese para poder borrar los tatuajes que solo el amor sabe dibujar en el alma. Raro era el día en que no pensara si aún se acordaba de ella. Y aunque preguntaba con insistencia a Begoña a través de los correos electrónicos, ella ya no había vuelto a saber nada de él.

Un día, en que la nostalgia se adueñó de su cuerpo y de su mente por completo, Nata se atrevió a hacer una llamada a Londres, al trabajo de Ozzy y preguntar por él. Solo necesitaba oír su voz y colgaría al instante, pero cuál fue su sorpresa cuando le comunicaron que ya no trabajaba allí. Pensó que tal vez había cambiado de empresa, o que quizá había vuelto a Madrid. Y esa incertidumbre sobre su paradero le angustiaba.

Su madre y Manolo estaban encantados de ver a Nata retomar su vida. Volvía a salir con sus amigas, excepto con Teresa, que había preferido estudiar en Barcelona. Su relación sentimental iba haciendo progresos, e incluso se planteaba seriamente aceptar el trabajo que Roberto le había ofrecido. Había vuelto a la normalidad, decía su madre. Pero *¿qué normalidad?* se repetía Nata para sus adentros. Una normalidad fingida que ella se encargaba de disfrazar para que nadie notase la oscuridad en la que vivía.

Roberto iba despacio en su relación con Nata porque no quería volver a equivocarse. No era tonto y se daba cuenta de que a veces su mirada, esa que tanto amaba, vagaba sin ningún destino aparente, que sus caricias ya no se convertían en una puerta directa al cielo, ni sus besos sabían ya a mermelada de fresa. Nata echaba de menos al amante de su madre, y eso era algo que le provocaba un malestar difícil de definir, sobre todo cuando una noche, en la que por fin consiguió sentirla a su lado enredándose en su cuerpo como una buganvilla, y en un momento determinado, que a Roberto le rompió el corazón en añicos, a Nata se le escapó entre gemidos el nombre de Ozzy.

Pero por más que lo intentara, Nata no podía arrancarse a Ozzy de sus recuerdos. No podía olvidar su aroma, ese, que a veces durante la noche creía distinguir al lado de su almohada. Tampoco podía ignorar su hermoso rostro, y mucho menos su cuerpo, un cuerpo capaz de rescatarla de sus propias cenizas.

El tiempo transcurría deprisa, y Alma y Manolo ya empezaban a experimentar esos nervios que se tienen ante un acontecimiento tan importante en sus vidas. Todo estaba preparado hasta el último detalle. Incluso la iglesia era la misma donde Alma había bautizado a su hija.

El día escogido había llegado y Manolo, nervioso, esperaba a la novia ante el altar. A su lado, Nata, vestida con una preciosa falda forrada de tul color turquesa, un cinturón elástico con flores en vivos colores, y un top

blanco confeccionado con pluma de avestruz en las sisas, jugaba con su melena tan nerviosa como el novio.

A los pocos minutos apareció Alma, colgada del brazo de un buen amigo de la familia. Miró a Manolo con amor, y cuando su mirada se cruzó con la de su hija, ambas supieron que nadie podría separar el vínculo que las unía.

Durante la fiesta posterior Nata no dejó de recibir halagos por parte de los invitados. Porque era cierto, estaba muy hermosa aunque ella no fuese capaz de verlo. Hasta su eterna mirada cargada de brumas y nostalgias, esa noche se había transformado en brillante y serena. Roberto, que cada día la amaba más, la sentía tan cerca que le costaba separarse de ella aunque fuesen unos minutos.

Sonaba la música en el salón, y el olor de la primavera se columpiaba por el hermoso jardín para deleite de todos los asistentes al enlace. Nata se sentó en uno de los coquetos bancos que se agrupaban en una senda de grava, justo delante de un gran lecho de plantas, y tal vez amodorrada por la nostalgia, volvió a pensar en Ozzy y en las flores que tantas veces vio a su lado mientras paseaban por el parque de Saint James.

No quería llorar por muy nostálgica que estuviera. Sabía que no podía permitir que nada ni nadie echara a perder un día tan especial. Un día en el que sentía toda la dicha del mundo al ver a su madre tan feliz, y que incluso en algún momento de la ceremonia llegó a envidiarla por haber sabido recomponerse cuando tan solo era un jarrón roto. Ojalá a ella le pasara lo mismo, pues, aunque no amaba a Roberto como antes, confiaba en que el tiempo le concediera la dicha de poder devolverle todo el amor y la entrega que sí que veía en sus ojos.

La música seguía sonando desde el salón. Sabía que debía entrar, pero necesitaba ese aislamiento tanto como un recién nacido precisa el cobijo de su madre. Justo en ese instante comenzó a caer una fina lluvia y, cuando iba a regresar dentro del salón, algo la detuvo, era una melodía, una canción que Ozzy siempre tarareaba en casa y que a ella le encantaba. No sabía de quién había sido la idea de incluirla en el repertorio, pero Nata lo lamentaba profundamente.

Fue Roberto quien la encontró en el jardín y la sacó de su ensimismamiento. Pronto se terminaría la fiesta y deseaba que esa madrugada la pasaran juntos en su casa. Además, en el desayuno quería sorprenderla con

un regalo. Ya había comprado los billetes de avión y hecho la reserva en un hotel. Irían a Noruega dentro de un par de semanas, y sabía de antemano que a Nata le iba a encantar.

—Roberto —no puedo ir a tu casa con estas pintas.

—Pero si estás guapísima.

—Sí, claro —sonrió Nata—. Además, no sé si hoy es el mejor día.

—¿Por qué lo dices?

—Estoy triste cuando debería estar feliz.

—Es la emoción de la boda, mujer.

—¿Y si lo dejamos para otro día, Roberto?

—Me gustaría despertarme y verte a mi lado. ¿Es demasiado pedir?

Nata le miró con ternura, y casi maldiciendo a sus fantasmas interiores que la tenían esa noche apresada con grilletes, le contestó que iría aunque no le apeteciese.

—Nata, déjalo, cariño, hoy veo que no es el mejor día. Ya tendremos más ocasiones —le dijo Roberto contemplando cómo afloraba la tristeza en sus ojos—. Tu madre va a ser muy feliz; ya verás.

—Gracias, Roberto, por tu comprensión. Ha sido un día muy largo y lleno de emociones. Mañana estaré como nueva.

—Eso es lo que más deseo en el mundo porque quiero darte una sorpresa —dijo besándola en los labios.

—¿Una sorpresa?

—Sí, Nata, pero será mañana por la noche —matizó Roberto haciéndole un guiño con los ojos.

Durante el camino de regreso apenas hablaron. Demasiadas sensaciones por parte de Nata, la madrugada, algunas copas de más, y la música armoniosa que sonaba en el interior del vehículo fueron las causantes de ese estado de sosiego. Pero cuando se detenían en los semáforos, las manos de Roberto sobre las suyas le seguían transmitiendo amor.

Al llegar hasta su domicilio, Roberto detuvo el automóvil al lado del portal. Se besaron y se despidieron con la promesa de verse al día siguiente.

Justo cuando el coche arrancó y Nata abría el portal con las llaves, alguien por detrás la llamó por su nombre. Se giró de inmediato y le vio. Era él, era Ozzy.

Temblando por la emoción, Nata se quedó inmóvil y sin poder articular palabra. Ozzy, sin embargo, se acercó hasta ella, y abrazándola con toda la

pasión que había mantenido viva a lo largo del tiempo, le susurró al oído: *He vuelto, Nata, y he vuelto para quedarme a tu lado. Nada ni nadie nos volverá a separar.*

Antes de tomar la M-30, Roberto se dio cuenta de que Nata se había dejado el móvil en el interior del automóvil. Podía dárselo dentro de unas horas cuando se viesen, pero tampoco le costaba dar la vuelta y acercarse hasta su casa para besarla una vez más.

Fue al aparcar enfrente de su domicilio, cuando vio que un individuo hablaba con Nata en el portal. Alterado por si se trataba de algún *drogata* o un delincuente, dejó su chaqueta en el asiento y salió del coche para reunirse con ella, pero antes de cruzar la calle hasta el portal, su cuerpo se detuvo.

¿Qué estaba pasando? ¿Qué hacía Nata...?

No tardó mucho en darse cuenta de que aquel tipo era Ozzy, y estaba allí, abrazando apasionadamente a Nata mientras sus labios se fundían en un largo y cálido beso que parecía capaz de detener el mundo.

Impactado por lo que estaba presenciando, Roberto tragó saliva, golpeó el capó del automóvil varias veces con el puño, los volvió a mirar, se maldijo y la maldijo, sintió cómo la impotencia y la humillación se adueñaban de su alma, tiró el móvil contra el suelo con una rabia hasta ahora desconocida, y con una profunda tristeza que nunca había conocido antes, puso el coche en marcha y se alejó a toda velocidad bajo la oscuridad de la noche.

Nata, al ver que el coche que salía a toda rapidez era el de Roberto, sintió tal presión en el corazón que solo las lágrimas pudieron contrarrestar tanto dolor. Cerró los ojos, le pidió perdón en su interior, y se aferró al cuerpo de Ozzy, como el ancla de un barco cuando se enroca a las piedras, recordando en ese instante unos hermosos y tristes versos de Neruda en los que tantas veces se había visto reflejada.

La vida sigue —dicen—, pero no siempre es verdad. A veces la vida no sigue. A veces solo pasan los días.

Y mirando a Ozzy, supo que nunca más volverían a pasar solo los días.

Agradecimientos

A mi madre, por estar siempre en mi corazón.

A mis hijos Luis y Virginia, por vivir mis sueños.

A Luis, mi marido, por ser mi apoyo, mi vida, y por creer en mí.

A mi hermana Nuri, por ser mi arcoíris.

A mi hermana Bea, por su maravillosa complicidad.

A mis sobrinas Alba y Susana, por recordarme los dieciocho años.

A Teresa Argilés y a Begoña Benito, por tantos momentos inolvidables, y por ser mi tierra y mi cielo.

A Mari Ángeles Álvarez y a Carmen Muñoz, por su absoluta entrega y sus abrazos.

A Celia Pastor, por llenarme de estrellas.

A Ramón Sanchís, por iluminar mi creatividad.

A Manuel Jorques, por su acertadísima visión.

A El Libro Durmiente, por tanto apoyo y cariño.

A Pilar Limiñana, por ser la mejor diseñadora.

A Alicia Isabel y Mario Amatria, por su cariño.

A Emma, Arturo y Leire, mis pequeños tesoros, porque cuando sean mayores y lean la novela, sé que sonreirán.

Sobre la autora



María Ángeles Salas imparte clases de Lengua y Literatura en un centro social del Ayuntamiento de Alicante, y es redactora del blog El Libro Durmiente.

Su inquietud por la literatura la llevó a diplomarse en diferentes cursos sobre Narrativa, Guion, Novela, Producción y dirección de cortometrajes, y Corrección y elaboración de textos académicos, entre otros.

Fue columnista en el periódico *Prensa y Noticias* de Alicante, y ha recibido varios premios como: Cuna del Canal de Castilla (2007), Ciudad de Melilla (2008), Fundación Cultural Port d'Aiguadolç (2008), Narrativa para mujeres de la Dirección General de la Mujer (2005, 2007, 2010), Juan Martín Sauras (2005), Pesca a bordo (2005, 2008), L. Epistolar de Calafell (2006), A. Belenistas de Novelda (2005,2008), Narrativa de Fogueres (2007), Galería de Arte Contemporáneo Diorama (2009, 2011), Asociación de Libreros de Alicante (2010), Certamen de Narrativa Maisonnave (2012), XXXIV Concurso Provincial Literario A. Lucentum (2014).

Es coautora del libro *Cuentos de Nube y Miel* (ECU, 2011). Su obra también está publicada en diversas antologías.